

Comedias

8508

Tovar

...rdo González del Toro

Caricatura de TOVAR

8

...tear GIPSY

EL PERFUME DEL PECADO

...AIRE DE MADRID

Francisco SERRANO ANGUITA

50 céntimos

Mario

NUMERO XXI :-: 10 DE JULIO DE 1926 :-: AÑO I

COMEDIAS

REVISTA SEMANAL

DIRECTOR: ANDRES GUILMAIN — GERENTE: BENJAMIN S. HERRERO

Oficinas: Rodríguez San Pedro, 57 MADRID Aptdo. 8.036

PRECIOS DE SUSCRIPCION. — *España y América:* Trimestre, 6 pesetas; semestre, 12; año, 24. —*Extranjero:* Semestre, 15 pesetas; año 28.

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio cuantos números extraordinarios se publiquen.

STEAR GIPSY

El Perfume del Pecado

COMEDIA EN TRES ACTOS

Versión castellana de ENRIQUE MARIO

Estrenada el 10 de junio de 1925 en el Teatro Argentino, de Buenos Aires, por la compañía Rivera - De Rosas

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JULIA	Sra. Matilde Rivera
SABINA	" Delia Martínez.
MATILDE	" María Lerena.
FANNY	" Olga Casares Pearson.
LA NENA	" Evaldés.
TERESA	" Raquel Martínez.
JORGE	Sr. Enrique De Rosas.
ALBERTO	" Carlos Belluccis.
BASILIO	" Diego Martínez.
TOMAS	" Carlos Langlemey.

ACTO PRIMERO

Jardín de un hotel elegante de la Riviera francesa. Senderos laterales, practicables. Mesitas, sillas, mecedoras, etc. Las once de un mañana estival.

ESCENA PRIMERA

MATILDE, ALBERTO, BASILIO, TOMAS; luego FANNY

(Alberto, de pie, mece a Matilde, muy satisfecho de este movimiento. Basilio y Tomás conversan aparte, sentados.)

MATI. Así no. No me gusta, usted no sabe. Pare. Pare, le digo

ALB. ¿Así que no sé hamacarla?

MATI. No... Sólo los negros saben mecer bien... (*A Basilio.*) ¿Verdad, Basí?...

BASI. (*Sin entender.*) ¡Oh!... Sí... Yo no sé de lo que se trata, pero debe ser así

ALB. (*Bajo a Matilde.*) ¿Qué tiene usted esta mañana?... ¿Por qué ese mal humor?... Se pone muy fea así.

MATI. He pasado una noche pésima... sin dormir.

ALB. Ah, entonces... su marido ¿eh?

MATI. ¡Oh, él... duerme siempre!... ¡Aunque no durmiera! ¿Para qué?

ALB. ¡Qué idiota!

BASI. (*A Tomás.*) Yo vengo aquí todos los años, para complacer a mi esposa. Ya van tres temporadas que las pasamos aquí, en este sitio relativamente tranquilo, y, sin embargo, tan frecuentado... (*Suspira.*) ¡Cómo fastidian los sitios muy frecuentados!...

ALB. (*Que ha escuchado esto.*) No se queje tanto, Dobrescu. Se está muy bien aquí, y para hacer más soportable esto, anoche llegó una mujercita deliciosa.

MATI. (*Curiosa.*) ¿Quién? ¿Quién es?

ALB. No lo sé. Anoche, a las once, estaba yo en la terraza con Jorge Rusel.

TOM. ¿A las once?... ¿El inglesito?... ¿Jorge Russel sin acostarse, a las once de la noche?

ALB. ¿Qué tiene de extraño?... Creo que un muchacho de veinte años, como Jorge... puede.

TOM. Pero usted olvida la situación especial de esa criatura, las condiciones de Jorge... no son comunes en nuestros días.

BASI. (*Misterioso.*) ¿Pero de veras aún no ha...? ¿Virgen?

MATI. (*Impaciente, a Alberto.*) No haga caso a estos charlatanes... Decía usted que estaba con Jorge en la terraza...

ALB. Cuando sentimos sonar la campana que anuncia la llegada de los pasajeros y vimos a todo el personal del hotel precipitarse hacia la puerta: primero el portero, luego el groom, los secretarios, y, por último, el patrón. Entonces le dije a Jorge: "Debe ser un personaje importante o un millonario o una mujer hermosa."

BASI. (*Importuno.*) ¿Qué respondió el inglesito?

ALB. (*Mirándolo con lástima.*) Nada. Del automóvil bajaron dos mujeres: una criada y una señora...

MATI.
BASI. } (*Con arrebato.*) ¿Hermosa?
TOM.

ALB. ¡Divina!... Despampanante. No pude verla bien porque un velo la cubría... es decir... (*Gesticulando.*), no la cubría... la idealizaba.

FAN. (*Entrando.*) Muy bonito. ¿No les da vergüenza? Me han citado ustedes en la playa... y ustedes aquí tan tranquilos. Estuve sola toda la mañana. ¡Qué buen plantón!

TODOS. (*Se levantan. Saludos.*)

MATI. Buenos días, señora...

FAN. (*Algo fría.*) Buenos días... (*A Tomás.*) ¿Sabes quién llegó?

TOM. Una hermosa dama, según dicen...

FAN. (*Severa.*) Una hermosa dama para los demás... Para nosotros, para ti especialmente, no; es una amiga mía, Julia Morales.

MATI. (*Reprimiendo su despecho.*) ¿La viuda?

FAN. Sí... ¿La conoce?

MATI. De nombre... de fama...

FAN. No comprendo ese tono despectivo. Se engaña usted... o le han informado mal. La señora Morales no es famosa bajo ningún concepto, y menos en la forma que usted da a entender. Conozco y aprecio a Julia desde hace mucho tiempo. La quiero como a una hermana. Ya tendrán ustedes oportunidad de juzgarla, pues permanecerá quince días aquí, por lo menos...

ALB. ¿Viuda y con una amiga como usted? Vaya, veo que muy pronto esa viuda vuelve a su estado primitivo.

FAN. Desde luego, se casará de nuevo, porque es joven y linda. Pero con usted no.

ALB. Dios me libre. Pero, oiga, ¿por qué afirma usted que conmigo no?

FAN. Porque usted no la merece.

TOM. (*Después de haber observado uno de los senderos.*) ¡Chis Silencio. Cambien de tema.

BASI. ¿Por qué? ¿Le molesta a usted?

TOM. No, no lo digo por mí, sino por Inglaterra; Jorge, qu viene ahí.

MATI. ¡Jorge! Viene Jorge. (*Entusiasmada.*)

TOM. Ya no me parece bien hablar de esas cosas delante de é

MATI. Jorge... (*Suspira.*)

ALB. Jorge, sí, Jorge. (*Irónico.*) Ya lo hemos oído. Y n suspire tan fuerte, le ruego.

MATI. ¡Pavo!

TOM. Atención, que viene con su mamá.

MATI. ¡Qué lástima! Creí que venía solo.

ESCENA II

DICHOS, SABINA y JORGE

(*Van al encuentro de Sabina. Saludos respetuosos solemnes. Jorge da el brazo a su madre.*)

FAN. Buenos días, señora... ¿Cómo se siente esta mañana?...

SABI. Mejor, mucho mejor...

JOR. (*Solícito, a Sabina, sin retirar el brazo.*) ¿No temes resfriarte, mamá?... Aquí corre un vientecillo fresco... Esta tarde tendremos marejada.

ALB. Nuestro paseo será delicioso.

MATI. (*Se acerca a Jorge, que se ha separado al fin de su madre. Matilde busca un pretexto para abordarlo.*) Encantados. Irá usted con nosotros, ¿verdad?

JOR. (*Cohibido, glacial ante la mirada insistente.*) No sé si podré... La atmósfera me parece un tanto cargada. (*Se separa púdico.*) Y luego, sopla un vientecillo peligroso...

SABI. (*Severa.*) Jorge... tú no irás a ese paseo... Yo me moriría de ansiedad.

JOR. (*Subyugado.*) No, mamá... No, no voy; mamá no quiere.

MATI. (*Insinuante, a Jorge.*) No crea, es un día delicioso. Y el airecillo que usted teme se calmará. (*Jorge calla embarazado.*)

ALB. (*Que ha observado la maniobra de Matilde.*) ¡Oh!... no se calmará..., al contrario.

BASI. (*A Jorge.*) Parece que ha llegado una hermosa señora...

JOR. Parece... No sé... Apenas la he visto... Yo no me fijo en eso. ¿Para qué? (*Se reune a la madre y Fanny.*)

TOM. (*Irónico, a Basilio.*) Caro Dobrescu... Voy a dar una vuelta por el parque.

ASI. (*Decidido.*) Lo acompaño... Voy a intentar si puedo...

OM. Cuidado, puede oirle su mujer.

ASI. No importa.

OM. ¿Cómo?

ASI. Es claro. Yo no estoy de turno ahora.

OM. No entiendo.

ASI. Cuando mi mujer está empeñada en la conquista de un hombre, y ahora lo está con el inglesito, no me permite ninguna expansión. Al día siguiente de conseguir su objeto, sí; yo resulto el complemento.

OM. Y a usted no le irrita esa...

BASI. Al contrario. ¿No comprende usted que en esa primera entrevista furtiva sus deseos no quedan apagados, porque usted no conoce el temperamento de mi mujer, y yo aprovecho?

TOM. Pero eso es horrible.

BASI. ¡Qué esperanza! ¡Encantador! Pruebe y se convencerá.

TOM. Ni en broma lo diga.

BASI. ¡Ah! ¡Con qué ansiedad estoy esperando que se arregle con el inglesito; qué noche me espera!...

TOM. (*Vanse.*) ¡No diga barbaridades! (*Mutis Basilio y Tomás. Los demás se esparcen charlando por el foro y los senderos, sin desaparecer completamente. Alberto y Matilde quedan en primer término.*)

ESCENA III

MATILDE y ALBERTO

MATI. (*Va a alejarse con los demás, especialmente tras de Jorge.*)

ALB. (*La detiene, familiarmente.*) Quieta.

MATI. (*Volviéndose.*) ¿Qué modos son éstos?

ALB. (*Aproximándose.*) ¡Mi querida Matilde!...

MATI. Te equivocas al tratarme como una "cocotte..." Te soy fiel, pero...

ALB. ¡No exageres!... Estoy dispuesto a creer las cosas más inverosímiles... Que nunca has traicionado a tu marido, por ejemplo... Que me amas locamente; todo lo que quieras, con una sola condición...

MATI. ¿Cuál?

ALB. Que me prometas formalmente dejar en paz a Jorge Russel.

MATI. (*Fingiendo extrañeza.*) ¿Jorge Russel?...

ALB. (*Tomándola de la mano, paternalmente.*) No... no vale la pena fingir... Eres, en el fondo una buena mujer... Es cierto que necesitas engañar continuamente a tu marido; pero no es culpa tuya: es tu temperamento eslavo... to-

das las mujeres necesitan entregarse a algo o a alguien; unas se entregan a la beneficencia, otras a la literatura, tú... a los hombres... Eres la más inofensiva...

MATI. Te digo que...

ALB. No, querida, no digas nada... (*Acariciándola.*) Escúchame.

MATI. (*Resignada.*) Está bien...

ALB. (*Después de una breve pausa de concentración.*) Hace ocho días llegaste aquí, bella, radiante, con una cantidad inverosímil de baúles enormes, de sombreros que no cabían en los baúles y de toilettes que cabían en los sombreros; dos sirvientas para cuidar tu equipaje, un chauffeur, un perro y tu marido. ¡Ah, y tus perfumes!... En fin, todo lo necesario para saborear tranquilamente alguna aventurilla con el primero que te saliera al paso.

MATI. (*Algo irritada.*) ¿Y después?

ALB. (*Tranquilo.*) Después... apenas habías llegado, y ya dirigiste una mirada circular, reparando inmediatamente en Jorge Russell, un pimpollito de veintitrés años, bonito, rico, sano y perfectamente puro... No es un tipo común en los tiempos que corren, pero es así... Entonces tú has pensado: "Este cachorro será para mí un bocadillo sabroso, y realizaré además una buena acción, porque ignorar lo que es el amor en la edad en que todos los demás jovenzuelos bien educados empiezan a hartarse de él, no es lógico... ni es correcto...

MATI. Algo hay de cierto en lo que dices. (*Acalorándose.*) Pero, ¿a ti qué te importa?...

ALB. (*Persuasivo.*) Jorge es mi amigo... lo quiero como a un hermano... Deseo, por tanto, que lo respetes... no turbes su inocencia.

MAT. (*Más acalorada.*) ¿Pero tú por qué intervienes? Supongo que tu amigo, a su edad, sabrá defenderse solo...

ALB. Ciertamente, pero esto no impedirá que sufra... La primera vez, con las mujeres, se sufre siempre...

MATI. (*Irónica.*) ¿Y luego?

ALB. Después... se hace sufrir... o se hace reír... según el caso.

MATI. ¿Entonces, por qué no trata de habituarse al peligro, ya que es joven?

ALB. Porque tiene ideas propias sobre la mujer. Quizá la ama demasiado. Quizá la teme... (*Inspirado.*) Todos los hombres deberíamos ser como él...

MATI. (*Alarmada.*) No faltaría otra cosa... Sí que estaríamos divertidas. En resumidas cuentas: aunque se me ocurriese poner a prueba la virtud de tu antipático fenómeno, no serás tú, ciertamente, quien podría impedirlo, con ese tu aire de superioridad que me enfurece.

ALB. (*Sonriente y psicológico.*) ¿Sabes por qué estás tan irritada? (*Matilde se encoge de hombros, con despecho.*) Porque, a pesar de todas tus maniobras y de haber puesto en juego todos tus recursos, no has conseguido, hasta ahora, nada de Jorge... y porque te molesta que yo te sepa defraudada... en tus esperanzas. (*Advirtiendo que viene alguien.*) Luego... ¿renuncias?

MATI. (*Con enojo.*) ¡No!... Ese rubio punto interrogativo necesita que yo lo resuelva...

ALB. No eres tú la que puede resolverlo.

MATI. Quién sabe...

ALB. Veremos. (*Se aleja un poco.*)

ESCENA IV

MATILDE, FANNY, JULIA; luego ALBERTO

FAN. (*Presentando Julia a Matilde.*) Querida señora, permítame que le presente a mi gran amiga Julia Morales... (*A Julia.*) La señora Matilde Dobrescu... (*Las dos damas, poco expansivas, inclinan la cabeza.*)

ALB. (*Que se acerca, trata de atraer la atención hacia él. Finalmente dice a Fanny.*) ¿Quiere usted presentarme?

FAN. ¡Ah!... disculpe... No lo había visto... (*A Julia.*) Alberto Laplace... la señora Morales... (*Después de la presentación habla aparte con Alberto.*)

MATI. (*A Julia.*) ¿Va usted a quedar aquí algunos días?

JULIA. Creo que sí...

MATI. (*Irónica.*) Su llegada ha revolucionado el Hotel... No se habla sino de usted... los hombres, especialmente.

JULIA. ¡Oh... por favor!...

MATI. Ha logrado usted turbar... hasta a la inocencia...

JULIA. (*Riendo.*) ¿Hasta a los niños?

MATI. No. Aquí la inocencia no está representada sino por un jovencito...

JULIA. (*Fría.*) El caso no es vulgar...

MATI. Cuando no sabemos qué hacer, hablamos de él; es un tema de conversación.

FAN. (*Se acerca a Julia, que se ha sentado, mientras Alberto, aproximándose a Matilde, la habla bajo, confidencialmente. Fanny susurra a Julia.*) Luego te presentaré a esa monadita...

JULIA. (*Ríe.*) ¡Cómo! ¿También tú?

ESCENA V

Dichos BASILIO y TOMAS

FAN. (*A Julia.*) ¿Ya has visto a mi marido?
JULIA. Sí, lo encontré con el señor... (*Indica a Basilio.*) Ya nos conocemos. (*Basilio se pavonea, galante.*)

ESCENA VI

Dichos; SABINA

SABI. (*Entra, solemne. La charla cesa, como por encanto. Movimiento respetuoso.*)
FAN. (*A Sabina.*) Señora... Tengo el honor de presentarle a mi amiga Julia Morales... (*A Julia.*) La señora Sabina Russel...
JULIA. (*Saluda con respeto, intimidada.*) ¡Tanto placer!
SABI. (*Sentándose, como una soberana que concede audiencia se vuelve hacia Julia.*) ¿La señora viene directamente de Buenos Aires?
JULIA. (*De pie, como los demás, cohibida.*) No, señora...
SABI. ¿Así que interrumpió su viaje por el calor excesivo?
JULIA. (*Más cohibida aun.*) No, señora...
SABI. (*Después de breve pausa.*) Si no ha venido directamente ni ha interrumpido su viaje, viene de Chile.
JULIA. (*Modesta.*) No vengo de Buenos Aires, señora... Vengo de Montevideo... (*Los demás se alejan, previendo un diálogo aburrido.*)
SABI. (*Prosigue.*) El cambio será notable para usted. Aquí la vida es muy tranquila... No tenemos diversiones...
JULIA. Descansaré... Que me hace mucha falta... Además, las diversiones están en nosotros mismos, no en las cosas...
SABI. (*Sonríe, se levanta y solemnemente va a reunirse al grupo.*)
JULIA. (*Que ha quedado sola, sonríe y luego hace una señal a Fanny, que se le acerca.*) Apuesto a que esta señora es la madre de la monadita.
FAN. (*Sonríe.*) Tienes razón.
ALB. (*Cuando Fanny se dirige a Julia, él se retira hacia el foro, donde encuentra a Jorge, que permanece apartado, modesto y tímido. Lo habla, lo toma del brazo y lo lleva hacia Julia y Fanny, llegando junto a ellas a la última réplica de Julia. Jorge se queda un poco atrás.*)
FAN. (*Viendo cerca a los dos hombres, interrumpe a Julia,*

que no se ha dado cuenta de nada, y le susurra rápidamente.) Aquí está... Calla... Disimula...

JULIA. *(Sin volver la cabeza.)* ¡Cómo me divierto!

ALB. *(A Julia.)* ¿Me permite usted que le presente a mi amigo Jorge Russel?

JULIA. *(Sin volverse, alegremente.)* Con mucho gusto...

ALB. *(Ase a Jorge de un brazo, y de un tirón, lo lleva delante de Julia.)*

JOR. *(Frío y ceremonioso, hace una profunda reverencia ante Julia, de modo que ésta no puede verle la cara, sino cuando él levanta la cabeza.)*

JULIA. *(Al ver a Jorge, inclina un poco la cabeza, pero luego abre desmesuradamente los ojos, suspira levemente y queda muda. Jorge no se turba y permanece impasible. Alberto no se da cuenta de nada. Sólo Fanny observa el incidente, mira primero a Jorge, luego a Julia, que se ha dominado ya.)*

FAN. *(A Julia.)* ¿Conocías ya al señor?

JOR. *(Pronto.)* No había tenido el honor de ser presentado a la señora...

JULIA. *(Soñadora.)* Es verdad... *(Movimiento en los demás. Tomás, Basilio y Sabina desaparecen por los senderos.)*

MATI. *(Se ha acercado al grupo y toma familiarmente del brazo a Fanny, que no demuestra mucha satisfacción.)*

JULIA. *(Siempre aturdida, a Jorge.)* ¿Piensa permanecer aquí algunos días más?...

JOR. Sí... tengo que hacer algunas investigaciones en la playa...

JULIA. ¿Investigaciones?

JOR. Sí.

JULIA. ¿Ha perdido algo?

JOR. No... Estudio una nueva raza de pescados.

JULIA. *(Por decir algo.)* ¡Oh!... ¡Qué bien!...

MATI. *(A Fanny.)* ¿Vamos a la terraza?

FAN. Vamos...

ALB. *(Toma del brazo a Matilde.)* ¿Damos el ejemplo?

MATI. Eso es... ¡Démoslo!... *(Toma del brazo a Jorge y lo separa del grupo.)*

JOR. *(Impasible, mirándola, muestra cierta correcta contrariedad.)*

JULIA. *(Se ha dado cuenta de la maniobra.)*

MATI. *(Lánguidamente, a Jorge, mirándola con ojos mortíferos.)* ¿Me acompaña a la terraza?

JOR. *(Severo.)* Sí... pero hasta la terraza, nada más... *(Mutis con Matilde.)*

JULIA. *(A Fanny.)* Voy a ver si han llegado mis baúles... *(Mutis.)*

FAN. (*Que se ha apercibido de su turbación.*) Hasta luego, entonces... (*Sale del brazo de Alberto.*)

ESCENA VII

FANNY y JULIA

(*La escena queda vacía un instante. Reaparece Julia, en seguida Fanny. Entran, vacilantes, por opuestos lados.*)

FAN. ¡Cómo!... ¿Aún estás ahí?

JULIA. Me iba...

FAN. (*Mirándola fijamente.*) ¡Julia!...

JULIA. (*Desenvuelta.*) ¿Qué?

FAN. No sé por qué causa me ha venido de repente la idea de que ya conocías a Jorge Russel, y quieres ocultarlo...

JULIA. (*Algo cohibida.*) ¿Estás loca?...

FAN. Julia, en confianza, ¿de qué se trata?

JULIA. (*Después de una breve vacilación, resuelta.*) ¿Oye, Fanny, no te ha parecido, a veces, al ver a una persona, que ya la habías conocido antes, en circunstancias excepcionales, que te han impresionado grandemente, y sin embargo a esa persona no la has visto sino en sueños?

FAN. (*Sincera.*) No... La única persona a quien he visto en circunstancias... algo especiales, fué mi marido, el día de nuestra boda. Pero por muchas razones no puedo considerarlo como un simple fantasma.

JULIA. ¿Me crees una mujer honesta?

FAN. ¡Creo en tu honestidad como en la mía!

JULIA. (*Agitada.*) En este caso, te aprecias muy poco a ti misma.

FAN. ¿Eh? ¿Qué dices? ¿Qué clase de mujer eres...?

JULIA. No soy una fiera... pero, en fin, soy una mujer que ha tenido un amante...

FAN. ¡Tú!... ¿Tú has hecho eso?

JULIA. (*Inclina la cabeza.*) Sí.

FAN. ¿Así?... ¿Sola? ¿Cómo?

JULIA. (*Modesta.*) ¿Sola? ¡Imposible! Me he hecho ayudar... naturalmente...

FAN. ¿Y por quién?... ¿Tal vez...?

JULIA. No lo sé... pero temo que haya sido él...

FAN. ¿Lo temes?... ¿No estás segura?

JULIA. (*Reanimándose.*) No... no estoy segura, y en esto precisamente difiero de las demás mujeres que han tenido amantes. Te lo contaré todo, y no solamente para darte a conocer los detalles de mi desgracia, sino para convencerme a mí misma de que no ha sido un sueño.

FAN. (*Severa.*) Una pesadilla... Continúa.

JULIA. Tú sabes cómo me casé, ¿verdad? Tenía veinte años, era huérfana y acababa de salir del convento, donde había recibido una educación tan edificante, que no sabía nada de la vida. (*Suspira.*) Me casé; mejor dicho, me casaron con un hombre rico, a quien sólo faltaba el matrimonio para empeorar de su enfermedad y morir.

FAN. ¡Pobre Julia!

JULIA. La víspera de mi matrimonio pregunté a mi tía, que era la que había combinado todo, cuáles serían mis deberes en mi nuevo estado, y ella me respondió: "Decir siempre *sí* al propio marido, y siempre *no* a los demás. Los deberes de una mujer honesta pueden resumirse en estos dos adverbios". (*Suspira.*) Pero, desgraciadamente, mi esposo, después de algunos precarios... pedidos, en los primeros días, no me pidió más, y yo, a pesar de mi buena voluntad, guardaba melancólicamente mis ociosos *sí,* que tenían, te lo juro, un gran deseo de salir de su escondite, para esparcirse libremente en el espacio... ¡Si tú supieras dónde los hubiera llevado, a veces!...

FAN. (*Severa.*) ¡Julia!

JULIA. (*Impaciente.*) ¡Julia!... ¡Julia!... Te hubiese querido ver en mi lugar...

FAN. (*A pesar suyo.*) No se trata de esto...

JULIA. De pronto mi marido se agravó y quiso consultar a una celebridad médica, un profesor de Montpellier, francés, de paso por Buenos Aires. Nos embarcamos en una hermosa noche de enero, tomamos en Santiago un tren especial que debía conducirnos a Buenos Aires. El tren estaba casi vacío y yo, después que salimos de Caracoles, recluída en un compartimiento, en medio de esa penumbra verdaderamente horrible sola con mi marido enfermo, empiezo a tener miedo. Me pareció que viajaba con un muerto. El olor del éter me sofocaba, me daba vértigos... Entonces decidí ir a advertir al enfermero que viajaba con nosotros y dormía en otro vagón... Al volver... (*interrumpiéndose*) debes saber que el tren entraba fragorosamente en un largo túnel...

FAN. Me parece que esto no tiene ninguna importancia...

JULIA. La tiene... y grandísima... Bajo tierra, querida, suceden ciertas cosas... (*Suspira.*) El caso es que volviendo a mi vagón, me equivoco de camarote, y entro en el de un señor que dormía... La penumbra era la misma. Es extraño cómo se parecen los hombres cuando duermen en el tren...

FAN. (*Aterrorizada.*) ¡Desdichada!... No quiero detalles...

JULIA. Tampoco los quería yo... Pero parece que aquel señor no opinaba lo mismo... Comprende... lo había despertado... tenía el derecho de... ¡si tú supieras cómo son exigentes los hombres cuando se despiertan en el tren! (*Suspira.*) Además, yo no comprendía nada...

FAN. Podías haberte rebelado, gritar, tocar el timbre de alarma...

JULIA. (*Tranquila.*) ¿El timbre? Entre los brazos de un hombre que te aprieta, no es muy fácil tocar el timbre de alarma...

FAN. Julia, me espantas.

JULIA. Lo sé: me espanto a mi misma... (*Con energía.*) Te juro Fanny, que si se me volviera a presentar una ocasión como ésa...

FAN. ¿Eh?...

JULIA. ¡No! Mejor sería que no se presentase. Desde que he visto a ese señor, ya no soy dueña de mí...

FAN. ¡Ah sí!... ¿Porque es él el caballero del coche dormitorio? ¡Oh! ¡Esto es demasiado! Te paseas por el corredor del vagón en plena noche, entras en los camarotes de hombres solos...

JULIA. Mi marido necesitaba ayuda...

FAN. ¡Basta, por favor!... ¡Es decir, no basta!... Abrazas a un hombre a quien no conoces, te abandonas con él a distracciones... deplorables... y no recordando ni siquiera sus facciones, crees reconocerlo en el primero que encuentras...

JULIA. ¡Qué quieres que te diga!... ¡El camarote estaba tan obscuro!

FAN. (*Cada vez más agitada.*) ¡Y a quién vas a elegir!... A un joven puro, virginal... ¡Oh!... Esto sobrepasa los límites de lo inverosímil y empiezo a creer que todo no sea sino exaltación de tu fantasía...

JULIA. Realidad, querida. Si lo sabré yo. Y, además, tengo una prueba.

FAN. ¿Una prueba? ¿Qué?

JULIA. Pasado el primer momento de exaltación...

FAN. Que espero será el último...

JULIA. (*Suspira.*) Sí... Pasado el primer momento, me sentí mal... Entonces ese señor extrae de su valija un frasquito y me da a beber un poco de agua de azahar. Vuelta en mí, veo el horror de mi situación y huyo precipitadamente, llevándome, sin darme cuenta, el frasquito. En esto el tren llegaba a las Cuevas.

FAN. Hubieras podido devolverle el frasco después...

JULIA. Lo intenté, pero me fué imposible reconocerlo.

FAN. ¿No había un monograma en el tapón del frasquito?

JULIA. No.

FAN. Entonces no tienes ninguna prueba convincente. Escucha un consejo: calla y olvídalo todo. Jorge Russel es un joven decente, que está por encima de cualquier sospecha. Además, ahora que pienso en ello, recuerdo que él no se ha inmutado al verte, ni demostrado la menor sorpresa.

JULIA. Esa noche me había cubierto la cara con un velo de viaje, de manera que no podría reconocerme...

FAN. (*Satisfecha.*) ¡Menos mal!... Luego no ha pasado nada... Ha sido un sueño nada más...

JULIA. (*Después de un breve silencio, mira sonriente y vergonzosa a Fanny.*) ¡Fanny!

FAN. (*Asustada.*) ¿Qué? ¿Hay algo más?

JULIA. Debo confesarte una cosa... No sé por qué, pero la idea de descubrir la verdad, en vez de asustarme, me atrae... Cuando mi aventura permanecía envuelta en la niebla del recuerdo, no pensaba en ella, comenzaba a olvidarla... (*Con arranque.*) Pero desde que he visto a ese muchacho, desde que sospecho que pudo ser él... (*se esfuerza en ser convincente*) ¿qué quieres que te diga? Me irrita, me provoca... Y luego esa madre tan solemne... Cuando pienso en esa madre, me vienen unas ganas locas de... de... de...

FAN. (*Que comprende hasta lo que Julia no dice.*) Sí... sí... sí... esa madre, especialmente...

JULIA. (*Tomándola del brazo, confidencialmente.*) ¿Por qué no suponer que ese señor, en vez de una flor de inocencia como todos suponen, no sea sino un hipócrita que maniobra bajo el agua?

FAN. (*Sonriendo.*) Bajo tierra, querrás decir...

JULIA. No bromees, que la cosa es seria... ¿Te parece justo que un pillastre de esta clase saboree impunemente una fama de pureza que no merece? Es casi un deber desenmascararlo.

FAN. (*Burlona.*) Entonces, ¿qué quieres hacer?

JULIA. (*Acalorándose.*) Provocar una sincera explicación, devolverle el frasquito... El me pedirá disculpas, las aceptaré, le tranquilizaré, y entonces él... (*No sabe cómo seguir.*)

FAN. (*Mirándola con sonriente malicia.*) Entonces él, ¿qué?

JULIA. (*Oculta bruscamente la cara entre las manos.*) Que... qué sé yo.

FAN. (*Para sí.*) ¡Ya, ya!...

JULIA. ¿No tienes confianza en mí?...

FAN. ¡Siii!... mucha, pero en este instante confío más en mi experiencia... Tú no sabes a lo que te expones provocando una explicación... Por el momento no debes ni pensar

en ella... Júrame que no preguntarás nada a Jorge, hasta que yo te lo aconseje... ¿Me lo prometes?

JULIA. Sí.

FAN. Estoy completamente convencida de que te equivocas. Jorge Russel es una verdadera señorita...

JULIA. Sí, pero hay ciertas señoritas que... (*Sonríe a Fanny y sale.*)

ESCENA VIII

FANNY y JORGE

FAN. (*Va a salir por el lado opuesto al de Julia, y se encuentra con Jorge, que entra prudente e impasible, con un librito y diarios en la mano. Viendo a Jorge, Fanny no puede reprimir una exclamación de sorpresa, y lo mira fijamente, escrutándolo.*) ¡Oh! ¿Busca usted la soledad?...

JOR. No, señora... Un poco de sombra, nada más... En la playa hace un calor horrible... (*Con juvenil pedantería.*) ¡He enterrado un huevo en la arena y se ha cocido en cinco minutos!

FAN. (*Con interés irónico.*) ¡Qué cosa!, ¿eh? Cocer un huevo en cinco minutos. (*Mirándolo fijamente.*) Luego usted quiere ser útil en cualquier forma... (*Para sí, dudando.*) ¿Un señor que hace cocer los huevos en la arena? ¡No puede ser él!

JOR. (*Sorprendido y tímido.*) ¿Qué?...

FAN. (*Sonriendo.*) Nada... una idea... Discúlpeme...

JOR. (*Se inclina.*)

FAN. (*Después de una leve inclinación de cabeza, sale lentamente, volviendo furtivamente la cabeza para observar a Jorge de soslayo, varias veces.*)

JOR. (*Mira también, varias veces, furtivamente, asombrado de la mímica de Fanny. Las miradas furtivas se cruzan, pero en seguida se separan rápidamente, en la ficción de indiferencia. Cuando Fanny ha desaparecido, después de haber hecho un último gesto que significa "No puede ser", Jorge, cuya sorpresa es creciente, guarda lentamente su monóculo y permanece rígido, mirando por el sitio por donde salió Fanny. Luego mira al público y meticulosamente se tiende en una "chaise-longue", suspira de satisfacción, despliega un diario. A poco, se despereza... bosteza... deja el diario y se adormece cándidamente.*)

ESCENA IX

JORGE y JULIA

JULIA. (*Entra resuelta, canturreando, con algunas flores en la mano. Su tranquilidad se desvanece improvisadamente al*

ver a Jorge; avanza entonces con dignidad, primero, pero al ver que duerme se vuelve prudente, maliciosa, gira en torno de él, lo mira con simpatía, con cautela, con audacia. Habla para si despacio.) ¡Aquí está!... ¡Duerme!... *(Irónica.)* ¡Pobrecito!... ¡Qué cansado está!... ¡También, con esos estudios!... *(Lo examina.)* ¡No está mal! ¡Cuánto pagara por saber!... *(Lo mira con desprecio.)* ¡Si fuera él, qué hipócrita!... ¡Ser un sátiro en el tren y un lirio en la playa!... *(Agita las flores sobre la nariz de Jorge.)* ¡Satirito!... *(Con mucha simpatía.)* ¡Canallita!... *(Le toca la punta de la nariz con las flores, pero el ramo cae sobre Jorge. Julia retrocede espantada.)*

JOR. *(Despertándose.)* ¿Quién es?

JULIA. *(Muy seria.)* Discúlpeme... ¿Lo he despertado?...

JOR. *(La ve, se levanta a medias, semiatontado.)* ¡Oh! Figúrese... Nada de eso, al contrario.

JULIA. Entonces... ¿lo hago dormir?...

JOR. *(Sentándose en el borde de la silla.)* ¡Oh!

JULIA. *(Solícita.)* Le ruego... no se moleste.

JOR. *(Se levanta, ve que tiene flores en el regazo y las coge, muy cohibido.)* Es una tontería dormir delante de una señora... de su edad... *(Ofreciéndole bruscamente las flores.)* ¿Me permite?...

JULIA. ¡Gracias!... *(Toma las flores y se sienta.)* No quiero que esté usted de pie...

JOR. *(Que no sabe qué decir.)* ¡Figúrese!

JULIA. Siéntese... De pie parece que me hiciera la corte... *(Ríe con afectación.)*

JOR. *(Se sienta como antes, en el borde de la silla.)* ¡Qué calor hace hoy!...

JULIA. Sí... pero aquí... en la sombra...

JOR. ¿Es la primera vez que viene a este sitio?

JULIA. No... He estado hace cuatro años.

JOR. Y yo cinco... Antes venía más a menudo... *(Mira a su alrededor.)* Cómo han crecido estos árboles, ¿verdad?

JULIA. *(Sonríe complaciente.)* Sí... Como no tienen otra cosa que hacer...

JOR. Sí...

JULIA. *(Indicando el libro que Jorge, al sentarse, ha puesto en su regazo.)* ¿Lee una novela?

JOR. No, señora. Estudio castellano en este manual de conversación.

JULIA. *(Insinuándose.)* ¿Viaja usted mucho? ¡Es tan hermoso viajar, ahora que tenemos tantas comodidades!... En los trenes de primera y con cama, por ejemplo... *(Algo*

excitada.) Apuesto a que a usted le gusta mucho la comodidad...

JOR. (*Melindroso.*) ¡Mucho!...

JULIA ...y que viaja casi siempre de noche en cama...

JOR. (*Tranquilo.*) Viajo poco de noche... Tengo miedo de que me asesinen. El único viaje largo, de Inglaterra aquí, venía acompañado de mi mamá, cuando terminados mis estudios fué a buscarme.

JULIA. (*Después de breve pausa.*) Es usted tan serio, a su edad.

JOR. (*Algo resentido.*) Yo no soy tan chico; soy mayor de edad.

JULIA. La edad más hermosa, porque dura mucho tiempo...

JOR. Lo espero.

JULIA. (*Más familiar.*) ¿Le agrada la vida?

JOR. Sí, aunque aún la conozco poco.

JULIA. ¡Oh! A su edad, los jóvenes de hoy la conocen muy bien.

JOR. No sé cómo hacen...

JULIA. (*Insinuante.*) Los sports... las diversiones... las mujeres... las mujeres sobre todo...

JOR. (*Cohibido.*) Sí... las mujeres...

JULIA. (*Observándolo.*) ¿No admira usted a las mujeres?

JOR. Las respeto mucho...

JULIA. Es un bellísimo sentimiento... pero... habrá alguna... a la que usted respeta menos que a las demás.

JOR. (*Cándido.*) No...

JULIA. No me he explicado bien... Quería decir que no todas las mujeres se hacen respetar de la misma manera...

JOR. Yo respeto a todas del mismo modo.

JULIA. (*Maravillada.*) ¿Hasta a las... otras?

JOR. (*No responde.*)

JULIA. (*Sonriendo.*) ¿Ve usted que había adivinado?

JOR. (*Inclinando la cabeza.*) Hasta a las... otras...

JULIA. Es extraño...

JOR. (*Con dulzura.*) Sí... es extraño, pero usted no puede asombrarse.

JULIA. (*Sorprendida.*) ¿Por qué?

JOR. Porque usted lo sabía...

JULIA. (*Confusa.*) ¿Yo?... ¡Qué ocurrencia!...

JOR. Sí, usted me ha interrogado para estar segura... Me he dado perfecta cuenta...

JULIA. (*Aparte.*) ¡Es un pillo!

JOR. (*Modesto.*) Esto, además, no me impide que yo siga mi camino.

JULIA. ¡Naturalmente! ¿Y cómo hace?

JOR. Le ruego, señora...

JULIA. (*Mortificada.*) Disculpe... No creía que usted considerase el caso con tanta solemnidad.

JOR. (*Embarazado.*) Soy un poco quisquilloso...

JLIA. Su mal humor proviene, seguramente, de que no se confía a nadie.

OR. A nadie...

LIA. ¿No tiene un amigo?

OR. Los amigos de aquí se burlan de mí y me dicen que soy un estúpido porque pierdo mis mejores años. En cambio algunos de mis compañeros de colegio me comprendían, pero no podían apreciarme, porque estaban en condiciones muy diferentes de las mías... Entonces me respetaban, pero concluían siempre compadeciéndome...

ULIA. Excluídos los hombres, quedan las mujeres. (*Se miran y mueven la cabeza, descorazonados.*)

OR. No insista... (*Suspira.*) Con las señoritas no se puede hablar de nada...

ULIA. ¿Y con las señoras?

OR. (*Con espanto.*) ¡Son intratables! O lo rechazan a uno violentamente, o lo atraen demasiado.

ULIA. (*Suspiro significativo.*) ¡Ya!

OR. Con las señoras hay que permanecer a una distancia conveniente.

JULIA. (*Después de breve pausa, con coquetería.*) ¿Y yo... qué efecto le produzco?...

JOR. ¿Qué efecto... en qué sentido?

JULIA. Conmigo, ¿a qué distancia puede estar?

JOR. Seré sincero... Usted me inspira la confianza de una señora y el respeto de una señorita...

JULIA. Tal vez porque soy viuda.

JOR. Será por eso. (*Intimo.*) Todo esto es muy agradable.

JULIA. Sí, es muy agradable... ¿Pero sabe usted que ésta es una especie de declaración?

JOR. (*Espantado.*) ¡No, no!... ni en sueños... ¿Usted bromea?

JULIA. ¡Perdón!... Me conoce usted apenas y ya me distingue de las otras señoras, al punto de decirme que no soy como las demás... (*Acercándosele.*) Todo esto, no puede usted negarlo, es algo... atrevido... en un hombre como usted... (*Jorge se turba.*) (*Con fingida seriedad.*) ¡Muy atrevido!...

JOR ¿Lo cree usted?

JULIA. Estoy segura...

JOR. Qué fastidio... Perdóneme, no era esa mi intención.

JULIA. Perfectamente. Pero si no era una declaración, era una prueba de amistad.

JOR. ¡Eso es!

JULIA. (*Que se ha sentado junto a Jorge.*) Querría saber ahora por qué es usted tan absoluto en... en sus principios...

JOR. ¡Pero, señora, este es un asunto íntimo!

JULIA. Si no fuera íntimo, no sería una confidencia.

JOR. Es verdad.

JULIA. (*Después de una excitación.*) Entonces, dígamelo en seguida. (*Le sonríe en forma insinuante.*)

JOR. (*Después de una breve pausa.*) ¿Quedará entre nosotros?

JULIA. Se lo juro.

JOR. Y bien: usted sabe que mamá me quiere mucho, soy hijo único y pertenezco a una de las primeras familias de Inglaterra. No lo digo por alabarme, puesto que a mi familia no la he hecho yo...

JULIA. Con sus principios sería aún más difícil

JOR. Desde muchacho había manifestado una atracción extraordinaria hacia las mujeres... lo mismo que mi padre, que era un gran libertino (*Púdico*), atracción hereditaria en mi familia, como usted comprenderá.

JULIA. ¡Oh... y también en muchas otras!...

JOR. Precisamente en la edad en que... el pecado original da materia a reflexionar, mamá me llamó aparte un buen día y me dijo con voz trémula: "Oye, Jorge: tú eres hijo único; te he enseñado las leyes del honor y del deber; pero éstas son prerrogativas especialmente masculinas. Soy mujer y conservo en mi corazón el ardiente deseo de cultivar en un alma femenina la flor de la pureza. Tú no eres madre, ni lo serás nunca; no puedes comprenderme, pero debes creerme... Respóndeme lealmente: ¿Quieres ser para mí también una hija, como yo he sido para ti también un padre?"

JULIA. ¿Y entonces?

JOR. Entonces nos pusimos a llorar los dos; yo dije un "sí" que mamá recogió en medio de mis lágrimas. "Vivimos en una época en que un jovencito no debe avergonzarse de ser puro. Antes los héroes comían, mataban y amaban mucho; los héroes modernos sufren del estómago, se asocian para proteger a los animales y aman poco y mal. Pero el concepto de la familia, en cambio, aumenta día a día; tan es así que existen con frecuencia varias familias para un solo marido. La familia sólo es sagrada cuando es única. Da el buen ejemplo y recuerda nuestro lema".

JULIA. ¿Qué lema?

JOR. El de nuestra familia: "Subsigno". Bajo sello...

JULIA. ¿Y qué significa?

JOR. Significa que, como todas las cosas selladas, debemos llegar intactos a nuestro destino

JULIA. (*Riendo.*) ¿De modo que todos los hombres de su familia?

JOR. (*Desolado, suspira.*) Soy el primero, desde la época de las Cruzadas...

JULIA. (*Compasiva.*) ¡Pobre muchacho!

JOR. (*Con convicción.*) No... no me compadezca... Será quizá romántico o grotesco, no lo sé pero la idea de sacrificar tantos bajos deseos, tantas ruines satisfacciones, a una mujer a la que aun no conozco, pero a la que ofreceré orgulloso mi intacto tesoro de amor, me conmueve y me da la energía necesaria para proseguir y resistir... (*Conmovido y afectuoso.*) Usted me comprende ¿verdad?

JULIA. (*Seria.*) Lo comprendo, sí...

JOR. (*Temblando de esperanza.*) ¿Y me aprueba?

JULIA. ¡No!

JOR. (*Desilusionado y triste.*) ¡Qué lástima!

JULIA. Si los hombres fuesen todos como usted, una pobre muchacha a la que se oculta todo, y que espera, al casarse, saber por fin algo positivo y no las comunes charlas de colegio, ¿de quién podrá aprender? Si no les enseña el marido, ¿qué harían los dos al quedarse solos? Cuando usted se case, supóngase que su novia estuviese en sus mismas condiciones; ¿qué haría usted?

JOR. (*Escondiendo el rostro entre las manos.*) Llamaría a mi mamá.

JULIA. (*Improvisadamente agresiva.*) ¡Oh! Y aún no he dicho todo.

JOR. ¿Qué hay aún?

JULIA. (*Nerviosa.*) Que no sólo no lo apruebo, sino que ni siquiera creo en su sinceridad.

JOR. (*Estupefacto, se aleja de Julia y se planta fieramente su monóculo en la órbita.*)

JULIA. (*Después de haberlo mirado, se encoge de hombros.*) ¡No!

JOR. ¿Y por qué?

JULIA. (*Agresiva y burlona.*) Porque creo en los hombres sin miedo, pero no en los inmaculados. Usted, alguna vez habrá descarrilado, como todos.

JOR. (*Fuera de sí.*) ¡Yo no he descarrilado nunca! Soy puro.

JULIA. (*Tranquila.*) Las ocasiones son muy fáciles... basta un encuentro fortuíto... una mujer que sabe lo que quiere... o lo que no quiere... el corredor de un hotel, la cabina de un trasatlántico (*Mirándolo fijamente*), el dormitorio de un ferrocarril, la entrada de un túnel...

JOR. (*Permanece impasible.*)

JULIA. (*Exasperada.*) ¿Me ha oído?

JOR. Perfectamente.

JULIA. (*Nerviosa.*) No soy tan ingenua... Sus teorías, sus propósitos, sus... sellos... son cosas muy buenas para las madres de familia, pero ni entre éstas he encontrado una sola que buscase para su hija un hombre como usted.

JOR. (*Grita.*) ¡Sería una gran señora!...
JULIA. No... quizá su hija tendría que reparar alguna distracción "irreparable"...
JOR. (*Agitado.*) Me hubiese complacido mucho que usted me creyera...
JULIA (*Con intención.*) A mí, en cambio, me complace no creerle absolutamente, me complace tanto que...
JOR. ¿Qué?
JULIA. (*Provocativa.*) Que quiero poner a prueba su sinceridad.
JOR. (*Orgulloso.*) ¿Cómo?
JULIA. No puedo decirlo todavía.
JOR. Perderá su tiempo...
JULIA. ¿Qué importa? Por lo poco que he visto aquí, debe uno aburrirse enormemente.
JOR. Se engaña usted aun... Yo me divierto locamente...
JULIA. (*Irónica.*) ¿Ah, sí? ¿Y cómo hace? ¿Cómo se divierte solo?
JOR. Perdón... Esto no le interesa... Es más íntimo.
JULIA. ¡Al contrario!... ¡Tengo curiosidad de saber cómo se divierten los hombres como usted!
JOR. (*Con intención.*) ¿Y si yo le hiciera la misma pregunta, me respondería usted?
JULIA. ¿Por qué no?
JOR. (*Triunfante.*) Pues bien, respóndame... ¿Qué busca usted para divertirse?
JULIA. (*Tranquilamente.*) A usted, por ejemplo...
JOR. (*Disgustado.*) Ya le he dicho, señora, que considero el amor como algo serio, que no se presta a la broma.
JULIA. Usted es el primero de su especie.
JOR. (*Con ingenuo orgullo.*) Se equivoca: Ismael, hijo de Abraham.
JULIA. (*Sonriendo.*) ¿Pero de qué país es ese señor?...
JOR. (*Ofendido.*) De la Biblia, y supo mantenerse apartado de toda tentación.
JULIA. (*Incrédula.*) ¿Dónde?
JOR. En el desierto. (*Se oye un rumor de pasos.*) (*Bajo.*) Viene gente... Es mejor que cortemos nuestro diálogo... (*Con enojo.*) Pero antes quiero rogarle que renuncie a cualquier proyecto sobre mi persona. (*Terrible.*) Si usted insiste me obligará a tomar una resolución terrible.
JULIA. ¿Qué resolución?
JOR. Se lo cuento a mi mamá.
JULIA. (*Fingiendo espanto.*) ¡Usted no hará eso!
JOR. No lo haré porque sé cuál es el deber de un caballero en tales circunstancias.
JULIA. (*Con fingida humildad.*) Gracias.

JOR. (*Suspira.*) ¡Insignificancias!...

JULIA. (*Engañosa.*) ¿Me da usted su palabra de que no dirá nada, en ningún caso?

JOR. ¿Tiene usted interés en que yo se la dé? Se la doy.

JULIA. (*Irguiéndose y riendo.*) Entonces, tome usted sus precauciones, porque recomenzaré muy pronto.

JOR. ¡Oh!... ¡Qué atrevimiento!

ESCENA X

DICHOS, MATILDE y SABINA

MATI. (*Viendo a Jorge con Julia frunce el entrecejo, pero se domina, y dice a Sabina, sonriendo:*) ¿Ve usted dónde estaba su hijo?

SABI. (*Contrariada, a Jorge.*) Te he buscado por todas partes... Quiero dar una vuelta por el jardín...

JOR. (*Aún muy agitado.*) Aquí estoy, mamá... (*Le ofrece obsequiosamente el brazo, y después de inclinarse ante Julia y Matilde, sale solemnemente con Sabina, dejando abandonados sobre la silla el libro y los diarios.*)

JULIA. (*Hace un saludo seco a Matilde y se apresta a marcharse también.*)

MATI. (*Sonriente, tranquila e insinuante.*) Disculpe, señora...

JULIA. (*Algo sorprendida, vuelve sobre sus pasos.*)

JULIA, MATILDE, luego JORGE

MATI. (*Meliflua.*) Desde hace un instante siento por usted una gran simpatía, señora...

JULIA. ¡Es usted muy amable!...

MATI. Y esto me sucede siempre que descubro afinidades de gustos entre otra persona y yo...

JULIA. (*Un poco alterada.*) ¿Afinidades de gustos? No sé.

MATI. (*Siempre meliflua.*) El señor Jorge Russel.

JULIA. (*Estallando.*) ¡Señora!... Esta broma no me agrada...

MATI. A mí tampoco, y por eso se lo advierto... ¿Quiere usted escucharme, sin maravillarse y sin ofenderse?

JULIA. Me temo que será difícil...

MATI. Yo lo intento en todo caso... A usted le gusta Jorge Russel...

JULIA. (*Fríamente.*) Se equivoca.

MATI. No me equivoco. Gusta a todas las mujeres... Es elegante, misterioso, inocente... (*Apremiante.*) Me gusta a mí, y me ha gustado antes que a usted. (*Decidida.*) Luego, me lo tomo y me lo guardo...

JULIA. (*Desafiándola.*) ¿De veras?

MATI. (*Con enérgica tranquilidad.*) Es mi costumbre. Todo lo que me gusta me lo tomo.

JULIA. Pues bien, querida señora, también hay afinidad en nuestras costumbres. Yo no pensaba absolutamente en ese joven; lo encuentro más bien insignificante, insípido; lo conozco apenas... Pero desde el momento que usted quiere atraparlo y guardarlo con tanta prepotencia, le diré que también yo pienso guardármelo... A Jorge lo tomo yo, Jorge es para mí. (*Cuando Matilde ha dicho "Jorge Russel" éste ha entrado por el foro, sin hacer ruido, y oyendo a las dos mujeres hablar de él, se detiene estupefacto, dando señales de progresivo terror.*)

MATI. (*Ve a Jorge, y severa, le dirige la palabra.*) ¡Avance!... ¿Qué quiere usted?

JULIA. (*Fría y severa.*) Eso, eso... ¿Qué quiere?

JOR. (*Avanza, prudente y tímido.*) Mi manual de conversación.

MATI. (*Sin ocuparse más de él, a Julia.*) ¿Luego, es su última palabra?

JULIA. La última.

MATI. (*Amenazante.*) Le advierto que sabré defenderme...

JOR. (*Suplicante, a Matilde.*) ¿Señora?...

MATI. (*Severamente, a Jorge.*) ¡Usted debía avergonzarse!...

JOR. (*Anonadado.*) ¿Yo?...

JULIA. (*A Matilde.*) Recuerde que también sé defenderme...

JOR. (*Suplicante, a Julia.*) ¡Señora!...

JULIA. (*Severa, a Jorge.*) Usted no intervenga. Este asunto concierne ahora a la señora y a mí.

JOR. (*Anonadado.*) ¡Ah!... Perfectamente...

JULIA. (*Meliflua, a Matilde.*) La señora tendrá noticias mías.

MATI. (*Ceremoniosa.*) ¡Señora!... (*A Jorge, bajo.*) ¡Nos reiremos!

JOR. ¡Ja! ¡Ja!... (*Las dos mujeres, después de cambiar una mirada cargada de amenazas, salen por lados opuestos. Toda la escena debe ser recitada con nerviosidad creciente.*)

JOR. (*Preso de pánico, cuando las dos damas han desaparecido.*) Qué horrible. Son dos fieras. Mi honradez está en grave peligro. ¡Voy a contárselo todo a mamá! ¡Mama! ¡Mamá!

TELON

ACTO SEGUNDO

Dormitorio de Jorge en el Hotel. En el chaflán izquierda alcoba, donde está la cama. Chaflán derecha, puerta que conduce a la habitación de Sabina. Centro foro, puerta que da al corredor lateral izquierda, ventana; lateral derecha, puerta que comunica con el cuarto de baño. El escenario, cuando están corridas las cortinas de la alcoba, se convierte en saloncillo elegante; mesitas, sillones, un pequeño sofá, flores, libros, etc. De noche, pocos días despues del primer acto. Una lamparilla de noche, con pantalla de seda, difunde una penumbra íntima y elegante.

ESCENA PRIMERA

TERESA, sola, luego SABINA

TERE. (*Ha concluído de preparar la cama para la noche, y sale de la alcoba, cuyas cortinas están abiertas.*)

SABI. (*Entra por izquierda.*)

TERE. Buenas noches, señora.

SABI. (*Enciende la araña central. La escena se ilumina completamente.*) Buenas noches, Teresa. ¿Jorge no ha subido aún?

TERE. No, señora.

SABI. (*Sentándose, con solemnidad.*) Teresa... dime qué hora es...

TERE. (*Mirando el reloj.*) Casi media noche, señora...

SABI. Teresa... tú has visto nacer a Jorge... has envejecido en nuestra casa... Puedes, por lo tanto, decir lo que piensas...

TERE. Y bien señora; creo que el niñito ya necesita una mujer...

SABI. (*Fulminándola con la mirada.*) ¡Teresa!... ¡No sabes lo que dices! Jorge esta muy bien educado y es lo suficientemente correcto para permitirse necesitar una mujer... En vez de decir tonterías, ¿le has encargado su cena?

TERE. Sí, señora... un poquito de pollo, fruta y media botella de vino del Rhin.

SABI. Está bien. (*Indicando un vaso de flores de la mesita.*) Llévate estas flores, colócalas en el cuarto de baño... El nene podría asfixiarse...

TERE. En seguida, señora. (*Mientras se dispone a coger el florero, golpean fuertemente en la puerta de foro. Teresa se dispone a abrir.*)

SABI. Pregunta quien es antes de abrir...

TERE. Será la cena, señora.

MOZO. (*No recibiendo respuesta, abre la puerta, deja la bandeja servida sobre una mesita, y sale.*)

SABI. (*Después de seguirlo con la mirada.*) En mis tiempos, los mozos no entraban sin permiso.

TERE. ¡Todo ha cambiado, señora!... Antes, los criados era mucho más corteses... los cocineros, los chauffeurs...
SABI. Tú eras más joven, no lo olvides...
TERE. Es verdad... Pero volviendo al niño Jorge, señora, cré me usted que necesita una mujer. Se le nota. No pued negar su paternidad.
SABI. Silencio. ¡Creo que es él!

ESCENA II

DICHOS y JORGE

JOR. (*Entra por foro, de* smoking, *elegantísimo, flor en el oja Entra animado, excitado, pero al ver a las dos mujeres s detiene, cohibido.*)
TERE. ¡Al fin llegas!...
JOR. ¡Buenos noches, viejita!...
SABI. ¿Por qué subes tan tarde, Jorge?
JOR. ¡Ah!... buenas noches, mamá. (*La besa en la frente.*) Un partida de billar... me entusiasma y...
SABI. ¿Has perdido dinero?
JOR. Cincuenta centavos... Daré otro tanto a los pobres, mañana, para castigarme.
SABI. (*Bajo a Teresa.*) ¡Es un santo!...
JOR. ¿No hay algo para comer? ¡Tengo un hambre canina!...
SABI. (*Mirando furtivamente a Teresa.*) Allí está... sobre la mesa...
TERE. (*Asustada.*) ¿Tienes mucho apetito?
JOR. Sí, vieja, sí... ¿No se puede tener apetito?
SABI. Desde hace unos días comes demasiado...
JOR. El aire quizá...
TERE. (*Moviendo la cabeza.*) Quizá... Buenas noches, Jorge...
JOR. Buenas noches, Teresa...
TERE. (*Vuelve sobre sus pasos y se lleva el florero, saliendo por foro.*)

ESCENA III

SABINA y JORGE

SABI. (*Que ha seguido con la mirada a Teresa hasta el mutis, se dirige a Jorge, con fingida indiferencia.*) ¿De dónde provienen esas flores?
JOR. (*Lírico.*) ¿De dónde? (*Declamando.*) De los jardines perfumados.
SABI. (*Estupefacta.*) ¿Qué te pasa?...

JOR. Nada... ¡Estoy de buen humor!... (*Se sienta en la mesita y se pone a comer.*)

SABI. (*Algo impaciente.*) Oye, Jorge... No sé si me equivoco, pero te noto extraño esta noche...

JOR. Estoy alegre, simplemente.

SABI. (*Desconfiada.*) ¿Y qué has hecho para alegrarte tanto?

JOR. Lo que hago todas las noches. Después de comer hemos paseado por el lago... La señora Dobrescu ha cantado una canción de su país... algo muy aburrido... Si supiera nadar, hubiese disparado... Además, ninguno de nosotros comprendía nada, porque la señora cantaba, naturalmente, en ruso. Su marido roncaba como un bendito... ¡Pero la luna!... ¡Qué hermosa luna!...

SABI. (*Impaciente.*) En fin, ¿te diviertes aquí?

JOR. (*Comiendo.*) Mucho... el aire es excelente... hace un calor horrible, se suda... pero si uno no sudara veraneando, ¿dónde debería sudar?... El hotel es bueno, este pollo exquisito. (*Ofreciéndole.*) ¿Quieres una patita?

SABI. (*Seria.*) No, gracias...

JOR. Las habitaciones son espaciosas... confortables... las camas blandas... y yo las aprovecho con frecuencia... especialmente de noche... Además... además... ¡los huéspedes son tan simpáticos!...

SABI. ¿Te parece?

JOR. Los hombres... ¡simpatiquísimos! Don Tomás, por ejemplo, es un cretino, pero cretino delicioso... Basilio un... bueno, eso, pero encantador. Alberto es el último de los amigos...

SABI. ¿El último?... ¿Qué te ha hecho?

JOR. Nada... digo "el último de los amigos" porque como él no encontraré otro.

SABI. Y... ¿las señoras?

JOR. (*Con arranque.*) ¡Oh!... ¡esas!...

SABI. (*Severa.*) ¡Jorge!...

JOR. Es verdad... ¡Perdón!... (*Moderándose.*) Ellas son muy distinguidas... La señora Fanny es una verdadera señora... La señora Dobrescu... (*vacila*) es menos señora, pero... es tan alegre... ¿cómo diría, mamá?...

SABI. (*Mirándolo fijamente.*) Se murmura que tú le gustas...

JOR. (*Vivaz.*) ¡Dios me libre! ¡Qué ocurrencia...

SABI. (*Autoritoria y con cierto desdén.*) Aunque contigo... eso no tendría importancia.

JOR. ¿Por qué?

SABI. Porque tú eres un joven serio, honesto, afortunadamente ajeno a estas pequeñeces repugnantes e inevitables...

JOR. — (*Con cierto fastidio.*) Sí... está bien... pero no deberías decírmelo tan a menudo... ¡Es algo que irrita, al fin!...

SABI. — (*Estupefacta.*) ¿Te desagrada?...

JOR. — Me desagrada que me lo digas siempre... La buena conducta en un joven de mi edad, es como un favor que uno prestara y eso no hay que reprochármelo.

SABI. — (*Severa.*) ¡Es extraño!... ¡Antes no eras orgulloso, recuérdalo!...

JOR. — Tampoco lo soy ahora... Sólo que... (*vacila*) si tuviera que volver a empezar, reflexionaría mejor... (*Ha terminado de comer y enciende un cigarrillo.*)

SABI. — (*Después de haberlo observado.*) Ven aquí, Jorge...

JOR. — (*Avanza lentamente, con la cabeza baja, y se acurruca a los pies de Sabina.*)

SABI. — (*Le acaricia los cabellos, le levanta el mentón, lo mira a la cara. El se deja manejar como un gato, cohibido y algo incomodo por esta muda pesquisa.*) ¿Qué te pasa?

JOR. — (*Sacudiendo los hombros.*) No lo sé... pienso en cosas indecisas... me siento enternecido por emociones que no experimento... (*Grave.*) Anoche he tenido un sueño terrible.

SABI. — ¡No me inquietes, hijo!...

JOR. — Era una noche bellísima... como ésta... ¿verdad?... Una noche clara, quieta, un silencio sepulcral... la luna... las estrellas... Pues bien... no sé si a consecuencia de todo esto, he soñado una cosa extraña, monstruosa... ¡he soñado que tenía una amante!...

SABI. — (*Espantada.*) ¡Qué horror!...

JOR. — Sí... pero hoy no sé por qué querría soñar como anoche...

SABI. — Comes demasiado...

JOR. — (*Púdico.*) No creo que sea del estómago, mamá... (*Acalorándose.*) El amor es algo serio, que algún día me reclamará... creo que muy pronto... ¿Qué preparación tendré para el matrimonio?... Yo no sé nada... Seré un analfabeto de las prácticas conyugales.

SABI. — (*Pálida.*) ¡No necesitas preparación, hijo mío!... ¿Pero te das cuenta de lo que dices?... ¡Son inconveniencias!...

JOR. — (*Siguiendo impertérrito su discurso.*) Y si mi esposa, en cambio, sabe algo, yo haré un papelón...

SABI. — (*Severa.*) Espero verte casado con una buena muchacha que no sepa nada de nada, como yo no sabía nada cuando me casé con tu padre, lo que no impidió, por cierto, que te pusiéramos en el mundo... Al contrario...

JOR. — ¡Qué gracia! ¡Porque papá sabía por los dos! (*Insinuante.*) Ya podría... por ejemplo... casarme con una viuda... (*Vuelve la cabeza al lado opuesto, bajo la mirada indaga-*

toria de la madre, la baja, se encoge, fumando con precipitación, sofocándose con el humo.)

SABI. (*Se levanta bruscamente.*) Ya es tarde... es hora de acostarse... Hoy has bebido "champagne" y el "champagne" te hace mal... (*Más afectuosa.*) Vete a dormir y no pensar en tonterías... (*Solemne.*) Eres libre de hacer lo que quieras, pero recuerda que el que no sabe mantener sus promesas, no es un hombre... y tú eres un hombre, ¿verdad?...

JOR. (*De pie, la cabeza baja, completamente domado.*) Sí, mamá...

SABI. (*Con mayor gravedad.*) En cuanto al matrimonio... hablaremos de esto en el momento oportuno... pero creo que no será mañana. Tienes veintitrés años, la edad de los estudiantes y los jugadores de tennis... pero no la de los maridos...

JOR. Sí, mamá...

SABI. (*Más afectuosa.*) Y ahora, buenas noches, hijito... (*Lo besa en la frente, luego mira en derredor, observa la ventana por donde penetra un débil rayo de luna y sonríe.*) Y... si la luna y las estrellas te molestan... cierra la ventana... Así evitarás también la humedad de la noche... (*Le levanta el mentón, sonriéndole y sale por la puerta que conduce a su habitación.*)

ESCENA IV

JORGE, solo

JOR. (*Queda pensativo, mirando la puerta del cuarto de su madre; luego mira en derredor, saca una rosa de su bolsillo, la mira tiernamente y vuelve a guardarla, suspirando. Golpean imperiosamente la puerta del foro. Sin moverse, escucha un momento, luego dice perezosamente:*) ¡Entre!...

ESCENA V

JORGE y JULIA

JOR. (*Al ver a Julia, estupefacto.*) ¡Usted!... (*Bajo, emocionado.*) ¿A esta hora?...

JULIA. (*Avanzando.*) ¿Qué tiene de particular la hora?...

JOR. Ya es media noche... No es una hora como las demás... sobre todo... aquí... (*Alarmado.*) ¡Por favor!... ¡Váyase!...

JULIA. Sí, pero no en seguida. Tengo que comunicarle algo importante. Por eso he venido.

Jor. (*Mirando con frecuencia la puerta del cuarto de su madre.*) ¡Entonces, explíquese pronto... no me comprometa por Dios!

Julia. Empezaré diciéndole que tengo escrúpulos...

Jor. Un poco tardíos, me parece...

Julia. Cuando conversamos el otro día, lo amenacé a usted, si no me equivoco.

Jor. No se equivoca, no.

Julia. Le había prometido usar cualquier medio para descubrir la verdad, sobre todo, y especialmente sobre su pasado.

Jor. (*Con dignidad.*) Yo no tengo pasado... soy puro, inmaculado...

Julia. Siempre tenemos algo... en un rinconcito de nuestra vida... Pues bien, he venido a decirle que renuncio a desenmascararlo.

Jor. ¿Por fin cree usted en mi sinceridad?...

Julia. En absoluto... pero renuncio a una lucha demasiado peligrosa para mí.

Jor. (*Estallando.*) ¿Para usted?... ¡Pero esto es el colmo!... Si alguno de los dos tuviera algo que temer, sería yo, sin duda... ¿Qué es lo que usted puede perder?

Julia. (*Con desprecio.*) Materialmente, tal vez nada... Moralmente, yo sería la víctima.

Jor. (*Arrogante.*) ¿Por qué?

Julia. (*Melindrosa y sentimental.*) Usted no me creerá, pero desde el instante en que me resolví a enamorarlo he sentido que mi paz se desvanecía irremediablemente. Estudiando la situación he tenido miedo de lo que estaba por hacer. En las condiciones en que me encuentro, no conviene jugar mucho con el amor.

Jor. (*Después de meditar un instante.*) ¿En las condiciones en que usted se encuentra?

Julia. (*Inclina la cabeza.*) Sí...

Jor. (*Vacilante.*) ¿Qué... condiciones?...

Julia. (*Después de un profundo suspiro.*) ¿Usted sabe que la historia de mi vida no es alegre, Jorge?...

Jor. (*Profundamente.*) Ninguna historia de vida es alegre, señora Julia... (*Se sume en una meditación conmovida.*)

Julia. ¿Sabe usted cuánta tristeza hay en el ánimo de una mujer de mi edad que se siente de improviso libre de sus propios actos?

Jor. (*Melancolía de circunstancias.*) La libertad de un náufrago en una isla desierta. ¡Es usted Robinson femenino del amor!

Julia. Precisamente. Tiene usted parangones conmovedores...

Jor. (*Bruscamente.*) Hablemos de algo más alegre, ¿quiere?...

JULIA. Trataré de hacerlo. En mis condiciones, bromear con el amor es peligroso. ¿Por qué turbar la paz de algo... quizá olvidado?...

JOR. Lo he pensado yo también.

JULIA. (*Con calor.*) Luego, usted ha pensado en mí.

JOR. ¡Forzosamente!... No podía menos...

JULIA. Además, he reflexionado: ¿Vale la pena arriesgar mi tranquilidad y mi reputación de mujer honesta para desenmascarar a un caballerito, (*Mirándole fijamente.*) cuya virtud no me interesa en lo más mínimo? (*Acalorándose.*) Porque, al fin de cuentas, ¿qué puede importarme a mí que usted sea puro como dicen todos, inclusive usted? ¿Eh?... ¿qué opina usted?

JOR. Porque renunciar a un hombre, a la hora escasa de conopromete, elige usted mal la hora y el lugar.

JULIA. Pasaba por el corredor y he entrado para decirle: renuncio a usted.

JOR. (*Algo desanimado.*) ¿Definitivamente?

JULIA. Definitivamente.

JOR. (*Con poco entusiasmo.*) No sé cómo agradecerle...

JULIA. (*Mirándole de soslayo.*) Supongo que ahora estará contento de mí.

JOR. (*Glacial, desilusionado.*) ¡Muy contento!... ¿y usted?...

JULIA. (*Lúgubre.*) Yo también... (*Silencio penoso.*)

JOR. Asunto terminado...

JULIA. Seguramente... No pensémos más en ello, tanto más, cuanto que me he apercibido de una cosa...

JOR. ¿Cuál?...

JULIA. Que una... con usted... pierde su tiempo...

JOR. (*Vacila.*) No hay que exagerar.

JULIA (*Asombrada.*) ¿Me he equivocado?

JOR. (*Estallando.*) ¡Quizá!... ¡No estoy tan contento como usted supone de su renuncia!...

JULIA. (*Más asombrada.*) ¿Y por qué?...

JOR. Porque renunciar a un hombre, a la hora escasa de conocerlo... "Le haré a usted el amor desesperadamente como una guerra sin cuartel", y después de pocos días, decirle brutalmente: "Renuncio a usted porque usted tiene demasiados escrúpulos, porque con usted no hay nada que hacer", es algo poco delicado... ¡Qué desilusión! Entre nosotros dos existía un acuerdo: usted tenía que tentarme y yo resistirme. Estaba establecido. (*Acentuando.*) Pero ahora que usted renuncia a mi conquista, mi resistencia pierde su valor y yo hago un mal papel. Claramente, le diré que yo ya no le ofrezco ninguna resistencia. Soy una conquista fácil, ¡qué desilusión!...

JULIA. ¡Pero yo creí, sinceramente, interpretar su deseo!...

JOR. (*Se agita.*) Es que... es que... (*Abre un cajoncito de la mesita cercana al sitio en que se encuentra, y extrae de allí un monóculo, que se planta fieramente en la órbita, como en las grandes ocasiones.*) Es que... ahora... las cosas han cambiado... No sabría decirle lo que me ha ocurrido en estos últimos días... Estoy excitado... sobresaltado... no comprendo exactamente qué es lo que quiero y qué es lo que no quiero... (*Vacilando, pudoroso.*) Qué podría concederle a usted y qué podría negarle... (*Agresivo.*) ¿Quién lo comprendería, en mi lugar?

JULIA. (*Tranquila.*) ¡Yo!

JOR. ¿Y qué comprendería?

JULIA. Que usted está enamorado de mí...

JOR. Y bien... quizá... Como es la primera vez que me ocurre un accidente como éste, no estoy seguro, pero tal vez... (*Alzando la voz.*) Y entre las catástrofes que pueden caer sobre mí, ésta es la peor... ¡Yo siento el peligro!

JULIA. ¡Qué alegría!...

JOR. ¿Está contenta?

JULIA. Sí, porque así podré serle útil.

JOR. ¿En qué forma?

JULIA. Ayudándole a defenderse de mí.

JOR. ¿Cómo? ¿Ahora que estoy dispuesto a pisotear mis principios, usted ya no me quiere?

JULIA. No.

JOR... Esto es un poco fuerte... ¿Y por qué?

JULIA. Porque yo también estoy enamorada de usted, y si yo permitiese a nuestros sentimientos... (*Bajo.*) a... nuestros deseos, correr el uno hacia el otro, ¡piense usted en lo que sucedería!... ¿Y cuál es la mujer honesta, verdaderamente enamorada de un hombre, que se atrevería a asumir la responsabilidad de hacerle conocer por vez primera las cosas tal como son?... Cometería una mala acción. ¡Jorge, piense en su madre!

JOR. (*Fastidiado.*) ¿Y qué tiene que ver mi madre?...

JULIA. (*Se acerca a él, le toca la espalda, maternal e insinuante.*) ¿Ve usted?... Si usted no fuese como es... y si yo fuese un poco menos... en fin, no tendríamos tantos escrúpulos, y eso podría intentarse...

JOR. (*Interesado.*) ¿Intentarse?... Inténtelo.

JULIA. ¡Sí... pero así, no!...

JOR. (*Inclina la cabeza.*) ¡Qué lástima!

JULIA. (*Apremiante.*) Es por esto que... desde el principio, he insistido en saber algo sobre su pasado, y me he negado a creer lo que usted afirmaba tan rotundamente.

JOR. (*Calla pensativo.*)

JULIA. (*Reprime un gesto de despecho, y luego, febril.*) Porque,

debo confesárselo, usted me gustó desde que lo vi con su carita inocente, fresca y apetitosa como una manzana almibarada y tuve unas ganas locas de comérmelo, de morderlo así... así... (*Hace chocar los dientes y sonríe maliciosamente.*)

JOR. (*Alarmado.*) ¿Eh?...

JULIA. (*Siempre dulce e insinuante.*) Y aun ahora, si no estuvieran de por medio esos benditos principios...

JOR. ¿Los míos?

JULIA. También los míos... Oiga... Si usted me dice que ha mentido, que ha tenido alguna vez un instante de debilidad... un vértigo... (*Da vueltas en torno suyo*) una vez... una vez sola... Si usted me dice esto... no sé... creo que podré hacer algo por usted... en seguida...

JOR. ¡No!... ¡No!... ¿Qué dice?... ¡Déjeme!...

JULIA. ¿Por qué?... ¿Tiene miedo?

JOR. Sí...

JULIA. Dígame que ha mentido... (*Irritada, enervada, lo sacude ligeramente.*) ¡Dígame de una vez!...

JOR. (*Sin dejarle la mano, la mira fijamente en los ojos, con impasibilidad dulce y enigmática. Luego mueve la cabeza, descorazonado; y deja caer los brazos.*) ¡No, no he mentido! No conozco el amor sino de nombre... (*Desolado.*) Seré una manzana apetitosa, tal vez, pero una manzana que aun a punto de caer, cuelga del manzano... No es cosa que se ve todos los días, pero es así... (*Con desesperada resignación.*) Si usted me quiere, señora, aquí me tiene, descuélgueme, muérdame... haga lo que quiera de mí.

JULIA. (*Irritada.*) ¿De veras?

JOR. (*Con lágrimas en los ojos y en la garganta.*) Pero permítame que le diga que usted cometerá una mala acción... una acción que yo no me atrevería a cometer, ¿comprende?... (*Aspira las lágrimas de la nariz, y se tuerce los dedos, emocionado.*)

JULIA. (*Agitada, sorprendida, contenta, se le acerca por detrás, le toca las espaldas.*) ¿Así que, me ama usted seriamente?

JOR. (*Estallando.*) ¡La amo a usted como un loco... como un loco!...

JULIA. (*Conmovida.*) ¡Pobre muchacho!

JOR. ¡Y ahora, ríase, ríase de mí, como se habrá reído de tantos otros!...

JULIA. Me he reído de todos... menos de uno...

JOR. ¿De quién?...

JULIA. (*Mirándolo.*) Se lo diré... más tarde... cuando esté más segura...

JOR. ¿De qué?...

JULIA. De su discreción.

JOR. ¿Y qué le ha dicho ese... uno... que no la hizo reir?

JULIA. (*Un poco conmovida.*) No me dijo nada... y quizá y quizá por esto yo no tuve tiempo de reirme... Como tampoco me río de usted.

JOR. (*Tranquilo.*) ¿De veras?...

JULIA. De veras... (*Le toma lentamente un brazo y le acaricia la mano.*) Solamente... Explíqueme una cosa...

JOR. ¿Qué cosa?

JULIA. (*Insinuante, fingiendo indiferencia.*) Si es que me quiere tanto, ¿por qué esconde a otra mujer aquí, esta noche?

JOR. (*Separándose estupefacto.*) ¿Otra mujer?

JULIA. Sí...

JOR. No es verdad... ¡Es una infamia!... Yo no escondo a nadie...

JULIA. No se agite por tan poca cosa. Además, con eso no se justifica.

JOR. No necesito justificarme. No tengo mujeres en mi cuarto, ni fuera de él... (*Pasea agitado.*) Puede usted cerciorarse... (*Abre la alcoba, mueve las colchas de la cama, revisa los muebles, abre los cajones.*) ¡Búsquela!... ¡Encuéntrela!... Su broma es una insinuación maligna.

JULIA. (*Tranquila.*) Pero si yo misma la he visto...

JOR. (*Atónito.*) ¿Usted la ha visto?

JULIA. (*Indica la puerta del cuarto de baño.*) Está allí... en el cuarto de baño...

JOR. ¿Allí?... ¡Es una calumnia infame!... Venga usted conmigo y podrá constatarlo...

JULIA. ¡No!... Yo me escondo en el dormitorio...

JOR. (*Púdico y apasionado.*) ¿En mi casa? ¡Oh, Julia!... (*Se vuelve de espaldas púdicamente.*)

JULIA. ¡No... No es el momento!... Yo me escondo allí y usted abre la puerta...

JOR. (*Interesado.*) ¿Y luego?

JULIA. ¿Y luego? Luego, queridito, estaré en el dormitorio. ¡Y no lo perderé de vista!...

JOR. (*Con admiración.*) ¡Es verdad!... Casi es más conveniente tener dos mujeres en el dormitorio que una sola.

JULIA. (*Apaga todas las luces, menos una lamparilla que está sobre la mesa y se oculta en la alcoba.*)

JOR. (*Mira perplejo la escena. Cuando Julia desaparece, vacila un momento, luego va a abrir la puerta del cuarto de baño, y vuelve rápidamente al centro de la escena con desenvoltura, sólo aparente.*)

MATI. (*Aparece sonriendo.*)

ESCENA VI

DICHOS y MATILDE

JOR. — (*Algo espantado de la brusca aparición.*) Señora... ¿Con qué permiso?...

MATI. — (*Sonriendo tranquila, dueña de sí.*) ¿Permiso?... En ciertas ocasiones no se pide permiso... se entra. Interrogue sobre el particular a Páris, Romeo, Tustán... a mis colegas, en fin... (*Avanzando.*) ¡Qué niño eres!... (*Ríe.*)

JOR. — (*Un poco ofendido sin demostrarlo.*) Si soy un niño, razón de más para dejarme... ¿qué se puede esperar de un niño?... (*Va hacia la puerta de foro, y hace ademán de abrirla.*) Señora... Se ha equivocado de dormitorio...

MATI. — (*Tranquila.*) No...

JOR. — (*Con firmeza y dignidad.*) Sí.

MATI. — ¡No!... (*Se sienta cómodamente.*)

JOR. — ¿Pero no le da vergüenza?

MATI. — ¡No! He intentado en toda forma hacerle comprender que me gustaba mucho. Usted no ha querido comprenderlo, y me ha comprometido. Es la primera vez que me sucede esto. Y ahora, no teniendo otros medios a mi alcance, aquí estoy, decidida, si es necesario, a la violencia.

JOR. — (*Retrocede.*) ¿Y usted se atrevería?

MATI. — ¡A todo!... Un hombre que violenta a una mujer es un vil, porque es el más fuerte, pero una mujer que violenta a un hombre que se resiste, es una heroína. (*Solemne.*) Y yo pertenezco a una familia de héroes.

JOR. — A mí me parece que esto no es muy decoroso...

MATI. — ¡Cómo me gusta usted!... ¡Cómo me encanta!...

JOR. — Si no se va, grito y vendrá gente.

MATI. — ¿Y qué?... ¿El escándalo?... Peor para usted... Diré que me ha traído a su dormitorio con un pretexto, que me ha seducido y luego vilmente abandonado. Todos me creerán... incluso mi marido... con el que usted tendrá que vérselas...

JOR. — ¿Con su marido?...

MATI. — ¡Es un hombre terrible! Hace todo lo que yo quiero... (*Terrible.*) ¡Y cuando yo quiero algo!...

JOR. — Esta vez... sin embargo... se va a quedar con las ganas.

MATI. — (*Se levanta, amenazadora.*) Esta vez será como las demás... Jovencito, sería bueno que empezara a conocerme...

JOR. — (*Vacilante.*) Hace rato que me doy cuenta...

MATI. — Mis padres poseían un hotel, sito en Moscú, y yo vendía mis retratos a los clientes. No tenía sino seis años...

JOR. ¡Que vocación!...
MATI. Cuando cumplí los diez y seis, los clientes quisieron exigirme algo más que el retrato.
JOR. ¿Y usted se rebeló?
MATI. Sí... El ambiente de mi casa natal me causaba horror... Huí con un oficial de caballería, que me hizo feliz durante ocho días... y madre después de un año... Fué así cómo conocí a mi marido... y planté al oficial...
JOR. ¡Qué ingratitud!... Después que la hizo madre...
MATI. No... Yo perseguía mi ideal...
JOR. ¿Así que el señor Basilio es su ideal?...
MATI. ¡Ni en sueños!... Pero cuando me di cuenta de mi error, era ya esposa...
JOR. Pudo usted plantarlo... ¡Le cuesta tan poco!...
MATI. Con otro sería lo mismo... Luego... (*Suspira.*) No habiendo encontrado mi ideal en block... lo realizo... al minuto.
JOR. ¿Engañando a su marido?
MATI. (*Suspira.*) Tratando de ilusionarme.
JOR. (*Atontado.*) ¡Y todo por el ideal!... (*Con admiración.*) ¡Cómo le gustan los hombres!...
MATI. Se equivoca... los desprecio inmensamente... Sólo que me son necesarios en conjunto... Individualmente son insignificantes... todos se parecen... Pero, considerados en block, adquieren un tinte magnífico... como el agua de mar... Haciéndolos desfilar, muchos y rápidamente, en mi vida sentimental, obtengo la ilusión del hombre perfecto... como en un cinematógrafo... (*Exaltada.*) ¡Es algo grandioso!...
JOR. ¡Qué orgullosos de usted estarían sus padres, si la vieran!...
MATI. (*Simplemente.*) Sí, porque todo me lo debo a mí misma... Y ahora que me conoce, vayamos a lo práctico...
JOR. Eso es, vayamos...
MATI. En este período de mi vida, es usted una necesidad para mí...
JOR. ¿De veras?
MATI. Lo necesito y no repararé en ningún obstáculo para obtener su amor... (*Inspiración súbita.*) ¿Tiene usted aspiraciones literarias?
JOR. Leo solamente algunas novelas...
MATI. ¡Qué lástima!... Hubiera podido conseguirle el apoyo de los mejores escritores contemporáneos; conozco a todos. ¿Tiene usted aspiraciones políticas? Todos los políticos están en mis manos.
JOR. (*Indignado.*) En sus manos, es un decir...
MATI. Lo hubiera hecho elegir diputado. (*Seria, confidencial, con

el acento de las grandes ocasiones.) ¿Le hace falta dinero? ¡Soy muy rica!...

JOR. (*Estallando, disgustado.*) ¡Basta, señora, basta!... Admito que venga usted a provocarme en horas en que un joven como yo no puede fácilmente defenderse, ¡pero insultarme, no!... ¡Es demasiado! ¡Yo soy un caballero!...

MATI. (*Sincera, maravillada.*) ¿Y por qué?

JOR. ¿Cómo por qué?... He oído decir que las mujeres emplean los medios más extraños para obtener los favores de un caballero... duro de pelar... ¡Pero el suyo es extraordinario!

MATI. ¡Este medio me ha servido siempre... y por todas partes! Comprendo que con usted es más difícil... y por eso me resulta más delicioso... Nunca he amado a un hombre..., inédito... ¡No se imagina usted qué raros son!... ¡Debe ser algo magnífico!...

JOR. (*Disgustado.*) ¡Respete usted mi pudor!... (*Súbitamente inspirado.*) Además, usted se equivoca completamente... Yo no soy lo que usted supone... Soy un hipócrita... una Mesalina, una Cleopatra masculino, que hace creer en su pureza para ocultar mejor sus instintos libertinos... Esto es el hombre que usted quiere seducir, señora... Y si usted desea detalles... (*Baja la voz misteriosamente.*) Tengo una colección, a cual más repugnante...

MATI. (*Admirada y entusiasmada.*) ¡Qué chiquillo eres!... ¡Cómo me gustas!...

JOR. ¡Le prohibo que me desee!...

MATI. Mi olfato no me engaña. Y si es usted el hombre que dice, ¿por qué me rechaza con tanta energía?...

JOR. Porque, como verdadero libertino, sigo mi capricho... No tomo lo que se me ofrece, pero atrapo lo que se me niega. (*Exaltándose.*) Para lograr mi ideal, no necesito... agua de mar ni cinematógrafo, querida señora... (*Se pasea fríamente.*)

MATI. No divaguemos...

JOR. ¿Y si yo le diera una prueba de mi libertinaje?

MATI. ¿Una prueba?

JOR. (*Heroico.*) Sí... ¡Usted no es la única mujer que se encuentra en este momento en mi cuarto!...

MATI. ¡No diga usted pavadas!...

JOR. Usted no es la primera... y tal vez no sea la última...

MATI. Pues bien, si está aquí otra mujer, deje que la vea...

JOR. (*Fuera de sí.*) ¡Cuidado, eh!... ¡No me desafíe!...

MATI. ¡Sí!... ¡Lo desafío! (*Están frente a frente, casi tocándose las narices, como dos adversarios.*)

JOR. (*Después de una pausa, feroz.*) Vaya usted a mi alcoba, y verá...

MATI. ¿En el dormitorio?... (*Se calma, sonríe.*) ¡Ah!... ¡He comprendido!...

JOR. ¿Qué ha comprendido?

MATI. Es tu truco... Así haces caer en la trampa a tus víctimas...

JOR. (*Fríamente.*) Entre... entre y verá...

MATI. (*Procaz.*) ¡Cuidado, eh!... Si entro en el dormitorio no saldré tan fácilmente.

JOR. ¡Quién sabe!...

MATI. (*Después de una larga mirada apasionada, se dirige lentamente hacia la alcoba, sonriendo a Jorge... Cuando está para descorrer la cortina, ésta se abre y aparece Julia.*) ¡Ah!...

JULIA. (*Con naturalidad, tendiéndole la mano.*) ¿Cómo está, querida señora?...

MATI. (*Con calma.*) Como una mujer que se encuentra en una situación sumamente interesante... (*Las dos mujeres avanzan como si estuvieran en un salón cualquiera.*)

MATI. (*Siempre de pie, después de breve pausa.*) ¿Quién lo hubiera dicho?... (*Mirando a Jorge.*) ¡Con ese su aire inocente!... Ya no hay niños en los tiempos que corren...

JULIA. (*También de pie.*) ¡De veras!... ¿En quién podemos confiar?

MATI. (*Con intención.*) En nuestros propios ojos, solamente...

JULIA. (*Con velado desprecio.*) O en nuestros propios oídos...

MATI. (*A Jorge, irónica.*) ¿Y usted qué opina de este pequeño incidente?...

JOR. (*Nervioso.*) Me parece gracioso... pero un poco largo...

JULIA. A usted le toca terminarlo en la forma más digna...

JOR. Francamente, les toca a ustedes... (*Acalorándose.*) Este asunto no me interesa... Estaba solo en mi cuarto, y ustedes dos lo han invadido, mezclándome en una situación muy delicada. (*Mira a las dos mujeres, impasibles.*) La broma, lo confieso, es graciosa... porque, naturalmente, se trata de una broma... Pero, creo que ya es hora de concluirla... Les ruego por última vez que se vayan... Mañana, con más comodidad, hablaremos... (*A Matilde.*) ¿La señora podría gentilmente dar el buen ejemplo? (*Sonríe.*)

MATI. (*Mira a Julia desconfiada.*)

JOR. (*A Julia.*) Estoy seguro que usted, señora...

JULIA. (*Mira a Matilde y no se mueve.*)

JOR. (*Irritado.*) ¡Perfectamente!... (*Conciliador.*) ¿Y si se fueran las dos juntas?...

JULIA Y MATI. (*Juntas, vivamente.*) ¡Esto no!...

JOR. (*Perdiendo la paciencia.*) ¿Entonces, qué hacemos?... ¡No podemos pasar toda la noche así!... Yo ya estoy harto... ¡harto!... (*Moderándose por educación.*) ¡Respetuosamen-

te harto!... (*Acalorándose de nuevo.*) Y como soy inocente de todo esto, no quiero asumir una responsabilidad gratuita... ¿han comprendido?... (*Exasperado.*) ¡Si no se van, cometeré una locura!... (*Mira a las dos mujeres, que no se mueven, y levanta la voz.*) ¡Una locura enorme!... ¡Pues bien, tanto peor!... (*Va rápidamente a la puerta del cuarto de su madre, la golpea, y llama con voz firme.*) ¡Mamá!... Ven aquí un momento...

JULIA. (*Espantada.*) ¿Qué?

MATI. (*Sonríe con calma.*)

ESCENA VII

DICHOS y SABINA

SABI (*Avanza, después de un minuto, llena de mudo estupor, y murmura, con voz estrangulada por la emoción:*) ¡Jorge! ¿Una orgía en tu habitación?...

JOR. (*Indicando a las dos mujeres.*) No han venido juntas... y no quieren irse...

SABI. ¿Esta es toda tu defensa?...

MATI. Le explicaré, señora...

SABI. (*Después de haberle mirado de arriba abajo, con disgusto.*) No hablo con usted...

JULIA. (*Con desdén.*) Señora, aquí suceden cosas escandalosas.

SABI. (*Fulminándola.*) Me parece, en efecto...

JULIA. ¿Me permite una palabra, para justificarme?...

SABI. (*Irónica, mordaz.*) Escucho con mucho interés... (*A Jorge indicándole el fondo del escenario.*) Jorge, te ordeno que te retires a ese rincón y esperes allí mis órdenes...

JOR. (*Inclina la cabeza y se retira lentamente al lugar indicado.*)

JULIA. (*A Matilde.*) ¿Me permite que yo le explique a la señora lo ocurrido...

MATI. (*Irónica y ceremoniosa.*) Con mucho gusto...

JOR. (*Se sienta a foro, cerca de las cortinas de la alcoba.*)

JULIA. (*A Sabina.*) Su señor hijo es demasiado correcto y educado.

SABI. (*Interrumpiéndola.*) Principio a dudarlo... (*Mira a Jorge, que se encoge.*)

JULIA. (*Con fuerza.*) ¡No, señora!... Es demasiado correcto y bien educado, lo repito, para invitar en su habitación a una señora... y menos a dos. Si la señora y yo estamos aquí, es contra la voluntad de su hijo... (*A Matilde.*) ¿Es verdad?

MATI. En lo que a mí respecta, sí... Usted, no sé...

JULIA. Nadie tiene el derecho de dudar de mi palabra...

SABI. (*Glacial y autoritaria.*) Espero la continuación...

JULIA. He notado, hace días, que la señora simpatizaba con Jorge...

MATI. (*Sonriendo.*) ¡Demasiado amable, señora!...

JULIA. Sería inútil negarlo... ¡Lo han notado todos! (*A Sabina.*) Hace una hora, subiendo a mi pieza, vi que la puerta de la señora se cerraba rápidamente, como si la persona que la hubiese entreabierto temiera que la viesen. Entré en mi cuarto, pero, naturalmente, me puse en acecho. Cualquier persona, en mi caso, hubiera hecho lo mismo.

MATI. Yo no...

JULIA. ¡Claro que no! Usted quería saber... (*A Sabina.*) Pasados unos minutos vi de repente que se abría la puerta del 45...

SABI. ¿De qué?

JULIA. Del cuarto de la señora... y que ella misma salía de puntillas... La cosa no me pareció natural...

MATI. ¿Qué? ¿No tengo derecho de pasar por el corredor?

SABI. (*Severa.*) ¡No lo sé!... (*A Julia.*) Siga...

JULIA. La seguí con la mirada y vi que se detenía sospechosamente frente al 39, el cuarto de baño de Jorge...

MATI. Está usted extrañamente familiarizada con el número de las habitaciones y con el nombre de las personas...

JULIA. ... y que entraba furtivamente... (*Indignada.*) Al ver esto sentí que me sublevaba...

SABI. (*A Matilde.*) En efecto, era muy extraño...

MATI. Hay algo más extraño... y es el exceso de interés de la señora en lo concerniente a su hijo.

JULIA. (*Se torna roja y se explica con calor.*) No niego que la señorial distinción, que la dulzura del señor... (*Indicando a Jorge, que al escuchar estas palabras se anima, se levanta y se acerca lentamente.*) me habían inspirado una honesta simpatía, preludio tal vez de una cordial amistad... (*Trágica.*) Pero al ver a ese pobre muchacho en peligro de caer en tal insidia...

MATI. (*Estallando.*) ¡Señora!...

JULIA. (*Meliflua.*) Rindo homenaje a su fascinación... Hasta hoy nadie ha sabido resistírsele, dicen...

MATI. ¿Es para esto solamente para lo que usted se introdujo aquí antes que yo y se ocultó en el dormitorio?

SABI. Disgustada, levantándose.*) Señoras... Les ruego a las dos que se callen... No tengo suficiente paciencia para seguirlas escuchando... (*Calmándose.*) Es ya un grave dolor para mí, sorprender a mi hijo en una compañía inadecuada a la hora, al lugar y los principios en que le he educado y que constituyen el orgullo de toda mi familia!...

JOR. (*Muy contrito.*) ¡No es mía la culpa!...

SABI. (*Prosiguiendo, vuelta hacia las mujeres.*) Pero ver que dos mujeres se atribuyen recíprocamente la responsabilidad de haber comprometido a mi hijo, es algo que me horroriza... El proceder de ustedes es indigno... No faltan hombres dispuestos a consolar a las mujeres infelices... pero encarnizarse las dos en la inocencia de un pobre muchacho como Jorge, es vil, monstruoso...

MATI. (*Aparte, bajo, a Julia.*) He perdido la partida, pero no estoy sola...

JULIA. Se equivoca... Yo no me declaro vencida...

MATI. ¿De veras? ¿Y qué más puede hacer?...

JULIA. Quizá lo único que usted no puede. (*A Sabina, con solemnidad.*) Deseo que no se me confunda con la señora... Si en este instante me encuentro aquí materialmente, moralmente no he entrado en el dormitorio de su hijo... Espero que usted me comprenderá... No me avergüenza de declarar que amo a Jorge. Soy digna de él... lo he comprendido sin quererlo... y estoy dispuesta a reparar mi error...

JOR. (*Alegremente, sorprendido, le hace con la cabeza gestos furtivos que dicen* "Sí").

MATI. (*Se inclina profundamente ante Sabina, y se dirige hacia puerta foro, pasando frente a Jorge, a quien dice fieramente.*) He sido insultada en su habitación. La mía tiene el número 45... (*Mirándole.*) Aceptaré sus excusas a cualquier hora... (*Mutis.*)

JULIA. (*La sigue con la mirada; luego, humilde, un poco teatral y un poco irónica, se inclina ante Sabina, y le dice con voz baja, emocionada y sumisa:*) Estoy a su completa disposición. Creo que todo terminará bien. (*Después de mirar furtivamente a Jorge, se dirige con la cabeza baja hacia la puerta del cuarto de baño, con engañosa distracción.*)

SABI. (*Severa.*) Se equivoca... La salida es aquélla... (*Indica el foro.*)

JULIA. (*Hipócrita.*) Disculpe. (*Mutis foro.*)

ESCENA VIII

SABINA y JORGE

SABI. (*Apenas ha salido, Sabina coge bruscamente de un brazo a Jorge y lo mira severamente a la cara.*) Ven un poco aquí... ¿Puedo mirarte a los ojos sin que te avergüences?

JOR. (*Con los ojos abiertos.*) Sí, mamá...

SABI. (*Mirándolo, aun más intensamente.*) ¿Y en la conciencia?

JOR. (*Como alucinado.*) Donde quieras... mamá...

SABI. (*Para sí.*) ¡Menos mal!

JOR. (*Recuperando el coraje.*) Pero... si la señora Julia... pide mi mano... (*Bajando la voz.*) Dile que sí...

SABI. (*Estallando.*) ¡Pero tú estás definitivamente loco!...

JOR. (*Friamente, con lágrimas en la voz.*) Si no soy suyo... (*Heroico.*) nuestra familia contará con un fraile más...

SABI. ...Y con un imbécil menos...

JOR. ¡Mamá! ¡Yo me quiero casar!

TELÓN

ACTO TERCERO

Al levantarse el telón, se oye los últimos compases de un shimmy.

ESCENA PRIMERA

ALBERTO, NENA, BASILIO y SABINA

ALB. Aquí, venga, no nos ve nadie.

NENA. Es que mamá no quiere que baile con usted.

ALB. ¿Por qué?

NENA. Yo no sé.

ALB. Si lo sabe, no sea malita, dígamelo.

NENA. No puedo. Una nena como yo, aunque sepa esas cosas, no debe decirlas.

ALB. ¡Angelito! Con su inocencia usted puede decirlas y hace cuenta que no comprende.

NENA. ¿Usted cree?

ALB. ¿Qué?

NENA. ¡Que yo no comprendo!

ALB. Yo creo lo que usted quiera que crea.

NENA. Ahora sí que no entiendo.

ALB. Pues está muy claro. Como a usted le convenga.

NENA. ¡Ah! ¡ya!

ALB. Entiende.

NENA. ¿Qué tendré que decir? Si estuviera mamá para preguntarle...

ALB. La verdad, nena.

NENA. Mamá dice que no conviene nunca decirla.

ALB. No le haga caso. La verdad es hermosa.

NENA. Bueno, mamá dice que usted es muy feo, muy sinvergüenza, que se vale de su aspecto de medio tonto y que las mata callando. (*Pausa, lo mira.*) Parece que no le ha gustado. ¿Y yo, qué culpa tengo? Me voy.

ALB. No, nenita, vamos a bailar; después en un descuido de su mamá, se escurre al lado de la glorieta, que le tengo que decir una cosa.

NENA. Bueno. Pero se lo voy a decir a mamá.

ALB. No, nena, ¿para qué? Y además que quiero prepararle una sorpresa a tu mamá.

NENA. ¡Ah, bueno!

ALB. ¿Y a ti te parezco tan feo como dice tu mamá?

NENA. (*Lo mira coqueta.*)

ALB. Dime la verdad...

NENA. ¡Pero qué manía la suya! (*Lo mira.*) Y si tampoco le gusta...

ALB. No importa... ¿Te parezco feo?

NENA. Sí, un poco... (*Gesto de él*), pero muy simpático. (*Cambia.*) A mí me gusta mucho, esta es la verdad.

ALB. ¿Ves qué lindo? Bailemos...

NENA. Bueno. (*Da unas vueltas.*)

BASI. ¡Ah, no, así no! Joven Alberto, así no; usted se acapara todas las nenas más bonitas.

ALB. ¿Usted cree?

NENA. (*Acercándose a Basilio.*) ¿Le parece que soy bonita?

BASI. ¡Mucho!

NENA. ¿Le gusto?

BASI. ¡Mucho!

NENA. ¡Qué tipo! (*A Alberto.*) ¡Y lo dice! Mírelo, podía ser mi abuelo...

BASI. (¿ ?)

ALB. Ella es así. Dice la verdad. Vamos.

NENA. ¿Dónde?

ALB. Al jardín.

NENA. ¿Con usted?

ALB. Claro.

NENA. ¡Por su linda cara! ¡Ja, ja! (*Mutis.*)

BASI. (*Mira a Alberto y se ríe.*) Es la verdad.

ALB. Déjeme en paz... (*Marca el mutis. Basilio detrás y se encuentran con la señora Sabina; le dejan paso.*)

SABI. ¿Qué tal, se divierten?

ALB. Mucho. Con permiso. (*Mutis.*)

BASI. Sobre todo yo. Con permiso... (*Mutis.*)

SABI. (*Sentándose, con aire fatigado.*) Pues no lo parece.

TERE. (*Apareciendo por derecha, viéndola.*) Pero, señora, usted se siente mal.

SABI. No; un poco aturdida, nada más. Tanta gente...

TERE. ¿No quiere tomar algo? Un poco de Oporto.

SABI. Más bien agua.

TERE. Sí, señora. Aquí tiene.

SABI. Gracias, mi buena Teresa.

TERE. ¿De veras no se siente mal?

SABI. No, hija,no. Necesito estar sola un momento; te ruego.

TERE. Si me necesita para algo, ya sabe dónde estoy: en el departamento de los recién casados.

SABI. Gracias. Vigila a las muchachas; hay tanto chauffeur y tú sabes que en seguida se las llevan a dar una vuelta... ¿Entiendes?

TERE. Sí, sí. (*Mutis derecha.*)

ESCENA II

FANY y SABINA

FAN. (*Una pausa.*) Está aquí. Me encontraba algo inquieta. La vi muy pálida hace un momento.

SABI. Gracias. Un tanto fatigada, nada más.

FAN. ¿La molesto con mi charla?

SABI. Al contrario. Me distrae. Se lo agradezco.

FAN. (*La mira y sonríe*).

SABI. ¿Por qué sonríe?

FAN. Pienso en todo lo que ha pasado en estos dos meses, y al verla en sus primeras inquietudes de suegra, no puedo menos de sonreir.

SABI. Tiene razón; si yo no estuviera tan emocionada, sonreiría también. Usted sabe cómo me opuse al matrimonio. Y puede estar segura de que no fueron las ridículas amenazas de Jorge las que me hicieron ceder. Tenía un temor...

FAN. ¿Cuál?

SABI. Aquella noche trágica en que sorprendí a mi hijo con dos mujeres en su dormitorio. Y no podía saber si Julia o la otra... habían comprometido la honradez de mi hijo.

FAN. De la otra no sé. No extrañaría saber que abusó de su inocencia. Julia, no; es una mujer honesta, pero también las honestas se enamoran y ella lo estaba de Jorge.

SABI. Y Jorge de ella. También accedí por no verlo sufrir. Pero no es Julia la nuera que yo había soñado.

FAN. ¿Por qué?

SABI. Por varias razones. La primera, porque es viuda.

FAN. No creo sea un deshonor el ser viuda. Y además los dos se conocieron y se amaron quizá antes de lo que usted supone.

SABI. ¿Usted sabe? ¿Por qué dice eso?

FAN. Porque... no sé, digo por decir. Lo que interesa es saber que Julia es digna de su hijo y que sean felices.

SABI. ¿Y yo?
FAN. Véalos de lejos. Y sonría, señora.

ESCENA III

DICHOS. JULIA, JORGE y ALBERTO (charlando por la escalera.)

JULIA. Este *hall* lo vamos a reformar, es un poco anticuado.
ALB. Modernización. Vida nueva. Todo nuevo.
JULIA. Ni pensarlo. Nada moderno. Es decir, lo pensaré. No sé aún qué estilo.
ALB. ¿Y no es más bonito así?
JULIA. No, resulta anacrónico. Desde mañana pensaré en ello.
ALB. Ya entra en funciones de ama de casa.
JULIA. La ventaja de ser viuda.
ALB. Cierto. (*Pausa.*)
JULIA. ¿Y usted qué hará mañana?
ALB. ¡Quién sabe! (*Sonríe.*)
JULIA. ¿Por qué sonríe?
ALB. Por el usted.
JULIA. ¿Cómo?
ALB. Sí, mi amiga. Ese usted me resulta irónico.
JULIA. No comprendo.
ALB. Muy sencillo. Si usted me hubiera dicho qué hará mañana, sería una pregunta simplemente. Ese usted encierra muchas cosas. Parece decir: Este pobre diablo mañana se aburrirá mortalmente, mientras mi marido y yo...
JULIA. (*Riendo.*) ¡Qué imaginación!
JOR. (*Viendo a Sabina, que conversa en voz baja con Fanny.*) Mamá, los invitados se van casi todos.
SABI. ¿Queda alguien?
JOR. No creo. (*Julia baja a reunirse con las dos mujeres. Llevando aparte a Alberto.*) Cuando se hayan ido todos, espérame aquí. Tengo imperiosa necesidad de hablarte.
ALB. Bueno.
FAN. Tranquilícese, señora.
SABI. Sí, estoy tranquila. Julia, ¿vienes? Vamos a despedir a los últimos invitados.
JULIA. Vamos todos.
TODOS. Vamos. (*Van saliendo.*)
JULIA. (*Ve el "necessaire". Estupor, calma; luego dice a Fanny.*) Querida, en cuanto puedas, ven aquí, espérame. Debo hablarte a solas de una cosa importantísima, decisiva.
FAN. ¿Para quién?
JULIA. Para mí, para nosotros, para todos.
FAN. En seguida vendré (*Desaparecen; se oyen sus voces.*)

ESCENA IV

BASILIO, TOMAS

BASI. Pues nos han dejado solos.
TOM. ¿Nos vamos?
BASI. Creo que es hora.
TOM. Voy a decirle a mi señora y la suya...
BASI. Bueno, gracias.
TOM. ¿No le avisa que nos vamos?
BASI. No quiso venir, pretextando un fuerte dolor de cabeza.
TOM. ¡Ah!
BASI. Mentira. El despecho. Como no pudo conquistar a Jorge le molestaría asistir a su casamiento.
TOM. ¿Quedó en su casa?
BASI. No; me dijo que iría al circo a distraerse, pero en realidad lo que le ocurre es que le gusta el hombre serpiente.
TOM. No me diga.
BASI. Como lo oye. (*Y diciendo hacen mutis.*)
FAN. (*Entrando izquierda, cierra la puerta inquieta y se sienta en un sillón que la oculta.*)
ALB. (*Sale mirando. Cerciórase. No ve a Fanny.*) Menos mal, no hay nadie. (*Cigarrillo. Fanny hace un movimiento.*) ¡Oh, señora, perdone! Estoy desolado. Veo que le he interrumpido la meditación. Y es claro, se irá a meditar a otra parte ¿verdad? Allí, en el saloncito azul. ¿O prefiere el verde?
FAN. Es una forma muy delicada de decirme que me vaya.
ALB. Señora, no crea...
FAN. No se violente. Pero usted creo que buscaba la soledad y había elegido este sitio. No le queda otro remedio que irse. (*Se miran y se ríen.*)
ALB. Por lo que veo, los dos tenemos necesidad de quedarnos solos. Por lo tanto, le ruego, señora, pues que supongo que para usted será lo mismo, que vaya a meditar a otra parte, se lo ruego...
FAN. Imposible. El destino me señaló este sitio.
ALB. A mí también.
FAN. El destino.
ALB. Llámelo usted como quiera.
FAN. Así que usted es el consejero del esposo.
ALB. Y usted de ella.
FAN. Pero le ruego discreción. Ella me lo ha pedido.
ALB. No diga, y él a mí.
FAN. Silencio.

ALB. ¿Y usted no tiene una idea de lo que se trata?
FAN. No. Y aunque lo supiera, no lo diría.
ALB. Es claro. La amistad impone deberes.
FAN. Naturalmente, usted es mi amigo.
ALB. No lo dude. Amigo sincero.
FAN. Entonces tiene deberes para conmigo.
ALB. Es claro.
FAN. Dígame para qué lo citó Jorge.
ALB. Es delicado. Pero se lo diré. Y usted a su vez me contará.
FAN. ¡Ah, no! El secreto de una mujer es sagrado.
ALB. El del hombre también.
FAN. Es muy distinto; así que usted me dirá todo.
ALB. Es usted mujer en toda la extensión. Encantadora. (*Besa la mano.*) Yo no puedo revelar el secreto de mi amigo, por la sencilla razón de que no sé de qué se trata. Pero usted puede esconderse sin que yo la vea y escuchar. Así yo no tengo ninguna responsabilidad.
FAN. ¡Oh, es una traición, una infamia! Lléveme el sillón detrás del biombo para estar más cómoda. (*El lo lleva.*) Póngalo de espaldas. (*Se sienta.*) ¿Se nota, se me ve?
ALB. ¡Invisible! Como...
FAN. ¿Por qué me habla si usted no sabe que estoy aquí?
ALB. Tiene razón. (*Silba.*)

ESCENA V

JORGE y ALBERTO

JOR. (*De foro, a Alberto.*) ¿Estás solo?
ALB. Ya lo ves, solito. (*Lo lleva del lado izquierdo del biombo.*) Ven aquí y habla en voz baja.
JOR. (*Bajo.*) ¿Por qué?
ALB. Podría oirnos alguien (*Se sientan detrás del biombo y hablan en voz baja.*) ¿De qué se trata? ¿Qué ocurre?
JOR. De una cosa muy delicada y un poco ridícula, tal vez. Perdóname. Pero los minutos vuelan. Dentro de poco mi mujer y yo nos quedaremos solos, como es natural, dispuestos a afrontar una intimidad que me hace estremecer de gusto por anticipado. Siento un algo que me hace temblar. Piensa, entraré en posesión completa de una mujer, toda para mí entera. ¡Oh, Alberto, qué felicidad!
ALB. ¿Y qué más? (*Frío.*)
JOR. Como comprenderás, después de estar solos tendremos que desnudarnos, es lógico. ¡Ah! Piensa qué linda es-

tará así mi Julia. (*Abrazándolo.*) ¡Ah, qué momento, qué alegría!

ALB. Yo me voy. Estás loco.

JOR. No, no me abandones en este momento terrible de mi vida. Es la primera vez. Oye. (*Le habla tan despacio, que Fanny se acerca cautelosamente para tratar de oír.*)

ESCENA VI

DICHOS y JULIA

JULIA. (*Por derecha, con un pequeño paquete.*) ¿Estabas aquí?

FAN. ¡Sts!

JULIA. (*Bajo.*) ¿Qué pasa?

FAN. Ahí, delante del biombo, tu marido le está haciendo confidencias a su amigo Alberto.

JULIA. ¿Confidencias? ¿Le estará contando "todo"?

FAN. ¿Todo? ¿Todo qué?

JULIA. (*Sin mirar.*) Mira detrás de ti. Mira sin volver la cabeza.

FAN. ¿Y cómo hago?

JULIA. ¿Qué ves? ¿Qué?

FAN. (*Torciendo la cabeza.*) Francamente, hijita, yo no veo nada.

JULIA. (*Agitada.*) ¡El hombre del tren, del túnel, es mi marido! Creo, casi estoy segura, tengo pruebas. Luego te explicaré. ¿Qué se estarán diciendo esos dos? Yo quiero saber. Necesito saber qué se dicen.

FAN. Vamos, querida, cálmate. Estás agitadísima.

JULIA. (*Agitada.*) No creas, parece, pero estoy tranquila, muy tranquila.

FAN. Sí, se te conoce.

JOR. ¿Comprendes, verdad?

ALB. ¿Yo? Nada.

JOR. Cuando me quede solo con ella, ¿hasta qué punto debo desnudarme, cómo, en qué forma, de qué manera? ¿Comprendes ahora? ¿Cómo me desnudo?

ALB. (*Ríe.*)

JULIA. (*Pellizcando a Fanny.*) Ahí se ríen, se ríen de mí, ¿comprendes? Se ríen de mí, es demasiado.

FAN. Bueno, pero no me destroces el brazo.

ALB. ¿Qué quieres que te diga? Vístete de Adán.

JOR. ¡Oh!

ALB. Déjalo a la inspiración del momento. ¿Qué quieres que yo sepa de eso? Nunca he tenido esposa, siempre he preferido la de los amigos.

JOR. Dime, ¿son muchos los idiotas en tu familia?

FAN. Me estás arrancando el brazo.

JOR. ¿No comprendes que de la primera impresión que ella reciba puede depender la felicidad de toda mi vida? Lo he pensado: de "frac" es demasiado; "smosking", no me parece adecuado. De levita, naturalmente que no. Yo quisiera encontrar un traje que siendo serio no resultara solemne; que aunque tapándolo todo, deje traslucir la intimidad que de él se desprenda, y que en un momento de impaciencia resulte cómodo, pero no desvergonzado. Algo, en fin, que siendo íntimo no resulte demasiado. Medias tintas. Nada de contrastes fuertes. ¿Me entiendes? Eso es lo que quiero saber.

ALB. (*Atontado.*) ¿Nada más?

JOR. (*Natural.*) Nada más.

ALB. Atención. Alguien escucha, no te muevas. Hay alguien.

JOR. Pero dime antes qué me pongo. Si no, renuncio a las delicias de la noche de bodas.

ALB. Hombre, yo creo que para estos casos, lo único que reune todas esas condiciones es el pijama.

JOR. Es claro. Es claro. Es lo único que no se me había ocurrido. ¡Qué cretino!

ALB. Es natural. Con la emoción, lo único que no se le ocurre a uno es lo lógico. Mira, el biombo camina solo.

JULIA. (*Asoma la cabeza.*)

JOR. (*Mira de soslayo. Se levanta y ve a su mujer. Pausa. Situación. Risas. El la besa.*)

JULIA. ¿Qué haces aquí?

JOR. Esperaba, esperaba, esperaba que... ¿Y tú, que hacías?

JULIA. ¿Yo? ¡Este!... ¿Yo? Esperaba, esperaba. (*Abrazándolo.*)

JOR. Yo también. (*Se besan.*)

FAN. / ALB. } (*Los miran, se miran.*)

ALB. Creo que estamos haciendo un mal papel, ¿no le parece?

FAN. Me parece que sobramos.

ALB. ¿Nos vamos?

FAN. Vamos. (*Medio mutis.*)

JOR. (*Viéndolo.*) Alberto, Alberto, espera. Te acompaño, ¿quieres? Toma. (*Le da un fósforo encendido.*)

ALB. ¿Para qué?

JOR. Para encender el cigarrillo que te voy a dar. (*Lo saca y fumando hacen mutis.*)

ALB. ¡Ah, así, sí! Vamos. (*Mutis foro.*)

ESCENA VI

JULIA, FANNY. Luego TERESA

JULIA. (*Apenas salen ellos, Julia, trágica, toma de un brazo a*

Fanny, la lleva delante del "necessaire" y) ¿Ves este "necessaire"? ¡Es de Jorge! ¿Comprendes?

FAN. ¡Qué voz! El del túnel, digo del dormitorio del tren.

JULIA. Creo que sí. ¡Ah! el cuerpo del delito. Aquí traigo las pruebas. Si en ese "necessaire" falta un frasco, y si estos frascos son parecidos a éste, no queda duda, el hombre del tren era él. (*Abre el "necessaire".*) ¡Ah, falta uno! ¡Uno! Es éste. (*Por el que trae.*) ¡Igualito! (*Trágica.*) ¡Era él!

FAN. Mejor; así, todo queda en...

JULIA. ¡Libertino! ¡Nerón!

FAN. No comprendo tu indignación; esa comprobación creo que debe alegrarte.

JULIA. Por mi honestidad, sí, reparo mi falta casándome con el hombre del tren. Pero, ¿y si no hubiera sido yo?... ¿Y si eso le hubiera sucedido con otra? Estando casados sería una traición.

FAN. No comprendo. En resumen, estás celosa de tí misma.

JULIA. De mí y de las otras. Desde el momento que Jorge me ha mentido tan descaradamente, ¿quién me asegura que yo soy la primera? Con cuántas habrá hecho lo mismo... En Inglaterra, dominando el idioma, con tantas líneas de ferrocarril... ¡Es claro, es hereditario! El caballerito no puede privarse... solo de noche con una mujer... El movimiento del tren... se entiende... Aprovechaba el sueño de los otros y él, ¿eh? ¡No te rías, por favor!

TERE. (*Por derecha.*)

JULIA. (*Cortada al verla.*)

FAN. Teresa, este "necessaire" es de Jorge, ¿verdad?

TERE. Era del padre, que lo compró en París cuando la Exposición; después quedó en casa.

JULIA. ¿Lo usaba Jorge en sus viajes?

TERE. Viaja tan poco... se lo prestaba a sus amigos. Ese "necessaire" lo han usado todos los amigos de Jorge.

JULIA. ¡Ah! ¿Todos? Es un "necessaire" público. (*Entre la risa y el llanto.*) ¿Lo alquilaba por viaje o por mes?

TERE. Tiene ganas de bromear la señora. Jorge es tan bueno... Con permiso. (*Mutis izquierda.*)

FAN. (*Rompe a reir.*)

JULIA. No comprendo el motivo de tu risa. Estoy en la misma de antes. ¿Quién fué? Es para enloquecer.

FAN. Francamente, no comprendo el motivo de tu agitación.

JULIA. Quisiera verte en mi lugar. La duda. ¿Has observado la innumerable cantidad de hombres que asistieron esta noche a nuestra boda?

FAN. ¿Y qué?

JULIA. Todos amigos de Jorge. ¿Quién era? ¿Un gordo, un flaco, un rubio... moreno, alto, bajo? ¿Quién?

FAN. Cálmate.

JULIA. ¡Ah! pero yo esta noche sabré la verdad. La verdad, cueste lo que cueste; Jorge hablará.

FAN. ¿Y si no es él y si no sabe nada?...

JULIA. Si no fué él, paciencia. Lo habré perdido para siempre. Es un hombre como otros, y no me perdonará. Peor para los dos.

FAN. ¡Quién sabe! Es un puritano. La pureza tiene algo de femenino y por lo tanto de indulgente. Y por encima de todo eso hay una razón más poderosa. Te ama. Lo que en él parece femenidad, es exceso de educación, pero yo, que he tenido oportunidad de charlar con él francamente, puedo asegurarte que en el fondo es un hombrecito encantador.

JULIA. Claro que lo es. Educado por su madre equivocadamente. Pero es un temperamento.

FAN. Prudencia, no destruyas tontamente tu felicidad. Y me voy.

JULIA. Quédate otro rato.

FAN. Es tarde. Voy a saludar a tu suegra y me voy.

ESCENA VII

DICHOS y SABINA

JULIA. Fanny se va. Quiere despedirse de ti.

SABI. Aprovecho este momento. Fanny, ¿me permites?

FAN. No faltaba más. (*Se retira discretamente al foro.*)

SABI. (*A Julia.*) Quiero pedirte un favor, que te parecerá un poco raro y extraño.

JULIA. Lo que sea... Haré lo posible por complacerla. ¿De qué se trata?

SABI. Hijita, mi Jorge es una sensitiva. Te ruego que lo trates con dulzura.

JULIA. (*Modesta.*) ¡Haré lo que pueda!

SABI. Gracias. No me creas ridícula. No te rías de mí; compréndeme.

JULIA. (*Sincera.*) ¡Oh; señora, es usted una madre exquisita!

SABI. Y tú una buena muchacha. Gracias.

ESCENA VIII

DICHOS; JORGE, ALBERTO

JOR. (*A Fanny.*) ¿Mamá está aquí?

SABI. ¿Se va de verdad, Fanny?

FAN. Sí, señora, mi marido me ha precedido hace ya tiempo.
ALB. Me ofrezco para substituirlo.
FAN. Le ofrezco su sitio en el auto.
ALB. ¿Nada más que en el auto?
FAN. ¡Atrevido! Le permito que me haga la corte discretamente.
ALB. No señora. ¡Libertad!
FAN. Le dejo a pie.
ALB. No, entonces iré aunque sea con el chauffeur.
FAN. De noche me gusta manejar...
ALB. Vamos. Me sacrifico.
FAN. Gracioso. Permito... (*A Julia.*) ¡Querida! un abrazo. Prudencia. Piensa lo que haces. Sé feliz y haz feliz a tu marido. Adiós.
JULIA. Gracias. ¿Nos veremos mañana?
FAN. Mejor pasado mañana. Adiós. Felicidad, señora. ¿Usted se queda aquí?
SABI. No, me voy en seguida. Tengo mi auto. Gracias. (*Saludos generales.*)

ESCENA IX

SABINA, JULIA, JORGE

JOR. No puedo más. Qué noche. Por fin un poco de silencio. (*Tres bocinas.*) Silencio.
SABI. (*Mirando a Julia.*) Te comprendo, hijita.
JULIA. (*Comprendiendo.*) Señora...
JOR. ¿Qué es eso, mamá? ¿Lloras? Te ruego, no llores. Ten coraje. (*Llorando.*)
SABI. (*Abrazándolo, violenta.*) ¡Jorge! ¡Jorgito! ¡Me voy!
JOR. ¡No, mamá, no te vayas!
SABI. Es necesario que me vaya, hijito. Tienen que quedarse solos. Debemos separarnos. El destino así lo quiso.
JOR. Sí, mamá, el destino y yo.
SABI. (*Decidiéndose a abrazar a Julia.*) ¡Adiós, mi Julia! Con prudencia, hijita; no le hagas sufrir.
JULIA. Vaya tranquila. ¡Hasta mañana!
SABI. (*A Jorge.*) No te asombres de nada. No te extrañes.
JOR. No, mamá, no te preocupes. Ya tengo una idea de lo que es. (*Sabina sale rápida, secándose los ojos. Ellos la acompañan hasta la puerta, desaparecen y vuelven silenciosos y embarazados.*)

ESCENA X

JORGE, JULIA; luego TERESA

JULIA. ¡Por fin solos!

JOR. (*De espaldas a Teresa.*) ¡Por fin!

TERE. (*Entra como una flecha, abraza y besa a Jorge.*) ¡Toma! ¡Toma!

JOR. (*Creyendo que es Julia.*) ¡No, así no, así no! (*Se desprende.*) ¡Ah! ¿eras tú? ¡qué miedo!

TERE. Perdóname (*A Julia.*) ¡Lo he visto nacer! Era tan chico y pensar que ahora...

JOR. He crecido un poco.

TERE. ¡Es un pimpollo! ¡Yo no me voy con tu mamá! ¡Me quedo aquí! Velaré al lado de tu dormitorio. Cualquier cosa, me llamas.

JOR. No, vieja querida. Vete a dormir tranquila.

TERE. Como quieras; pero de aquí no me voy. Buenas noches, señora.

JULIA. Buenas noches, duerma tranquila.

TERE. No podré pegar un ojo. Buenas noches, chiquito. ¡Calma! ¡Despacio!

JOR. Sí, sí, buenas noches. (*Mutis Teresa.*)

ESCENA XI

JORGE, JULIA

JULIA. (*Que continúa con el frasquito en la mano envuelto, apenas quedan solos toma un aire de misterio y dice enérgicamente:*) Ahora voy allá. Tú, mientras, cierra todas las puertas y me esperas aquí. (*Sale rápida, derecha, sin que él la vea. Pausa.*)

JOR. ¿Apago la luz? (*Se vuelve y ve que ella no está. Pausa. Mira. Cierra puerta foro.*) ¿Y qué hará allá? (*De puntillas espía por la cerradura; éxtasis, frenesí; se muerde un dedo y como un relámpago desaparece. Queda la escena vacía un momento. Julia, provista de su frasquito, mira; no ve a Jorge.*)

JULIA. Estoy emocionada. Las otras recién casadas lo están porque van a entregarse a un hombre por primera vez. Yo porque pienso que voy a entregarme quizá por segunda vez al mismo. Es trágico. ¡San Antonio de mi alma, tú que eres el protector de los objetos perdidos, y por lo tanto de los hallados, haz que el hombre del tren y mi marido, sean una sola persona; que todo lo que he perdido en brazos del otro lo encuentre en los de mi marido! ¡San Antonio!

JOR. (*De pijama, que apareció un minuto antes, queda extasiado.*) ¡Qué linda estás!
JULIA. ¡Y tú que gracioso! ¿Dónde te has desnudado?
JOR. En el corredor. Quería darte la sorpresa de presentarme listo ante ti. (*Se sienta.*)
JULIA. Es una delicadeza tuya. (*Se le acerca felinamente.*)
JOR. (*Se retira instintivo.*)
JULIA. (*Le pasa los brazos desnudos por los labios, parada detrás de la silla.*) ¿Qué tienes? ¿Te causo miedo?
JOR. No, miedo no. Siento una cosa aquí, los labios secos.
JULIA. Si yo te diera un beso en la nuca, ¿qué dirías?
JOR. ¡No sé! Dámelo y después te lo diré.
JULIA. (*De oreja a nuca un beso ávido.*)
JOR. (*En un espasmo de voluptuosidad.*) ¡Ay!, te ruego calma..., no precipites los acontecimientos.
JULIA. (*Se le sienta bruscamente en las rodillas. Este diálogo cara a cara, pleno de caricias.*) Esta vez sí que estamos verdaderamente solos.
JOR. (*Trémulo.*) Sí.
JULIA. Todos duermen. La casa en silencio. Ya casados. Somos el uno del otro. Tú ahora me perteneces.
JOR. Es cierto, tuyo; no puedo negarte nada.
JULIA. (*Levantándose rápida.*) Eso lo veremos en seguida.
JOR. (*Asustado.*) Julia, ¿qué me vas a hacer?
JULIA (*Mirándole fijo.*) Tráeme aquel "necessaire".
JOR. ¿El "necessaire"?
JULIA. Sí, pronto.
JOR. (*Lo trae de la mesa grande a la pequeña, donde quedó el frasquito.*)
JULIA. Abrelo.
JOR. Lo abro.
JULIA. ¿Qué encuentras dentro?
JOR. Cepillos, peines, frascos. (*Trémulo.*) Es un viejo "necessaire" que mi padre compró en París.
JULIA. El año de la Exposición, lo sé.
JOR. ¿Lo sabes?
JULIA. Sí, antes de casarme contigo he hecho mis averiguaciones.
JOR. ¿También sobre mi "necessaire"? (*Abriendo los ojos.*)
JRLIA. Sí. Y he descubierto que falta un frasquito.
JOR. (*Comprobándolo.*) Es cierto.
JULIA. Y ahora dime la verdad: ¿Dónde está ese frasquito que falta ahí?
JOR. No sé dónde está. Yo no soy un tirano y le concedo a mi "necessaire" amplia libertad.
JULIA. (*Seria.*) Trata de recordar dónde has perdido ese frasquito.

Jor. Quizá se le haya extraviado a algún amigo.

Julia. No es cierto. Aquí lo tienes: lo has perdido tú.

Jor. ¿Cómo lo sabes?

Julia. (*Glacial.*) Simplemente. Tú sabes la cantidad enorme de regalos que he recibido hoy. Los más diversos, de todos los gustos y todos los precios. Entre los donantes hubo quien desdeñó los objetos acostumbrados y me ha enviado un extraño regalo. Tú conoces a esa persona.

Jor. Conozco tanta gente.

Julia. Quizá demasiada. Es de procedencia eslava.

Jor. Matilde Dobrescu.

Julia. (*Severamente.*) Precisamente. El curioso regalo venía acompañado de una carta que decía así: "Querida amiga, en el día que usted se une en matrimonio a Jorge Russel espero recibirá agradecidísima este obsequio. Es el recuerdo del cuarto de hora más delicioso y culpable de mi vida; ocurrido en un coche dormitorio. Consérvelo como una prueba de mi simpatía y colóquelo en su puesto en el "necessaire" de su marido." Aquí está el regalo. (*La muestra.*)

Jor. ¡Yo te diré! ¡Te explicaré!

Julia. ¡Ah!, tenía una posdata que decía: "El frasquito contenía flor de azahar." Y ahora yo me pregunto qué clase de marido me tocó en suerte.

Jor. (*Culpable.*) ¡Es verdad! El "neessaire", el frasco, el dormitorio, soy yo. No puedo negarlo, perdóname. Te he ocultado este pequeño accidente ferroviario por una razón, una gran razón, la única.

Julia. ¿Cuál? (*Conteniendo el gozo.*)

Jor. Estaba convencido de que tú nunca lo sabrías. Pero antes de condenarme, escucha: te diré toda la verdad y después repúdiame. Haz lo que tú quieras.

Julia. Te escucho.

Jor. Tú no puedes comprender lo que ocurre en el alma de un joven que debe luchar denodadamente con los imperiosos instintos de la naturaleza, en un temperamento ardiente como el mío. Esa noche primaveral yo volvía de...

Julia. Chile...

Jor. Sí. ¿Cómo lo sabes tú?

Julia. Lo decía la carta.

Jor. Había pasado en Viña del Mar unos días espléndidos y atormentadores, enseñando a nadar a una señorita... Me embarqué saturado de aquella vida en la que se complicaba el aire yodado del mar, los perfumes enervantes del jardín del hotel, y la piel satinada con asperezas desmayantes de mi discípula. Yendo a la estación, el cami-

no estaba lleno de mujeres. Creo que ese día no había quedado ninguna en casa: jóvenes, viejas, feas, bonitas, obreras, modistillas, cocotes, alguna señora; y yo las miraba, especialmente a las jóvenes y hermosas, aspiraba sus perfumes al pasar por su lado, me extasiaba con los ojos de una, con el andar de otra, con la sonrisa, con... con... todo, en fin, y me parecía poseerlas un poco a unas con la mirada y a otras con el aliento; son los dos sentidos más fáciles de conformar y que tienen más compasión para nuestra fantasía.

JULIA. No divagues ahora.

JOR. El caso es que, borracho de mujer y de deseo, subo al tren que debía conducirme a casa, al lado de mi madre. El recuerdo de todo lo que había visto y mil raras cosas que desfilaban por mi mente me impedían dormir. De pronto entramos en un túnel...

JULIA. ¿Y después, después?

JOR. Bruscamente se abre la puerta de mi camarote... siento un fru fru de sedas, y una voz de mujer dice "Enrique", y me da un beso. ¡Ah, Julia, era el primer beso que yo recibía de una mujer! ¡Ah! Tú no podrás comprender jamás la sensación que yo experimenté en ese momento. Me sentía envuelto en una nube de perfumes desconocidos, un estremecimiento invadía mi cuerpo, desde la nuca... el corazón parecía escapar del pecho, primero sentí sus golpes violentos, luego como un rumor sordo y lejano; parecía que mis ansias contenidas querían libertad, que toda mi juventud golpeaba en mí; después sentí algo que subía a la garganta... Era el corazón, ¡lo sentía!

JULIA. ¿Sentiste todo eso en el momento del beso?

JOR. Y algo más. Comprendí que la desconocida había equivocado el compartimiento; quería decírselo, pero tenía un nudo aquí y había perdido el sentido de la realidad... Mi cabeza era un caos... Olvidé el juramento a mi madre, se borró su imagen, desaparecieron todos los retratos de mis antepasados, no recordaba cómo era mi padre, nada, nada... me sentí huérfano. Estreché la cintura de la desconocida, ella se inclinó un poco sobre mí...

JULIA. Perdió el equilibrio....

JOR. Y cayó encima... (*Espantado ante la mirada equívoca de Julia.*) No, no, Julia, no es cierto. No sé si por falta de costumbre o por la emoción, pero te juro que no pasó nada.

JULIA. Todo... Pasó todo... ¿cómo crees que no me diera cuenta?

JOR. (*Pausa. Sonríe.*) Creí que no te habías apercibido... ¡Estabas tan turbada!

JULIA. (*Estupefacta.*) ¿Sabías que era yo?

JOR. Te he reconocido el mismo día que llegaste al hotel. (*Vuelve la cabeza como avergonzado.*)

JULIA. (*Obligándolo a mirarla.*) ¿Lo sabías y has callado hasta ahora?

JOR. (*Tímido.*) Sí.

JULIA. Me has tenido durante dos meses agitada por ese recuerdo, por ese remordimiento. ¿Por qué, por qué? (*Sentándose.*)

JOR. (*Acurrucándose en sus rodillas.*) Si te lo hubiera confesado en seguida te habrías aprovechado de mí. (*Juega con algo que le cuelga a ella.*) Y yo no habría resistido y, pasado tu capricho, me habrías abandonado. Vosotras las mujeres sois muy volubles... Entonces yo me callé; he sufrido hasta la exasperación, porque te deseaba, te amaba brutalmente, pero he resistido, me he callado para obligarte a casarte conmigo. Y como ves, me resultó. Me perdonas, ¿verdad?

JULIA. (*Radiante.*) Sí, a pesar de esto. (*Le muestra el frasquito.*)

JOR. (*Tomándolo.*) ¡Qué lástima! Está vacío. No hay más flor de azahar.

JULIA. (*Pasándoselo por las narices.*) Tonto, queda el perfume.

JOR. (*La mira ansioso, luego tímidamente esconde su cabeza en la espalda de Julia.*)

JULIA. Mi nene, ¿qué tienes?

JOR. (*En la espalda de ella.*) Tengo vergüenza....

JULIA. ¿De qué? Mi vida... Vamos... será igual que la otra vez.

FIN

SA
MA
DO
V
CA
VI
PA
SA
SA
DO
DO
MA
PA

SU
pro

FRANCISCO SERRANO ANGUITA

El aire de Madrid

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el teatro Infanta Isabel, de Madrid, el día 1 de diciembre de 1924.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ISABEL	Eloísa Muro.
MARUJA	Milagros G. Guijarro.
DOÑA CONSUELO MENDOZA, Viuda de Santiponce	María Brú.
CARMELA	Angelina Vilar.
VICTORIA	Manuela Iglesias.
PASCUALA	Mercedes Sampedro.
SALVADOR CENTENO	José Calle.
SANTIAGO VERGARA	José María Gallardo.
DON RAFAEL FERNÁNDEZ	Salvador Mora.
DON SERVULO SANTIPONCE	Pedro Sepúlveda.
MANOLITO	Antonio Suárez.
PAMPLINA	Julián G. Valbuena.

NOTA.—Todos los personajes, menos ISABEL, DOÑA CONSUELO y SANTIAGO VERGARA, que son madrileños, hablan con pronunciación andaluza.

ACTO PRIMERO

En Alcolea de la Cañada, pueblo imaginario de Andalucía, se ha fugiado, con su hija Isabel, doña Consuelo Mendoza, viuda de San ponce. Habitan en una antigua casa de su propiedad, resto de pasac esplendores. Y en una sala baja de la casa, en lo que en todas las ma siones andaluzas suelen llamar "estrado", se va a desarrollar esta media. Es una estancia clara y alegre, con dos grandes ventanas rejadas y con celosías de madera pintadas de verde, amén de las ind pensables macetas floridas, en el foro. Una puerta, a la derecha, cc duce a la calle, y otra, a la izquierda, lleva a las demás habitacion El techo es de vigas, y el suelo de baldosas rojas, que relucen de pu limpias. Un tapiz sirve de alfombra. Muebles antiguos, cómodos y precio, muy bien conservados. Anchos sillones y sillas de tapicer Una amplia mesa en el centro, y encima de ella alguna planta de sal Otra mesita auxiliar, algún vargueño y otros detalles, no lujosos pe sí de buen gusto. Cuadros y retratos familiares en las paredes. Cc tinas de cretona en las ventanas. Del techo pende una lámpara eléct ca, también de estilo antiguo. La sala, en suma, evoca tiempos bienestar, trocados hoy en una modestia pulcramente disimulada. una mañana del mes de marzo, y en la calle, tras las ventanas foro, triunfa la alegría luminosa y risueña del cielo andaluz.

(*Cuando comienza la comedia están en escena doña Consuelo y Pa cuala. Doña Consuelo es una señora cincuentona de buen porte, q viste con sencillez y distinción, y Pascuala, una mujer del puebl que ya pasó la raya de los cuarenta; sus ropas son pobres limpias, y el pelo, tirante y repeinado, le remata en un moñ sobre la coronilla. Esta Pascuala, según se verá, es parlanchin vivaracha y zalamera como ella sola.*)

PASC. ¡Que tié osté rasón, doña Consuelo! Pero ¿qué va jasé una señora e mi sangre?

CONS. Eso es lo que yo pregunto: "¿Qué va a hacer una Si para vosotros van mal los asuntos, ¿cómo han de para los demás? ¿Crees que aquí no hay tropiezos?

PASC. (*Lloriqueando.*) ¡Várgame er Señó de la Pasión! ¿ osté a sé capás de quitarnos la güerta?

CONS. No se trata de eso. No quiero yo echarlo por las mala

PASC. ¡Si tó lo que osté me dise se lo he dicho yo a mi Pan plina! Y, lo que él contestaba: "¡Pos claro que hay q cumplí con la señora!"

CONS. Pero ¿cuándo?

PASC. Aguarde osté una chispita... Hasta la feria e mayo, a vé si hay negosio.

CONS. ¿Hasta mayo y estamos en marzo? No puede ser. No somos ricas. ¡Y si fuérais vosotros solos!... Pero Joseito, el del cortijo, también se trae la misma canción.

PASC. ¡Que es muncha miseria! ¡Todavía, si una gastase y se diese vía de sosio der Casino... ¡Pero si cuando en casa guisamos jabichuelas hay repique!... ¡Si jasta mi nene chico, cuando rompió a jablá, fué pa desi: "No quieo mas coles, no quieo más coles"...!

CONS. En fin, a ver como os arregláis. Necesito que me paguéis algo... También alguna vez hay que guisar habichuelas en esta casa.

PASC. ¡No jable osté asín, que *me se* parte el arma! ¡Quién las vió y las ve!... ¡Quién vió a mi niña Isabé, hija e mi sangre, que paresía que iba pa reina!...

CONS. Bueno, a pensar lo que se hace, y a no descuidar lo del pago.

PASC. ¡Pos misté, doña Consuelo, que como no adelanten la feria!... ¡A ve si osté, que tié amistá con el arcalde nuevo!...(*Llegan en esto Isabel, por la puerta de la izquierda. Isabel, heroína de la comedia, es joven, bonita, alegre y salada; una madrileña garbosa, que triunfa entre las andaluzas que la rodean. Viste a la moda, sin lujo, pero con elegancia. Al ver a Pascuala, se va hacia ella, risueña y afectuosa, y la saluda así*:)

ISAB. ¡Pascualita! ¡Gracias a Dios que se te ve el pelo!

PASC. (*Besuqueándola zalamera.*) ¡Huy, mi niña Isabé! ¡Mi niña garbosa! ¡Josu, que cá día tié una grasia nueva!

ISAB. (*Desasiéndose de ella.*) Bueno está, mujer. ¿A qué vienes?

CONS. ¡Figúratelo! ¡A contar penas!

ISAB. ¡Vamos! ¡La renta! (*Doña Consuelo asiente.*) A juntarla con la de fin de año ¿no?

PASC. (*Otra vez lloricona.*) ¡No me jables, lusero, que nos tié ajogaítos el no cumplí! Ya tu ves, mi Pamplina ni vení ha querío.

ISAB. Ya sabe lo que hace, ya. Y tú también, Pascuala, que eres una gitana de una vez. ¿Qué hacéis con el dinero?

PASC. ¡Si esta to perdío!... ¡Si no se vende na!... ¿Bersas?... ¡En masetas las crían los der puebio, pa no comprarlas!... ¿Poyos?... En er paseo, los domingos. ¡Y no se jable de guevos!... ¡Hay que vé al recovero! ¡Buscando en el armenaque er día de algún señorón que le compre una osenita pa jasé natiyas!...

ISAB. (*Riendo.*) ¡Anda, mujer, anda!

CONS. (*A Isabel por Pascuala.*) Ya le he dicho que es imposibl continuar así.

PASC. Güeno, yo se lo diré a mi Pamplina, y, si acaso, que venga a tratá...

ISAB. No, mira, a tu Pamplina no le mandes. ¡Es mucho marido el tuyo! ¡Ya vendrás tú con el dinero!

PASC. ¡Deseandito lo estoy! (*Besuqueando de nuevo a Isabel en la despedida.*) ¡Quéate tú con Dió, mi niña salá, pimpoyo, que tavía te va a salí un novio que varga un Perú!... Ea, doña Consuelo, ya yo vendré por aquí... Y muchas grasias. Y que un día de estos traerá mi niña Pepa un canasto de arcausiles... Y a vé si se dais un paseíto a la güerta, que ahora ya da gusto por las tardes... (*Por fin se va la mujer, por la derecha, gozosa de su triunfo.*)

ISAB. ¡Anda ya!... ¡Jesús, que pejiguera de mujer!

CONS. Mucha pejiguera... y otra vez la renta por el aire. Sólo faltaba tu blandura, hija.

ISAB. ¿Qué vas a hacer? ¡De todos modos, no iba a pagarnos!

CONS. Ni ella, ni Joseíto el del cortijo. Conque hazte cargo.

ISAB. ¡Pues está bien! (*Echándolo a broma.*) Y en la sucursal del Banco no nos queda dinero...

CONS. Deja las burlas, Isabel. El caso es que no nos pagan, que entre unos y otros nos deben un montón de pesetas, y que aquí no queda un céntimo.

ISAB. ¡Pues hay que acudir al Banco!

CONS. ¡Vamos, habla en serio!

ISAB. En serio, mamá. Al único Banco al que podemos acudir: al tío Sérvulo.

CONS. ¡Sí! ¡Como si no le conocieras!...

ISAB. Pues de no ser a él...

CONS. Acabaremos como siempre...

ISAB. (*Atajando a su madre.*) ¡No, eso no! Salvador, ¿verdad? ¡No quiero!

CONS. Hija...

ISAB. Ya, ya lo sé... Que tiene cierta obligación... Que papá le protegió mucho... Que él lo hace de buena voluntad... ¡Pues, no, mamá! Mejor al tío Sérvulo...

CONS. ¡Ay, si tu pobre padre!...

ISAB. Mi pobre padre era un santo, que se fué al cielo... y nos dejó a nosotras en el infierno. Pero, ¿qué se le va a hacer? ¡Todavía podíamos estar peor! Aún nos quedan esta casa, y el cortijo, y la huerta...J

CONS. ¡Para lo que nos dan!...

ISAB. (*Con graciosa rabia.*) ¡Oh, quién fuera hombre! ¿Por qué no nací yo hombre, vamos a ver? ¡Mira que es rabia!

Dos mujeres solas, y en este pueblecito, que... ¡válgame Dios! Yo, hombre, estaría en Madrid, ¡en mi Madrid de mi alma!, luchando, afanándome...

ONS. ¡Vaya, no fantasees! En el pueblo hay que estar, esperando... ¿qué sé yo lo que debemos de esperar? Por lo menos, que tú te cases y salgas adelante.

SAB. ¡Ya lo creo! ¡Casarse en Alcolea de la Cañada una chica sin dos pesetas, con muchos humos y dada al señorío!... ¡Ni lo sueñes! ¡Fíjate cómo me cortejan los badulaques del pueblo!

ONS. Tampoco tú haces nada por atraerlos.

SAB. (*Riendo.*) ¿Quieres que les pasee la calle? ¡Tendría gracia! Al final, pasará lo que tú te imaginas. Sólo hay uno, y...

ONS. Y no te entusiasma.

SAB. ¿Cómo ha de entusiasmarme?

ONS. Es bueno, y honrado...

SAB. ¡Sí! ¡Y generoso! ¡Y se lo debe todo a papá! Y, aunque nada me ha dicho, ciega por mí, ¿no? Hasta el nombre es el indicado... ¡Salvador! Puede que nos salve; pero... ¡vamos!... Rudo, torpón, y sin pizca de gracia... ¡Y con los cuarenta cumpliditos! ¡Un porvenir!

ONS. Otras lo quisieran.

SAB. ¡Si hasta me envidiarán! En fin, si ello ha de ser, deja que me acostumbre a la idea, que no es cosa fácil. Y, sobre todo, que él no habló aún.

ONS. ¿Dudas de que hablará?

SAB. (*Suspirando, entristecida.*) ¡Ay, mamá! ¡Ojalá fuese mudo!... (*Por la derecha llegan Maruja y Victoria. Con decir que son dos chicas guapas, jóvenes, presumidas y de lo mejorcito del pueblo, está dicho todo. Vienen vestidas con elegancia, y, al parecer, traen grandes noticias que comunicar.*)

ARU. (*Al entrar.*) ¡Ya está aquí, hija, ya está aquí! (*Besando a Isabel.*) ¡Figúrate si tendré ganas de conocerle!... Buenos días, doña Consuelo.

ICT. (*Que saluda también.*) ¡En la fonda de Villa se hospeda!

ARU. ¡El mejor cuarto! ¡Dos duros diarios! ¡Le han puesto baño en la habitación!

ONS. (*Asombrada.*) ¿Qué pasa?

SAB. (*Sorprendida también.*) Explicaos, niñas. ¿Quién ha venido?

ARU. ¿Quién ha de ser?

ICT. ¡El!

SAB. ¿El?...

ARU. ¡Pues claro!...

ISAB. (*Sin comprender.*) ¡Bueno!

MARU. ¡El arquitecto, hija! ¡El de Madrid!

ISAB. (*Cayendo al fin en la cuenta.*) ¡Acabárais! ¡Me habíais asustado! ¡Creí que era otra cosa!

CONS. ¿Y a qué viene ese señor arquitecto?

MARU. ¿No lo sabe usted, doña Consuelo? El Círculo de Labradores va a hacerse un palacio, lo que se llama un palacio... Este arquitecto ha hecho los planos, y viene a dirigir las obras. ¡Cosas de papá! ¡Ya sabe usted cómo es papá!

VICT. Le gusta hacerlo todo a lo grande.

MARU. El forastero llegó esta mañana. (*A Isabel.*) ¡Imagínate! Papá fué a buscarle y con él está...

CONS. ¡Vamos! ¡Ya hay acontecimiento en Alcolea!

MARU. (*A Isabel.*) Es joven... Nos lo han dicho en la fonda... Y trae dos maletas, un maletín, una sombrerera y un cajón que viene facturado.

ISAB. (*Burlona.*) ¿Es que se queda a vivir en el pueblo?

VICT. Por lo menos, estará una temporada larga.

MARU. Papá dice que hay que obsequiarle mucho. ¡Ay, lo que va a rabiar la niña de Valpuesta! Porque, ¡claro!, esa niña no se mezclará en nada.

ISAB. (*Siempre en tono de burla.*) ¿A quién se le ocurre? ¡La niña de Valpuesta! ¡No faltaba más!...

VICT. ¡Organizaremos fiestas todos los días!

CONS. Papá se arruina de ésta, criaturas.

MARU. (*A Isabel.*) Yo he pensado en darle una comida a la americana.

ISAB. (*Con asombro.*) ¿A la americana?

MARU. ¡Sí, eso que está de moda!

VICT. ¡Comida y baile a un tiempo, mujer!

ISAB. ¡Ya, ya! (*Conteniendo la risa.*) ¡Será muy bonito!

MARU. Tú nos dirás cómo se organiza.

ISAB. (*Con guasa madrileña.*) ¡Sencillísimo! Una está comiendo con todos los invitados. De repente, un pollo se levanta, se te acerca y te dice: "¿Me concede usted la langosta?..." Conque tú miras el "carnet" y le contestas: "¡Ay, la langosta la he comprometido! ¡Si le conviene a usted el asado!..." Y, claro está, el pollo se queda para el asado.

VICT. (*Entusiasmada.*) ¡Precioso! (*Doña Consuelo hace señas a Isabel, para reprenderla por su broma; pero Isabel prosigue, cada vez más regocijada.*)

ISAB. Al servirse el asado, te viene a buscar tu pareja, y os ponéis a bailar alrededor de la mesa. Lo difícil está en que, cada vez que pases por delante de tu plato, tienes que coger un pedacito de pechuga sin perder el compás...

(*Da unas vueltas de baile con mucho bullicio y disimulando la risa, que se le escapa a borbotones.*)

ARU. ¡Sí que será difícil!...

AB. Pero se aprende a escape...

ONS. (*A Maruja y Victoria.*) No os dejéis guiar por ésta, que exagera mucho.

AB. (*Fingiendo remilgos.*) Mamá, ya sabes que en el Ritz lo bailábamos así. Y en casa de la Fernán-Nuñez. Y en Palacio...

CT. (*Extasiada.*) ¿En Palacio también?

AB. ¡Digo!...

ARU. ¡Oh, vamos a dar el golpe!... También organizaremos un "the-dansant".

AB. ¡Y un "souper-tango!" ¡Hay que obsequiar al forastero! Le serviremos te con buñuelos, que es de gran tono.

CT. (*Palmoteando.*) ¡Qué bien! (*A Maruja.*) ¿Ves como Isabel es una gran ayuda?

ONS. (*Aparte a Isabel.*) ¡Pero, hija!...

AB. (*Riendo.*) ¡Deja, mamá! ¿Qué se han creído estas niñas?

ARU. (*A Isabel.*) En fin, a lo que venimos. ¿Quieres acompañarnos a casa de la modista? ¡Como tú estás al tanto de la moda!...

CT. ¡Anda, haz el favor!

ARU. Luego volvemos aquí, y nos asomamos al balcón de arriba, que se ven los salones del Círculo. ¡Y a las doce le dan un vino de honor al forastero!...

AB. Lo que queráis. Dame la llave del ropero, mamá, que voy a aviarme un poco. (*Bajo a su madre, que le da la llave.*) A estas cursis las hago encargarse falda pantalón. (*Alto a Maruja y Victoria.*) Esperad, que en seguida vengo. (*Se va por la izquierda.*)

CT. (*A doña Consuelo, por Isabel.*) ¡Qué buena es!

ARU. ¡Y qué servicial!

ONS. No os merecéis vosotras menos. Y, sobre todo, ahora, con el arquitecto en Alcolea. Porque yo supongo que alguna ya tiene su plan. ¿No, Marujita?

ARU. (*Coqueteando.*) ¡Ay, ojalá! Figúrese usted yo... Papá cree que... Pero, ¡vaya usted a saber!...

ONS. (*Aparte.*) ¡Qué niñas! ¡Qué niñas! (*De la calle vienen, por la derecha, Carmela, Don Sérvulo y Manolito. Carmela, casada en segundas nupcias con don Sérvulo, es una mujer joven, guapa y arrogante. Don Sérvulo es un buen señor que, si no ha cumplido ya los sesenta años, deben de faltarle horas. Manolito, hijo del primer matrimonio de don Sérvulo, es un elegante del pueblo, y su característica es no acordarse nunca de ningún nombre.*)

CARM. ¡Buenos días a todas! (*A Maruja y Victoria.*) ¡Adiós niñas! Mucho madrugáis... (*Las besa efusivamente.*)

SÉRV. Hola, cuñada. (*A las niñas.*) ¿Qué hay, pimpollos? (*Manolito saluda también.*)

CONS. (*A los recién llegados.*) ¡Dichosos los ojos!

CARM. (*A doña Consuelo.*) Llevo una semana atareadísima. ¡Figúrate, hija! ¡Equipándome! Se echa encima la feria, y estoy lo que se dice sin un trapo.

CONS. ¡Mujer, hasta mayo!...

SÉRV. No creas que hay mucho tiempo. ¿No ves que ésta (*Por Carmela.*) hace cada compra en dos veces? Primero, adquirir lo que sea. Y luego, devolverlo y elegir otra cosa.

CARM. ¡No empieces con tus bromas, Sérvulo!

SÉRV. ¡Si es verdad!... (*Siguen hablando doña Consuelo, Carmela y don Sérvulo.*)

MANO. (*A Maruja y Victoria, con las que ha formado grupo.*) ¡Ya podíais haber avisado que íbais anoche al "cine"!

MARU. ¿Quién te ha dicho que fuimos?

MANO. Me lo ha dicho éste... (*Castañeteando los dedos.*) éste... ¿cómo se llama?

VICT. ¿Luisito Vega?

MANO. ¡No, mujer!... (*Repitiendo el juego.*) Este chico...

MARU. ¿Miguelín Ortiz?

MANO. ¡Tampoco! Eso otro... ¡Vaya, que no lo digo! ¡Hombre, si os saludó en la puerta!...

MARU. (*Burlona.*) ¡Ya! ¡El de la taquilla!

MANO. ¡Graciosa!... Ese que lleva una chaqueta... El que vive en la calle ésta... (*Volviendo al juego.*) ¿Cómo es la calle?

MARU. Mira, Manolito; ¿por qué no apuntas los nombres en un papel?

MANO. (*Recordando.*) ¡Gálvez! ¡Eso es, Gálvez! ¡El me lo dijo! (*Continúan hablando los tres.*)

CONS. (*A Carmela.*) Ahora baja Isabel. Ha ido a arreglarse para acompañar a las niñas de don Rafael, que van de modista.

CARM. Me alegro, porque iré con ellas. Tengo que ir a la calle de Cintería a cambiar esta sombrilla. (*Por la que lleva.*) La compré ayer tarde, pero no acaba de convencerme. Hay otra, en seda gris...

SÉRV. ¿No te digo, cuñada? ¡El cambio, el cambio!...

CARM. ¡Uf, qué hombre! (*A Maruja y Victoria.*) Voy con vosotras, niñas.

VICT. ¡Con mucho gusto!

SÉRV. (*A doña Consuelo, por Carmela.*) En todas las tiendas

la conocen. Le dicen: "La solución, mañana." ¡Nunca resuelve en el mismo día!

MANO. (*A Maruja.*) ¡Ya estamos listos con mi distinguida madrastra! ¡Seis horas en cada comercio! En casa de los... (*Castañeteando los dedos.*) de los... ¡vaya! ¡Esos que venden telas!

MARU. Los Cartujanos.

MANO. ¡Allí! Pues estuvo eligiendo un vestido qué sé yo el tiempo. ¡Cuando cerró el trato ya no era de moda el género!... (*Vuelve Isabel, por la izquierda, ya dispuesta para salir.*)

ISAB. ¡Ea, ya estoy! (*Viendo a Carmela.*) ¡Ay tita Carmela, por fin se te ve! (*La besa, y saluda a don Sérvulo y a Manolito.*)

CARM. ¡Muchacha, tú siempre tan preciosa!

ISAB. ¡Vaya!

MARU. Es verdad. Cualquier cosita que te pongas, por poco que valga...

ISAB. (*Herida por el alfilerazo.*) ¿No ha de valer? Más que lo que tú llevas. Si a ti se te estropea ese vestido, te pones otro, y en paz. Si a mí se me rompe éste que llevo... ¡me tengo que quedar en casa! Mira tú si vale...

VICT. Bueno, vamos, que se hace tarde.

CARM. ¡Andando! ¿Nos acompañas, Sérvulo.?

SÉRV. ¿Yo?... ¡Quita! Y, mira; puedes aprovechar y comprar ahí abajo estos zapatos que hemos visto.

CARM. No, que esto pilla muy lejos de casa, y si mañana tengo que devolver los zapatos hay que andar una legua.

SÉRV. (*A doña Consuelo.*) ¿Tú oyes? ¡No los ha comprado, y ya tiene que devolverlos!

CARM. ¡Qué posma! (*A las muchachas.*) ¡Vamos ya!

MANO. Hasta luego.

ISAB. (*Al salir, a su madre, indicándole a don Sérvulo.*) No olvides lo del Banco, mamá. (*Se van, por la derecha, Isabel, Carmela, Maruja, Victoria y Manolito.*)

SÉR. (*Extrañado de la última frase de Isabel.*) ¿Andáis en negocios con algún Banco?

CON. Las bromas de Isabel. ¡Sí que estamos para negocios!......

SÉRV. Ya me extrañaba.

CONS. Imagínate, Joseíito me pidió una prórroga para pagar la renta del cortijo, y los de la huerta han venido con la misma historia.

SÉRV. ¡Pues lo que es por ese camino!...

CONS. No tienes idea, Sérvulo. ¡Como que no sé por dónde saldremos hasta que esa gente pague! (*Don Sérvulo, que empieza a alarmarse, se hace el distraído.*) Apenas podremos resistir una semana.

SÉRV. ¡No te apures, cuñada!
CONS. Precisamente pensaba yo hablarte...
SÉRV. (*Previniéndose contra el ataque.*) ¿A mí?
CONS. ¿A quién, si no?
SÉRV. Créeme que me das un disgusto. ¡Sí, sí, un verdadero disgusto! Si se trata sólo de ochocientas o de mil pesetas... (*Rectificando el tono, porque advierte que doña Consuelo se va a dar por satisfecha.*) Si se tratara de esa pequeñez, no te la podría dar. ¡Conque figúrate si la cantidad fuese mayor!
CONS. No me dirás que estás en la miseria...
SÉRV. ¿Qué sabes tú? ¡Menuda mujercita me ha caído en suerte!... ¡Un pozo en cada mano!
CONS. Joven, guapa y con posibles...
SÉRV. ¡¡Y con imposibles! Cada mes, unos zapatos. Y le digo que es mucho despilfarro, y me hace una carantoña, porque, en lo zalamera, es una arropía, y me replica: "Tienes razón, cielín. Gasto mucho y hay que ahorrar."
CONS. ¡Menos mal!
SÉRV. ¡Eh, que no he acabado!... "Hay que ahorrar. Vamos a comprar un automóvil para no romper tanto calzado." ¿Qué te parece?
CONS. Que me explico que no puedas ayudarme.
SÉRV. De verdad que no puedo, cuñada. Pero, ¿por qué no mandas al Juzgado a Pamplina y a Joseíto? ¡Para algo hay Justicia!
CONS. No me hables de jueces ni de escribanos, que bien harta salí de ellos. Prefiero no cobrar. ¿Qué no puedes ayudarme? ¡Paciencia!... Y conste que, más que por mi voluntad, fué por la de Isabelita por lo que te hablé de ésto.
SÉRV. ¡Otra que tal, Isabelita! ¿Qué jinojos hace tu niña, vamos a ver? ¿Cuándo se casa? ¿O es que le tiene afición al poyete?
CONS. ¿A qué poyete?
SÉRV. Al de las solteronas. ¡Que se claree de una vez con Salvador!
CONS. ¿Y si no le gusta Salvador, que casi le dobla la edad?
SÉRV. ¡Vaya un conflicto! ¡También se la doblo yo a mi mujer... y tan campantes!
CONS. No hay forma de que nos entendamos, Sérvulo. Siempre que hablas, arañas.
SÉRV. Arañan las verdades, cuñada. ¡Que seguís en la idea de que aún sois las señoronas de Madrid! (*Entra por la derecha Salvador Centeno. Es hombre ya cuarentón, algo tosco de aspecto, pero bien portado y de facha simpática; un tipo*

de artesano adinerado, que procura adaptarse a las costumbres señoriales, aunque no siempre lo consiga.)

SALV. (*Al entrar.*) Buenos días. (*Saludando a don Sérvulo.*) ¿Qué tal, don Sérvulo?

SÉRV. (*Disimulando.*) Hola, hombre, Salvador...

SALV. Ya estuve con el de la contribusición, doña Consuelo.

CONS. ¿Ah, sí? ¿Y qué?

SALV. Ahí he podío arreglar que le rebajen la del cortijo. Se va a haser un expediente, y ya veremos de meterle prisa.

CONS. Muchas gracias, hombre. ¡Siempre tan servicial!

SALV. ¿Quié usté cayarse? Esto es mi obligasión. Ahora, que tié usté que darme los justificantes de la renta del cortijo, para que vean que se pide lo rasonable.

CONS. ¿Los de este año? Pues, mira, Salvador; con los justificantes de este año no tendría yo que pagarle nada al fisco.

SALV. ¿Por qué?

CONS. Porque aún no he cobrado ni una peseta.

SALV. ¡Vaya por Dios!... En fin, me dará usté los que tenga.

SÉRV. Sí, cuñada, sí; busca bien, porque a lo mejor resulta que Joseíto el cortijero te ha pagado algún año.

CONS. Voy por los papeles. Aquí os quedáis, ¿no? (*Se va por la izquierda.*)

SALV. El Joseíto ese es un viva la Virgen. ¡Ya podía cumplir con esta familia!

SÉRV. Aquí no cumplen más que los recibos, Salvador. Porque también a los de la huerta se les pasea el alma por el cuerpo.

SALV. ¿Tampoco han pagao?

SÉRV. ¿Qué van a pagar? Y ahí tienes a esa mujer. (*Por Consuelo.*) atragantándose y dándome a mí el tabardillo. ¡Lo que la he dicho, señor! "¡Cobra lo tuyo, que tienes derecho!"

SALV. (*Condoliéndose.*) ¡Maldita sea, hombre!...

SÉRV. De la escuela de mi hermano. Las dos, ¿eh?; la madre y la hija. No le dan importancia al dinero hasta que se ven en las últimas. ¡Como el difunto! Mucho vivir en Madrid, y mucha fachenda... y así murió él, en la ruína, y así dejó a estas infelices.

SALV. (*Contemplando a don Sérvulo con cierto desdén.*) Quisá tenga usté rasón, don Sérvulo. Pero yo no puedo hablar mal de don Javier, que fué pa mí tal que un padre, usté lo sabe. El me dió las primeras pesetas, él me ayudó en mis negosiyos, él me arreglaba los baruyos... ¡Tal que un padre, vamos! ¡Pa que ahora tenga uno que ver estas cosas!...

SÉRV. Dispensa, hombre. Si dije que mi hermano no daba importancia al dinero, no fué porque te lo regalase a ti alguna vez que otra... (*Aparte.*) (¡Sopla, galán!) (*Regresan de la calle, con mucho alborozo, Isabel, Carmela, Maruja, Victoria y Manolito.*)

ISAB. Ya estamos de vuelta. ¡Hola, Salvador! ¿Y mamá?

SALV. Subió a buscar unos papeles.

SÉRV. (*A las niñas.*) Poco os entretuvo la modista.

MARU. ¡Si no hemos ido, don Sérvulo! ¡Si ya no quedaba tiempo!

MANO. Demasiado sabía yo que si entrábamos a cambiar el quitasol echábamos allí raíces.

SÉRV. ¡Ah, ya! (*A Carmela.*) ¿Y lo has cambiado?

CARM. Por este paraguas. (*Enseñándole uno que lleva.*) ¡Mira qué lindo!

SÉRV. ¡Bueno está! ¡Mañana lo cambiarás por un impermeable!

ISAB. (*Que se ha quitado el velo.*) No, no; mañana vamos a la modista, tiíta.

CARM. Hemos podido ir hoy. Aún es temprano.

VICT. No, señora; teníamos que hacer aquí.

MARU. ¡Como que ya estarán todos en el Círculo!

SÉRV. Pues, ¿qué hay en el Círculo?

ISAB. Juerguecita, tío Sérvulo. Un vino de honor a un arquitecto de Madrid.

CARM. Es verdad, que hoy llegó el arquitecto. Y que me han dicho que es muy simpático, y muy distinguido...

MARU. ¡Como de Madrid!

ISAB. ¡Y que lo digas! ¡Ay, Madrid!... (*Suspirando, emocionada.*)

MANO. ¡Madrid, Madrid!... Pero, después de todo, ¿qué pasa en Madrid? ¡Ni que fuera un pasmo!

SALV. ¿Estuvo usté ayá, Manolo?

MANO. Tres meses, cuando hice las oposiciones.

SÉRV. ¡Nueve mil reales de Madrid!

MANO. (*A su padre.*) ¡Porque todo es carísimo!

SÉRV. Y porque te hiciste un baúl forrado de acero que era el acorazado *España*. Sin nada dentro, pagaba exceso de equipaje.

MARU. (*A Manolito.*) ¿Y ganaste las oposiciones?

ISAB. ¿Qué iba a ganarlas? Empezarían a preguntarle nombres propios y... (*Imitando el castañeteo de dedos de Manolito.*) y... y... ¡y suspenso! (*Ríen todos.*)

MANO. (*A Isabel.*) ¡Qué guasa tienes tú!... Me vine porque me aburría en aquel poblachón.

SALV. ¡No diga usté eso! Madrid es una cosa grande.

MANO. ¡Y cara! ¡Que cobran por todo! Un día voy yo a un

tupi de esos donde había una pianola, tocando... tocando... ¿cómo es, hombre? ¡Esto tan bonito!...

ISAB. (*Repiqueteando también los dedos.*) ¿Esto? ¡Los palillos!

MANO. ¡El "Dónde vas con mantón de Manila"! Pues le digo yo al camarero: "Que siga tocando, que me gusta mucho esa música", y me advierte que había que echar dos gordas en el aparato. Lo que yo contesté: "¡Por dos gordas silbo yo toda *La Verbena de la Paloma!*"

ISAB. (*Riendo.*) ¡Eso estuvo bien!

SÉRV. ¡Mejor estuvo el mozo, que dijo que sería la primera vez que la silbasen!

ISAB. (*Regocijada.*) ¡De Madrid era el tío!

SÉRV. ¡Vaya, vámonos! Hasta otro rato, niñas. (*A Isabel.*) Dile adiós a tu madre.

CARM. (*Besando a las muchachas.*) Mañana volveremos a ir juntas...

MANO. (*A Salvador.*) Adiós, Salvador... Y conste que no estamos conformes de Madrid.

SALV. ¿Qué le vamos a haser, Manolito? (*Se van por la derecha, Carmela, don Sérvulo y Manolito.*)

MARU. (*Impaciente a Isabel.*) ¡Vamos al balcón, que es tardísimo!

ISAB. Aguarda a que baje mamá. No se va a quedar solo Salvador.

SALV. ¡Váyanse! ¡Estaría bueno andar con cumplíos!...

VICT. (*A Isabel.*) ¡Tonta! ¡Si es de confianza!...

ISAB. (*Advirtiendo que llega su madre.*) Ya es igual. Venid arriba, niñas. (*A doña Consuelo, que entra por la izquierda.*) Al mirador vamos, mamá. Estas (*Por Maruja y Victoria*), no quieren perder el espectáculo.

CONS. Andad con Dios, criaturas. (*Se van por la izquierda las tres muchachas.*) ¡Qué dos niñitas! ¡Están desenfrenadas!

SALV. La edá, doña Consuelo.

CONS. La edad... y unas ganas de novio que si no lo enganchan les da fiebre. (*Entregando a Salvador un sobre con papeles que trae en la mano.*) En fin, aquí están esos documentos. Los traigo todos: el contrato con Joseíto, la escritura de propiedad, la de la hipoteca, el recibo de la contribución... ¡Todo lo que había!

SALV. (*Guardándose los papeles.*) ¡Perfectamente! Esto lo arreglaremos al galope.

CONS. Y gracias otra vez, Salvador. Tú eres de los pocos amigos que nos quedan.

SALV. Esto no tié importansia... Pero de verdá que soy un

amigo. (*Con timidez.*) Y, por eso, yo... vamos... no sé cómo desirle... Pero, la verdá... a mí me sabe mal... No sé si me explico...

CONS. No, hijo, no te explicas.

SALV. Que eso del Pamplina y de Joseíto es un desavío... Y que si uno consiente eso... ¡Ea, que yo no puedo consentir!

CONS. ¡Como si hablases en moro!

SALV. ¡No lo consiento! Y hase usté muy mal en no tener confiansa conmigo. Porque yo, ¡bien lo sabe usté!, tó lo que tengo, a usté y al difunto don Javier se lo debo...

CONS. No sigas, que empiezo a comprenderte.

SALV. ¡Cuidao no comprenda usté mal! Lo mío es de ustedes; pero yo sé que ustedes no aceptan lo mío así, como de regalo... Sólo que con usté juegan esos granujas, y conmigo no jugarían. De manera que podría yo encargarme del asunto, y cobrar lo que a usté le deben.

CONS. ¡Ay, si pudiera ser!

SALV. ¡Pues será! Y como voy a cobrar, y usté nesesita dinero, me da a mí los resibos, y yo se los pago...

CONS. No, Salvador; ya sé que lo haces con el alma, pero... ¡déjalo! Cobras tú, y luego...

SALV. (*Con amargura.*) ¡Que soy yo muy poco pa estar a la mira de lo que aquí haga farta!

CONS. ¿Cómo piensas eso?

SALV. ¡Entonses!... (*Sacando del bolsillo una tosca cartera.*) ¡Por mi salú, doña Consuelo, que es como si la hablase a usté un hijo!... un hijo ya grandesiyo, que no quiero yo haserla vieja... (*Por la izquierda llega Isabel, renegando de sus dos amiguitas.*)

ISAB. (*A su madre.*) ¡Mamá, no puedo soportarlas! ¡Están dando una función de títeres en el mirador! ¡Qué saltos! ¡Qué palmoteo! ¡Todo por ver lo que pasa en el Círculo!... (*A Salvador, que sigue con la cartera en la mano.*) ¿Qué haces tú? (*Mirando a su madre, y comprendiendo lo que ocurre.*) ¿No te había dicho?...

CONS. Hija, él te explicará; no vayas a figurarte...

SALV. ¿Qué se va a figurar? (*Con nobleza.*) Los del güreto y los del cortijo no pagan, y se ha menester que paguen. De eso me cuido yo. Y no es cosa de que aquí haya preocupaciones por una pequeñés... ¿Es algo feo?

ISAB. Eres muy bueno, Salvador, y te explicas con arte; pero deja que aquí nos arreglemos. Mamá se asusta muy pronto.

SALV. Es que...

ISAB. (*Echándolo a broma.*) Es que debes guardarte la cartera... y comprarte otra, porque esa, francamente, es muy ordinaria... (*Salvador, instintivamente, se guarda la car-*

tera. Isabel se echa a reír.) ¡Y no te enfades, hombre!

SALV. *(En un arrebato un poco brusco.)* ¡Ea, que no! ¡Ni grasias, ni enfados, ni excusas! Yo soy pa ustedes lo que ustedes quieran que sea: el amigo, el criao, el conosío, el mandadero, el perro... ¿Qué más da? El que se crió en esta casa, y comió aquí el pan, y aprendió aquí a leer, y ganó los primeros reales a la vera del que nos oye, porque Dios querrá que nos oiga. Usté, doña Consuelo, me daba pesetiyas pa que yo presumiese de mosito. Y a ti, Isabel, te he yevao de la mano a jugar a la oriya del río, y a coger rosas en los arriates del paseo. ¿No te acuerdas? ¿No he de acordarme yo? Y aquí había grandesa, y señorío... y nadie me puso nunca mala cara.

CONS. ¿Quieres callar?

SALV. Y desde Madrí, desde tan lejos, había cartas pa mí negosios pa mí, pa Salvaoriyo Senteno, pa el sa[illegible] y manijero... Vino lo que vino, y a mí se me [illegible]al del alma de ver las malas partías de la gente [illegible] rompió el ser como los demás? ¿Ustedes quieren [illegible]... ¿Yo voy a demás? ¡Pues, sí!... ¡Estaría buen[illegible] que sea como los

ISAB. *(Muy conmovida, pero con una [illegible] de sus bromas risueñas.)* ¡Salvadorillo Centeno, ven[illegible] esa mano!... *(Se la estrecha.)* ¡Y llévame, si qu[illegible]eres, a coger rosas al paseo! *(Y cuando aún no se [illegible]a disipado la emoción de los personajes, llegan, [illegible] por la izquierda, Maruja y Victoria. Vienen arrebolada[illegible] y nerviosas, y su presencia es para los que están er[illegible] escena como un jarro de agua fría.)*

MARU. ¡A[illegible]y, Isabel, que viene!

VICT. ¡Que lo trae papá!

MARU. ¡Que nos han visto desde el balcón del Círculo! ¡Si vieras que tipo! ¡Y qué elegancia! ¡Y con qué finura hace las reverencias!... *(Haciéndolas ella también.)*

CONS. ¿Quién viene? ¿El arquitecto?

ISAB. Pero, ¿aquí? ¿A esta casa? ¡Buena hora de presentaciones!

VICT. Vendrán a recogernos.

ISAB. Sí, hija... ¡Enhorabuena!

MARU. *(Que se acercó a la puerta de la derecha, como en espera.)* ¡Ya están! *(Ella y Victoria se arreglan los vestidos, con esa coquetería tan femenina.)*

ISAB. *(A Salvador, que presenció en silencio la escena.)* ¿Tú ves?... Y, a lo mejor, el arquitecto resulta un maestro de obras distinguido... *(Por fin, aparecen por la puerta de la derecha Santiago Vergara y don Rafael Fernández. Santiago es un mozo de veintiocho a treinta años, de buena presencia. En cuanto a don Rafael, padre de Maruja y de Victoria, se trata de un hombre de más de cincuenta*

años, de aspecto vulgarísimo, que no puede disimular la zafiedad de su origen, pese a su elegancia lugareña.)

RAFA. (*Al entrar, seguido por Santiago.*) Pase, amigo Vergara, pase, que aquí hay confianza. (*Santiago se inclina muy ceremoniosamente.*) ¡Felices, doña Consuelo! Aquí vengo a presentarles a ustedes al ilustre huésped. Don Santiago Vergara, arquitecto de Madrid... La señora viuda de Santiponce... Su hija Isabel... (*No puede continuar las presentaciones, aunque Maruja y Victoria arden en deseos de que les llegue el turno, porque Isabel le interrumpe y se dirige a Santiago, exclamando:*)

ISAB. ¿Cómo? ¡Película!... Pero, ¿eres tú? ¿Tú? ¿Tú en este pueblo?

SANT. (*No menos sorprendido.*) ¡Isabel!

ISAB. ¡Chico, qué sorpresa! (*A doña Consuelo.*) ¿No te acuerdas, mamá?... Vergarita, aquel chico que iba al Palace. El amigo de las de Carcedo. ¡Película! (*Muy risueña, a Santiago.*) ¡Supongo que ya no te dará rabia el mote! (*Santiago hace un gesto de cordial resignación.*)

CONS. Pues, ¿no he de acordarme? (*Saludando a Santiago.*) ¿Cómo le va a usted?

SANT. ¡Muy bien, señora! ¡Qué casualidad!... ¿Quién iba a esperarse esto?

RAFA. (*Que se ha quedado absorto.*) Entonces, ¿ustedes se conocían ya? ¡Caray, esto es de folletín! "¡Tú!" "¡Yo!" "¡Chico!" "¡Muchacha!"... ¡Me he quedado paticonfuso! (*Este don Rafael tiene la habilidad de confundir los vocablos del modo más natural del mundo.*)

ISAB. Sí, don Rafael, nos conocemos mucho. Amigos de Madrid... ¡Y toda la vida peleándonos! ¿Te acuerdas cómo rabiabas, Película? (*Se echa a reír.*)

MARU. (*Que está como Victoria, sobre ascuas, dirigiéndose a don Rafael... para que la oiga Santiago.*) ¡Mira que bien has hecho en venir, papá!

ISAB. (*Dándose cuenta.*) ¡Ay, perdonad, hijas! No contábais con que yo fuese la que os presentara al arquitecto. (*A Santiago.*) Mira; Marujita y Victoria Fernández, hijas de don Rafael... Las dos chicas más guapas del pueblo.

SANT. (*Saludándolas.*) Muy guapas son. (*Las dos muchachas se esponjan de gusto.*) Don Rafael, me ha hablado usted de todas sus obras, menos de ésta, que es la mejor.

RAFA. ¡Quite, hombre! ¡Dos chiquillas! ¿No ve que son dos chiquillas?

SANT. Sí, sí; dos chiquillas preciosas.

RAFA. (*Orgulloso.*) ¡Hijas de mi alma! (*Acaricia a las niñas, encantado.*)

ISAB. (*Presentando a Salvador.*) Salvador Centeno, un buen amigo nuestro.

SANT. Servidor de usted.

SALV. (*Con su tosca cordialidad.*) Mucho gusto... Un amigo de eyas y un amigo de usté. ¡Pa mandarme siempre!

ISAB. (*A Santiago.*) ¿Cómo está Madrid? Tan bonito, ¿verdad? Oye; ¿se casó Luisita Carcedo? Y Elena Altamira, ¿sigue con aquel chico de Hellín? Oye, oye otra cosa... ¿Y Carmen Barrios? ¿Le dura todavía el abriguito a cuadros? ¡Aquel abrigo tan antiguo, que le llamábamos el Museo del Prado! ¿Y el teniente Maroto, ascendió? ¿Y el niño de Alvarez? ¿Y...?

CONS. (*Atajándolo.*) ¡Mujer, no le atosigues! ¡Si vas a preguntar por todos!...

MARU. (*Aparte, a Victoria.*) ¡Qué tonta! ¡Cómo se da tono!

ISAB. (*A Santiago.*) ¡Hazte cargo, hijo! ¡Madrid! ¡Mi Madrid! ¡Dios mío! ¡Si es que parece que me traes el aire de Madrid, Película!... (*Se queda como abstraída, en una evocación melancólica.*)

RAFA. Digo ¿eh? ¡Como en *La Bruja!* "¡A ver si recuerdo los tiempos —que alegres pasaron —y no vuelven más!"

MARU. (*Nerviosa.*) ¡Papá, *La Viejecita!*

RAFA. ¡Es igual! ¡Una vieja siempre es una bruja! (*Se ríe de su gracia.*)

SANT. (*A Isabel.*) ¡Mira que tú en un pueblo! ...

MARU. (*Interviniendo.*) Y que lo pasa bien. En Alcolea lo pasamos muy bien.

VICT. Aunque usted, como trae el aire de Madrid, según dice Isabel...

SANT. (*A Victoria.*) Le aseguro, señorita, que lo que he visto del pueblo me ha encantado.

ISAB. (*A Santiago, otra vez risueña.*) ¡Me tienes asombrada! ¡Hablas! ¡Es portentoso! (*A Salvador.*) Figúrate que le llamábamos Película, porque le gustaba mucho el "cine"... y porque se explicaba por señas...

SALV. ¡El nombresito tié grasia!

RAFA. ¡Muchísima gracia, sí, señor! Esta Isabelita es un "tálamo ocurrente".

ISAB. (*A don Rafael.*) ¡Mire quien habla, que está siempre de broma! (*Siguen hablando, en un grupo, Isabel, Maruja, Victoria, don Rafael y Santiago.*)

SALV. (*A doña Consuelo.*) Bueno, deme esos resibos, que estos días son de buya, y no hase farta que tengan ustedes quebraeros de cabesa...

CONS. ¿Todavía insistes?

SALV. ¡Claro que sí!

CONS. Como tú quieras. (*A Santiago.*) No se va usted aún, ¿verdad? Voy adentro, a darle a Salvador unos encargos.

SANT. (*A doña Consuelo.*) Yo aguardo aquí.

RAFA. Los que alzamos el vuelo somos nosotros. El amigo Vergara queda en buena compañía, y de aquí a casa hay un kilómetro lanzado. ¿No se dice lanzado?

CONS. (*A don Rafael.*) Bien, ya nos veremos luego. (*Se va por la izquierda con Salvador.*)

MARU. (*A su padre.*) ¡Qué pronto, papá!

RAFA. ¿Cómo pronto, niña? ¿Y el almuerzo? ¿Y la siesta? (*A Santiago.*) En fin, amigo Peli... (*Se tapa la boca como para cortar la frase.*) amigo mío, luego iré a buscarle... Claro, que esta noche es usted nuestro esclavo. Unas espinaquillas habrá en casa... ¿Verdad, hijas?

SANT. Encantado, y muchas gracias. (*Despidiéndose de Maruja y de Victoria.*) ¿Qué les voy a decir? ¡A gloria me sabrán las espinacas!

MARU. ¡Ay, qué guasa es usted!

RAFA. (*Impaciente.*) ¡Vamos, niñas!...

MARU. (*Al salir, a Victoria.*) ¡Qué rabia! ¡Se queda con ella!

VICT. (*A Maruja.*) ¡Deja, pamplinosa! ¡Si ella está por Salvador!... (*Se van por la derecha Maruja, Victoria y don Rafael, y quedan solos Isabel y Santiago. Hay una pausa, durante la que se contemplan él y ella, como no atreviéndose a hablar. Por fin, Isabel rompe el silencio.*)

ISAB. ¿Otra vez mudo, Película? ¡Claro, la sorpresa!... Si lo sabes, no vienes a Alcolea.

SANT. ¿Por qué no iba a venir? ¡Al contrario!

ISAB. Mira; aunque lo niegues, no te ha gustado el encuentro. Tú me tenías a mí mucha rabia. Estoy segura de que cuando me fuí de Madrid tuviste una gran alegría.

SANT. ¡Vamos!... Yo no supe vuestra marcha hasta después de mucho tiempo, porque, la verdad, os fuísteis sin despediros de nadie.

ISAB. Ya comprenderías los motivos.

SANT. Y tú comprenderás que por mucho que tú y yo nos peleásemos, esos motivos me impedían alegrarme de tu ausencia. Supe vuestra desgracia, y cómo se enredó todo. ¡Quién iba a imaginar!...

ISAB. ¡Desde luego! ¡Si era inconcebible!... ¡Las de Santiponce arruinadas de golpe, y metidas en pleito, y perseguidas por los usureros!... Pues así fué, chico.

SANT. Me explico lo que sufrirías.

ISAB. Un poquito. La pena de lo de papá, el cambio brusco... la fuga de los amiguitos, ¡todo! Pero yo no puedo estar triste mucho tiempo. ¿Había que resolver? ¡Pues, a ha

cerlo! Y resolvimos venir a Alcolea, donde nos quedaban unas fincas... y aquí nos tienes.

SANT. ¿Estás a gusto?

ISAB. Como cantan los flamencos:

"Toíto es hasta acostumbrarse.
¡Cariño le toma el preso
a las rejas de la cárcel!"

(*Se queda un momento pensativa, y luego le acomete un acceso de risa, que ella procura en vano contener.*) ¡Bueno! ¡Dispensa, chico!... Me río... no sé... no sé... Así, de repente... Es que...

SANT. Pero, ¿qué te pasa?

ISAB. ¡Nada! Que me acuerdo... ¡figúrate!... de aquellas tonterías... (*Riendo de nuevo.*) ¡Mira que si me gustas y te digo que sí!...

SANT. (*Molesto.*) ¡Isabel!...

ISAB. Película, perdóname. Como tú sabes, nos conocemos de antiguo. Tú, en aquel tiempo, procurabas disimular, poniéndote huraño, y fosco, y antipático. No nos hablabas a las chicas ni siquiera para decirnos esas gansadas que tanto nos gustaban... Pero te habíamos adivinado las intenciones, y hasta te pusimos un apodo. No el de Película; otro. (*Maliciosa.*) ¿Te enfadas si lo digo?...

SANT. ¿Cuál?

ISAB. "El busca-dotes".

SANT. ¡Habrá que echarlo a broma!

ISAB. ¡Sí, ahora comprendo que hacías bien!... Y por eso me río. Si nos casamos y surge luego esta catástrofe mía... ¡qué chasco! Vamos, Santiago, ¿no hubiera sido gracioso?

SANT. No, Isabel. ¿Qué quieres, que te diga que yo no iba a vuestras reuniones a divertirme? Cierto que no. Iba, no sé..., porque me llevaban mis amigos, porque a algún lado había de ir. Y es verdad que ellos me decían: "Aquí puedes encontrar una novia rica". Hasta pensaba yo que las cosas de las novelas era fácil ocurriesen en la vida...

ISAB. ¿Lo ves cómo acerté?

SANT. No acertaste, porque aquí me tienes... (*Con risa forzada.*) compuesto y sin novia.

ISAB. ¿Y quién dice que no vienes a buscarla en Alcolea?

SANT. Pero, Isabel...

ISAB. Tonto serás, si no. ¡Pues apenas hay en Alcolea niñas con dinero! Un poco bobas, claro es; pero buenas chicas. Y todas locas de entusiasmo por el forastero.

SANT. (*Pavoneándose sin él advertirlo.*) ¿Tú crees?...

ISAB. (*Bromista.*) ¡Aprovecha, Película! Sin ir más lejos, las muchachas que se acaban de ir...

SANT. ¿Las de don Rafael? ¡Qué gran tipo es don Rafael!...

ISAB. ¡Y con pesetas!

SANT. Que hizo a pulso, según me contó.

ISAB. ¡Toma! Hojalatero fué su padre, y él se pasó la juventud en el taller. Pues le dió por estudiar... y ¡ahí lo tienes, procurador! El procurador Regadera le llaman en el pueblo, recordando lo de la hojalata.

SANT. ¡Tiene gracia!

ISAB. Se ha hecho rico. Y a sus niñas las has flechado. Sobre todo a la mayor, que ya ves si es guapa. (*Riendo.*) ¡Y no me agradezcas los informes!

SANT. Ya comprendo que es broma; pero, aunque lo sea, gracias por la intención. ¡No hay que soñar en casarse!... ¡Cualquiera conquista a una de esas niñas de que me hablas! Y, ¡vaya!, cargar con cualquier señorita pobre y presumida, de quiero y no puedo, de sombrero a la moda y medias remendadas...

ISAB. (*Rápida.*) Sí, como yo.

SANT. (*Protestando.*) ¡Por Dios!

ISAB. Como yo... aunque yo todavía no me remiende las medias. ¡Anda, Película, anda! ¡Búscate la heredera!

SANT. Me has comprendido mal. Te he hablado como a una antigua amiga.

ISAB. ¡Mira, no me llames antigua, estúpido! Si sigues así, no te ayudo con la del procurador.

SANT. ¿Te has enfadado?

ISAB. (*Fingiendo ahora la risa.*) No.

SANT. Es que me marcho, y no quiero dejarte de mal humor.

ISAB. Yo no estoy nunca de mal humor. ¡Qué poco me conoces!

SANT. Entonces, adiós y... ¿tan amigos?

ISAB. Tan amigos, Película.

SANT. (*Estrechando la mano a Isabel.*) Despídeme de tu madre.

ISAB. ¿La llamo?

SANT. No la molestes; he de volver a veros.

ISAB. Siempre serás bien recibido. Pero, créeme, es mejor que vayas a casa de Regadera.

SANT. (*Riendo.*) ¿Vuelta a lo mismo? ¡Adiós!

ISAB. Anda con Dios, Vergara. (*Le acompaña hasta la puerta de la derecha, por donde él se va, y se queda ensimismada, recordando las frases de Santiago.*) ¡La señorita pobre! ¡La señorita presumida! ¡Imbécil! ¡Imbécil! (*Vencida un momento se echa a llorar y cae sobre una silla. Y así la sorprende Salvador, que llega por la izquierda.*)

SALV. (*Acudiendo a Isabel.*) ¿Qué es eso? ¿Estás llorando? ¿Qué te pasa? (*En una sospecha repentina.*) ¿Qué te

ha dicho ese hombre? (*Isabel, sorprendida, se repone y, contemplando a Salvador, procura reír a través de sus lágrimas.*)

ISAB. ¿Qué hablas, tonto? ¡Nada! ¿Qué me iba a decir? ¿Qué es lo que te imaginas?

SALV. ¿Por qué yoras entonses?

ISAB. ¡Y qué sé yo! ¡Como me río! ¿No ves? ¡Ya estoy riendo! ¡De la cara que pones!

SALV. ¡Es que no quiero que te hagan yorar! ¡Nadie! ¡Nadie! ¡Por ná en el mundo, mardita sea mi suerte!

ISAB. Pero, ¡Salvador!

SALV. (*Conteniéndose.*) ¡Perdóname! ¡Soy un bruto! Tú no me hagas caso. (*Se va Salvador por la derecha, tímidamente y como arrepentido de su arranque. En el rostro de Isabel ha de reflejarse una mezcla de gratitud por la nobleza de aquel hombre, y de dolor ante lo inevitable del porvenir previsto. Y, cuando Salvador desaparece, vuelve Isabel a llorar, esta vez con más fuerza, con verdadera angustia, hasta que cae el*

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

(Comienza esta segunda jornada un mes después de la primera, en un atardecer de abril. Ante una de las ventanas, cuyas celosías se hallan abiertas para que entre el aire fresco de la calle, están ISABEL y DON SERVULO, sentados en sendas mecedoras. Se está iniciando el crepúsculo, y se hará de noche cuando se indique. Alzado el telón, hay un silencio, revelador de que los dos personajes que están en escena se fastidian del mejor modo posible. Y, por fin, don Sérvulo, bostezando y desperezándose con toda confianza, inicia el diálogo.)

SÉRV. ¿Te aburres, sobrina?

ISAB. Me aburro, tío Sérvulo. ¿Y tú?

SÉRV. ¿Quieres creerme? No lo sé. Yo estoy siempre así. Cuando me pongo a pensar, me digo a mí mismo: "¡Compadre Sérvulo, mira que debes de aburrirte!" Pero, como no he cambiado nunca de vida, no sé si esto es aburrirse o divertirse.

ISAB. Tío, eres genial.

SÉRV. (*Después de una pausa.*) ¿Y por qué no has ido tú a esa merendona en la finca de Regadera?

ISAB. No me decidí, aquí estoy más cómoda.

SÉRV. Pues te alabo el gusto. Ahora que no nos oye la tía Carmela, te diré que estas juerguecitas son insopor-

tables. ¡Bien están abusando del forastero! ¡Es de hierro ese hombre, sobrina!

ISAB. ¡Ya, ya!

SÉRV. Lleva aguantados catorce bailes, diez o doce jiras, y no sé cuántas comidas a base de menestras, y de bacalao enjamonado, y de borrego en salsa... ¡Cosas ligeras! Pues ahí lo tienes, más firme que un civil.

ISAB. Don Rafael lo lleva en palmitas.

SÉRV. Lo de los obsequios no va por don Rafael. Ese pedazo de procurador se las arregla siempre de modo que son otros los que convidan.

ISAB. No digas, que él también le agasaja.

SÉRV. ¡Por lo elegante! Baile, te, refrescos y cosas por el estilo. ¿Sólido? ¡Nada! Una merienda hoy, y otra hace quince días en los Naranjales. ¡Que hay que ver lo que fué la merendilla!... ¿No te lo contó mi Manolo?

ISAB. No. ¿Qué pasó?

SÉRV. Una cosa grande. Y graciosa, valga la verdad. Tú ya sabes que Manolito es un tragón. Pues se ponen a merendar en los Naranjales, y empiezan a caer aceitunas y rabanillos, y habas verdes con sal, y ruedecicas de embuchado, y pescaíto fresco. ¡Golosinas, como dice mi niño! ¡Ah! ¡Y vino de la hoja!

ISAB. Sí, de lo barato.

SÉRV. Manolo estaba para el suicidio. Y, además, junto al procurador. ¡Vamos, que no podía entrar a saco en el embuchado! Conque, de pronto, el zagal que servía el vino se acerca al amo y le dice al oído: "¿Saco ya los pollos?" Bueno, a mi niño se le pusieron los ojos como dos platos.

ISAB. (*Riendo.*) ¡Magnífico!

SÉRV. Don Rafael le dijo al zagal que se aguardase. Y Manolito no quiso oír más. ¡Ni probó una aceituna! ¡Para golosinas estaba él, habiendo pollos! Y venga hincharse de rábanos los invitados, y venga preguntar el criado al amo si sacaban los pollos, y venga el amo a decirle que se esperara. ¡Y mi niño, en ascuas!

ISAB. ¡Total, que no los sacaron!

SÉRV. ¡Quita, mujer! ¡Si llora uno de risa! Cuando Regadera le dijo al zagal: "¡Trae esos pollos, permazo!" Manolo abrió una boca que era un túnel. Y va el zagal... ¡y saca dos pollos vivos para que se comiesen las migas que había en el suelo! (*Riendo a boca llena.*)

ISAB. (*Muy alborozada también.*) Pero, es de verdad? ¿Es verdad eso, tiíto? ¡Ay, qué gracia tiene!

SÉRV. Como que el niño llegó a casa, le dijo Carmela: "¿De dónde viene el pollo?", y le quiso pegar. (*Corta las alegres risotadas de Isabel y don Sérvulo, la presencia de Pascuala y Pamplina, que llegan por la derecha. Este Pamplina, marido de Pascuala, es un flamenco cazurro, tardo en el hablar, que viste al modo de los campesinos andaluces y se cubre con un sombrero ancho, que no se quita si no se lo mandan.*)

PAMP. (*Al entrar con Pascuala.*) ¡A la pá e Dió!

ISAB. (*Volviéndose hacia la puerta.*) ¿Quién es? (*Al ver a los que llegan.*) ¡Digo! ¡Pascuala y don Pamplina! ¡Pasen ustedes! ¿Qué ocurre?

PASC. Mu güenas tardes, niña Isabé y la compaña. Aquí habemos venío, de visita.

ISAB. ¡Ya se ve! ¡Ye de cumplido! Mira Pamplina, qué elegante viene.

SÉRV. ¡Hasta sombrero trae!

PASC. (*A Pamplina, quitándole bruscamente el sombrero.*) ¡Quítate el sombrero, mi arma, que parese que lo yevas atorniyao!

PAMP. (*Cogiéndole el sombrero y volviendo a ponérselo.*) Trae pa acá el cordobés, y cuidiaíto con las lesiones. ¡Que yo sé mu bien lo que me jago! Entra uno, salúa uno, y aluego se descubre uno. (*Descubriéndose.*) ¿T'hases cargo? (*Se vuelve a cubrir.*)

SÉRV. ¡Bien enseñao que está el hombre!

PAMP. ¡Que hay prensipios!

ISAB. (*A Pascuala.*) ¿A qué venís?

PASC. Pos a eso... de visita.

ISAB. ¡Qué finos estáis!

PASC. Güeno... y a lo otro...

ISAB. ¿Qué es lo otro?

PASC. Pos... pos... (*A Pamplina.*) ¡Anda y jabla ya tú, condenao, que tú m'has traío!

PAMP. ¡Y sí que jablo! ¡Que no soy múo, pa que te enteres! Y si se tersia jablá jablo. ¡Y lo digo tó! Que no soy múo. Y no me pinches tú, Pascuala. ¡Que no soy múo!

PASC. ¡Jabla de una vé, charrán!

PAMP. ¡Jablando yevo media hora! (*Vuelve a quedarse silencioso.*)

PASC. (*Nerviosa.*) ¡Ea, que hay que desirlo, Pamplina! Que ayer ha estao otra ves en la güerta Sarvaó Senteno, que pa tío der filato no tié presio. Y que se puso tonto con que había que pagá. ¡Como si una no quisiese pagá!

SÉRV. ¡Rotas tenéis las alpargatas de venir a traer dinero a esta casa!

PASC. ¿Vení a esta casa? ¡Don Siervo de mi arma, si Sarvaó ha mandao que no vengamos!... Dise que quien tié que cobrá es él, y que acá no jasen farta lágrimas, sino pesetas... Güeno, ¿y quién es Sarvaó pa prohibirme vé a mi señora y a mi niña salá? ¿Quién es, que yo me entere!

PAMP. Ese tío le busca a uno una perdisión.

SÉRV. En total, ¿qué pasa?

PASC. Pos pasa que éste (*Por Pamplina.*) no quié pagarle a Sarvaó.

ISAB. ¡Este no quiere pagarle a nadie!

PAMP. (*Riendo, socarrón.*) ¡S'ha equivocao osté, que vengo a pagá!

ISAB. (*Asombrada.*) ¿A pagar? ¡Le cojo la palabra! Aguarda un momento. (*Acercándose a la puerta de la izquierda.*) ¡Mamá, mamá, ven en seguida!

PASC. (*Aparte a Pamplina.*) ¡Ve de ahí, bobo! ¿Pa qué jabla tan pronto?

PAMP. ¿No me mandabas que jablase?

PASC. ¡Pero eso de pagá es lo último!

CONS. (*Saliendo por la izquierda.*) ¿Que pasa, hija? (*A Pascuala y Pamplina.*) ¡Hola! ¿Cómo vosotros por aquí?

ISAB. (*Muy alegre.*) ¡A pagarte, mamá!

SÉRV. ¿No oyes las campanas a vuelo?

CONS. ¿Que venís a pagarme? ¡Bendito sea el Señor!

PASC. Güeno... eso de pagá... La intensión de pagá sí que la tenemos....

ISAB. (*Interrumpiéndola.*) ¡Eh, no vale volverse atrás!

PASC. ¡Quita ayá, mi niña! (*A doña Consuelo.*) Venimos a jablá con osté, porque osté nos ha mandao a Sarvaó, y Sarvaó no tié sentrañas pa los probes.

CONS. ¡Si os empeñáis en no pagar!...

ISAB. ¡Pero si ha dicho Pamplina que viene a pagarte!

PASC. (*Comprendiendo que no hay remedio.*) Claro... sí... a pagá venimos... ¡Pero eso de Salvaó tié muy mal arate!

PAMP. (*A Consuelo.*) Yo a Sarvaó no le pago. Le pago a osté, que es la dueña... (*Se desabrocha la chaqueta y el chaleco, y de entre la camisa y la faja saca un gran pañuelo de hierbas, en el que lleva una cartera de lona, liada con una legua de cinta. Deslía ésta, abre la cartera y saca de ella un paquete, envuelto en varios papeles de periódicos, que contiene unos mugrientos billetes de Banco. Todo lo hace con gran cachaza.*)

SÉRV. (*A Pamplina.*) ¿Por qué llevas el dinero así, tan a la vista? ¡Yo iría acompañado por los civiles!

PAMP. (*A doña Consuelo.*) Queamos en que le debemos a osté tres mil seisientos rales, ¿no?

CONS. Eso es, dos trimestres; novecientas pesetas.

PAMP. ¡Por rales, por rales, que es como jablan los cristianos! (*Comienza a contar los billetes.*)

PASC. ¡Ay, Señó, con er trabajo que cuesta ganarlo!

PAMP. Pos si son tres mil seisientos rales, como le doy a osté ahora mil cuatrosientos... no le debo más que dos mil dosientos rales! ¡A vé si está clara la cuenta! (*Le da los billetes a doña Consuelo.*)

CONS. (*Cogiéndolos.*) Pero, ¿esto qué es? ¡Después de tanta espera!...

ISAB. ¡Esto es burlarse de nosotras!

PASC. ¿Burlarse, y no quea en casa ni pa que cante un siego? ¡Jasta los sentimiyos chicos de mi nene los hemos dío a cambiá pa juntá er dinero! (*A Isabel.*) ¡Sentrañas mías, no te me pongas asín!

SÉRV. (*A doña Consuelo.*) Cuñada, guárdate esos billetes, que acabarán pidiéndotelos prestados.

CONS. (*A Pamplina*). Bien; pero Salvador seguirá tratando con vosotros.

PAMP. ¡Mardita sea, home!...

CONS. A él le pagaréis el resto, y él os dará el recibo. Ahora, id con Dios.

PAMP. Pos a las güenas tardes... (*Se dispone a irse.*)

PASC. Pasarlo bien... ¡Y muchísimas grasias! Adiós, don Siervo... (*A Isabel.*) Quéate tú tan guapa, lusero, y no te enfades.

ISAB. (*A Pascuala.*) ¡Anda, anda! ¡Ah, oye! Ven aquí mañana, porque habrá limpieza. Y te traes un cesto de naranjas buenas que tengo convidados.

PASC. ¡Mier con cáscara te vi a traé, mi niña! Lo mejón que haiga. Diquiá mañana. (*Se va con Pamplina por la derecha.*)

PAMP. (*A Pascuala al salir.*) ¿Ves tú si no me guardo los otros biyetes en la faltriquera? ¡Pa que me yames bobo! (*Se van.*)

CONS. (*A Isabel y a Sérvulo.*) ¡En fin, menos mal!...

SÉRV. Setenta moscos que no esperábais.

ISAB. ¡Más les quedará a ellos! ¡Hay que conocer a estos palurdos! (*Llega por la derecha Manolito, y sin que hable se le ha de conocer que trae un humor de diez mil diablos.*)

MANO. ¡Buenas tardes!

SÉRV. ¡Hola, niño! ¿Se acabó ya la fiesta?

MANO. Calculo que sí.

SÉRV. ¿Cómo que calculas? ¿Y mamá?

MANO. (*Con zumba.*) ¿Mamá?... ¿Tu mujer?

SÉRV. ¡Niño!

MANO. ¡También es empeño que llame yo mamá a una joven que puede ser mi novia!

SÉRV. ¡Niño!

MANO. Bueno, bueno; allí se ha quedado. Yo me he venido antes.

CONS. ¡Vaya por Dios!

SÉRV. (*Guasón.*) Oye, ¿también había pollos esta tarde?

MANO. Un pollo había. ¡El de Madrid, maldita sea su estampa! ¡El forastero!

ISAB. Manolito, ¿qué te han dado a ti en la merienda?

SÉRV. ¡Guindilla picante tiene que haber sido!

MANO. Nada me dieron. ¡Pero es ya muy pesado que aquí no se mire más que al forastero, ni se baile más que con el forastero!... ¡Mira que lo de hoy!... Maruja Fernández cogió a ese tipo por su cuenta, y... ¡bueno, que no lo ha soltado!

CONS. (*Sonriendo.*) ¡Vamos, vamos, Manolo!

ISAB. ¿A que tú quisieras que te hubiese cogido Marujita?

MANO. ¡No tendría nada de particular! ¡Y con más derecho! Que uno es de Alcolea, y el otro es de Madrid, y se irá a Madrid luego riéndose de todas esas pavas.

ISAB. ¡Celos! ¡Tú estás celoso, primo!

SÉRV. ¡Miren por donde sale mi niño!

MANO. No te metas conmigo, Isabel. De todo esto tienes la culpa tú, que le has metido por los ojos a... a... ¡a Maruja, hombre!, al arquitecto ese. ¡Que así se le hundan todas las casas!

CONS. (*Riendo.*) ¡Estás desatado!

SÉRV. ¡Hecho un ciclón! Total: que no has podido ni traerte a Carmela. ¡Eres un zángano, hijo!

CONS. Pues mientras viene o no, vamos nosotras a comer, que ya es hora. (*A Sérvulo y Manolito.*) ¿Gustáis?

SÉRV. Gracias, cuñada. Aquí esperaremos.

ISAB. Pasad adentro.

SÉRV. No, que hace aquí más fresco. (*Se ha hecho ya de noche y la escena está casi en tinieblas, sin más luz que la que llegue de la calle por las ventanas.*)

ISAB. (*Encendiendo la lámpara.*) Pues no estéis a oscuras. (*A*

Manolito.) No te apures, primo. Si no es Maruja, ahí está Victoria.

ANO. Victoria, ¿eh? ¡No me hables de Victoria que es un plato de gachas! (*Se van por la izquierda Consuelo e Isabel. Y, en cuanto se marchan, don Sérvulo se encara con su hijo y le dice:*)

RV. ¡Bueno, que has hecho el ganso! Pero, niño, ¿quién te manda a ti ir a esas reuniones para luego meter la patita?

ANO. ¿Encima me vas a regañar?

RV. ¿No comprendes buche, que se reirán de ti? ¿Qué tienes tú que ver con la niña de Regadera?

ANO. ¡Pues tampoco tiene que ver el otro! Y si el otro se cree que es un... (*Repiqueteando los dedos.*) un... un...

RV. ¿Un qué, hijo?

ANO. ¡Ese de la monja!

RV. ¿Qué estás diciendo?

ANO. El de "luz de donde el sol la toma", papá.

RV. ¡Acabarás! ¡El *Tenorio!*

ANO. ¡Pues si se cree un Tenorio, está muy equivocado! ¡A hacer conquistas, a Madrid!

RV. ¿No digo yo que eres un zángano? ¿A quién has salido tú, niño? ¡Si casi estás llorando, animal!

ANO. ¡Porque me da rabia! Porque... ¡vamos que al arquitecto ese le doy yo con un compás en la cabeza! (*Entran en escena, por la derecha, Carmela y don Rafael. Carmela viene con mucha agitación, y el pobre don Rafael está casi ahogado, como quien dió una larga caminata.*)

ARM. (*A don Rafael, entrando.*) ¡Ay, menos mal, aquí están todavía! (*A Manolito.*) Eso que has hecho es propio de un beduíno. ¡A mí no me lo vuelves a hacer! Tú no eres ningún corralero para que te vayas de una reunión sin despedirte.

ANO. (*Fastidiado*) ¡Vaya déjame en paz!

AF. ¡Si no ha tenido importancia! ¡Si es la juventud! ¿Y si le aguardaba la novia? "Locura de amor, o corre si te esperan". ¡Yo conozco a mis clásicos!

ARM. ¡No le esperaba nadie! ¡Que es un beduíno! Y si no es por usted, que ha sido tan amable, tengo yo que volverme sola.

AFA. ¡Quite por Dios! Para mí es una honra. Ya sabe usted que soy un elegante... un elegante para las damas.

ÉRV. (¡Atiza!) (*A Carmela.*) Tampoco hubiera sido una catástrofe que vinieses sola... ¡Sola vas mil veces a cambiar un cintajo o a devolver una chuchería!

CARM. ¿De noche?
SÉRV. ¡Y de madrugada, si abren el comercio!
CARM. ¡Eso es! ¡Ya estáis de acuerdo el papá y el niño! P supuesto, no os hago caso. ¡Con lo malísima que puse!...
SÉRV. (*Intranquilo.*) ¿Mala?
RAFA. No se alarme, que no fué nada. La merienda... Un pc de calor... ¡Nada! Un coliquillo miserere, que le p en seguida.
CARM. (*A Sérvulo.*) Di que fué un rato fatal. ¡Fatal, fatal! Ur mareos y unos sudores, y unas angustias...
RAFA. (*A don Sérvulo, con malicia.*) ¡Vaya, amigo! ¡Al ca del tiempo!... ¡Multiplícate y crecerás!
CARM. (*Protestando.*) ¿Qué está usted diciendo?
SÉRV. ¡Ca! ¡Nada de eso! ¿La merienda, mareos, angustias? ¡Lo de siempre! ¡Su manía de devolverlo todo!
CARM. ¡Qué gracioso eres hombre! (*Después de una pausa.*) ¿ Consuelo e Isabel?
SÉRV. Ahí, comiendo, que es a lo que vamos a ir nosotros.
CARM. Voy a saludarlas. ¿Vienes tú?
SÉRV. ¡Déjate! Ya les dije adiós.
MANO. (*A Carmela.*) Te acompañaré yo, para que no digas
CARM. ¡Cállate, corralero! (*Se va con Manolito, por la i quierda.*)
SÉRV. (*A don Rafael.*) ¡Bueno, amigo, bueno! Ya sé que e fiesta ha sido superior.
RAFA. ¡Psé! ¡Un piszicato! Un pretexto para que la gen joven se divirtiera un poco.
SÉRV. ¡Y se ha divertido! El forastero no se puede quejar.
RAFA. Yo creo que no... Claro que uno está obligado... Y, ad más las niñas, que le pinchan a uno...
SÉRV. (*Malicioso.*) Ya sé que Marujita y el forastero...
RAFA. ¡Hombre!
SÉRV. No lo niegue usted,, porque no se habla de otra cosa e Alcolea.
RAFA. ¡Cómo exageran! Total, que Vergara es otro aristócr ta, y le dice a la niña unos chicoleos. ¡Pues, a dar aire! No hay nada, ¿eh? Tendría yo que enterarme qué clase de persona es el forastero.
SÉRV. En eso hará usted bien. ¡A lo mejor hay cada chasco!.
RAFA. (*Intrigado.*) ¿Sabe usted algo?
SÉRV. ¿Yo? ¿Del arquitecto? ¡Ni palabra! ¡Si no le conocía!. Mi sobrina, sí. Ella me ha hablado... ¡Pequeñeces! ¿Qué ¿Que el mozo no tiene dos reales? ¡Pues no es un p cado! ¿Que en Madrid anda en unos líos?... Locura c

amor, como usted dice. ¡Total: se les dan unas pesetas a las mamás, se bautiza a los niños, y ni acordarse!

FA. (*Alarmadísimo.*) ¡Sapristi! Pero, oiga usted...

RV. ¿Que ha tenido poca suerte en sus trabajos? ¡Ya la tendrá mejor! Eso de que se hundieran las dos casas cuyas obras dirigió en Madrid y que se le hiciese migas la fábrica de pan, fué una desgracia...

FA. ¡Caracoles, don Sérvulo! ¿Quién iba a pensar tal cosa?... Ya había yo notado que a ese mozo la gusta beber de lo bueno, y que se levanta tarde, y que fuma porquerías con boquilla dorada. Pero... ¡vamos!...

RV. ¡No le vaya usted a dar importancia! En Madrid, eso de emborracharse, y de tomar cocaína, y de tener tres o cuatro... distracciones, y un chico en cada barrio, es de lo más corriente.

FA. ¡Qué atrocidad! ¡Por algo dicen que Madrid es una Sodoma y Modorra!

RV. ¡Justo! ¡Y así está el arquitecto! ¡Amodorrado! ¡Por eso se levanta tarde! (*Aparte.*) (Bueno, si me oyese me hacía gazpacho.)

FA. Pues le agradezco esos informes. No he de negarle que sí, que mi niña como es tan inocente, la pobre... ¡Cosas de chicos! Pero, vaya, sabiendo lo que sé, ¡hay que estudiarlo, hay que estudiarlo!...

RV. Usted siempre razonable, don Rafael. Además, su niña no necesita que venga de Madrid uno de esos pájaros. ¡Con lo que ella vale y lo bonita que es!... (El zángano de mi hijo no me agradecerá esto nunca.)

FA. (*Dando resoplidos.*) ¡Espantoso! Borracheras, y cocaína, y boquilla dorada... Y un chico en cada barrio... ¡Ese hombre es un Nabucodonosor rey de Babilonia! (*Salen por la izquierda Carmela y Manolito, acompañados de Isabel.*)

ARM. (*A Isabel.*) ¡Pero no te molestes, mujer!...¡ Si lo sé, no entro!

AB. ¡Quita! ¡Ya había concluído!

ARM. Cuando quieras, Sérvulo, que es tarde. (*Despidiéndose de Isabel.*) Hasta mañana, Isabelita. (*A don Rafael.*) ¿Usted se queda?

AFA. No que me voy. (*A Isabel.*) Me dijeron las niñas que vendrían luego aquí.

AB. ¡Encantadas, don Rafael!

AFA. Pues las traeré. Voy por ellas antes de ir al Casino... (*Se despide.*)

IANO. Yo también vendré luego, prima.

SAB. (*Riendo.*) ¡Ya me lo figuraba, hombre!

MANO. ¡No, no te creas tú que es por nada!... (*Se van, por derecha, Carmela, don Sérvulo, don Rafael y Manoli Isabel, que ha ido con ellos hasta la puerta, vuelve al ce tro de la escena.*)

ISAB. ¡Ya se nota el bochorno! ¡Ay, qué primaverita anda za! Hasta la luz da calor. (*Apaga la lámpara, y la tancia queda medio en sombras, porque sólo llega ella el resplandor de la luna, que ilumina la calle. Isal se sienta en una de las mecedoras que hay junto a l ventanas, y empieza a mecerse, mientras monologue como adormecida.*) Aquí al menos, hace algo de fresco Arriba es un horno... ¡Ay, con lo bien que estará aho el Retiro! Pues... ¿y la Moncloa? (*Y sigue meciéndo ya en el silencio, hasta que por la calle del foro pa Salvador, que se detiene ante la reja en que está Isab Y comienza el diálogo.*)

SALV. Buenas noches.

ISAB. (*Con algún sobresalto.*) ¡Ay! ¡Chico, Salvador!... Bu nas noches....

SALV. ¿Estabas dormida?

ISAB. ¡Psh! Muy despierta no estaba...

SALV. ¿Y te he asustao?...

ISAB. ¿Por qué? (*Pausa.*) ¿Venías aquí?

SALV. No; voy antes a la plaza, a que me den una chispita café.

ISAB.. Oye, en casa te lo damos...

SALV. Mira, hija, yo soy muy raro. A mí me gusta el café d Café, que, como no es café, pues sabe a café. ¿Com prendes?

ISAB. ¡Cualquiera comprende eso!

SALV. Volveré en seguida.

ISAB. Sí, oye, ven, que hay una sorpresa.

SALV. ¿Cuál?

ISAB. Pamplina nos ha pagado...

SALV. No es sorpresa. Ya sabía yo que pagaría.

ISAB. Déjame acabar. Pamplina nos ha pagado setenta dur de los ciento ochenta que debe.

SALV. ¿Habrá granuja?... ¡Si ayer me enseñó a mí tó el dine reunío!... ¡Si me dijo que no me lo daba porque tenía gusto en traérselo a tu madre!...

ISAB. Ya sospechaba yo esa faena. (*Siguen hablando. Por derecha llega Santiago, que se detiene en el umbral de puerta.*)

SANT. ¿Se puede pasar?... Parece que no hay nadie... (*Alzand la voz.*) ¿Se puede pasar?

ISAB. (*Volviéndose sorprendida.*) ¿Quién es? ¡Adelante el que sea!

SANT. (*Avanzando.*) Soy yo, Vergara...

ISAB. ¡Ah, Santiago! Perdona, hombre. (*Va rápidamente a encender la luz.*) Estaba aquí en la reja.

SANT. (*Viendo a Salvador detrás de la ventana.*) Buenas noches, amigo Centeno.

SALV. Con Dios, señor Vergara.

ISAB. (*A Santiago.*) No te esperaba. ¿Cenaste ya?

SANT. Un poco... Lo que puede cenar un hombre al que hace un mes lo están cebando en Alcolea como se ceba a un pavo.

ISAB. (*Riendo.*) ¡Ah, ya, que hoy hubo merienda!

SANT. ¡No me hables, mujer!

SALV. (*Desde la reja.*) Bueno, Isabelita, me voy pa el café.

ISAB. (*A Salvador.*) Pero vuelve, que te esperamos.

SALV. Sí que vuelvo. No tardo ná. (*A Santiago.*) Hasta luego, amigo.

SANT. Usted lo pase bien. (*Salvador se marcha y Santiago dice a Isabel:*) A lo mejor he sido importuno.

ISAB. ¿Por qué?

SANT. Se va Centeno tan deprisa...

ISAB. No, hijo... ¿No oyes que vuelve? Pasaba para ir al café.

SANT. ¡Cuidado, que no te pido explicaciones!

ISAB. (*Muy serena.*) Ya lo sé. Por eso te las doy. Comprenderás que no pienso que andes investigando mis actos.

SANT. (*Mordiéndose los labios.*) Claro que no, mujer. (*Hay una breve pausa, y, al cabo, vuelve a hablar Isabel.*)

ISAB. ¿Con que la fiesta de hoy?

SANT. ¡Horrible, Isabelita! Pero... ¿quién ha educado a las niñas de este pueblo? ¿Tú sabes que se empeñaron en que bailásemos en el huerto al compás de un gramófono... y sin dejar de merendar?

ISAB. (*Muy regocijada.*) ¿Sí?

SANT. ¡Calla, por Dios! Y me decían las niñas de don Rafael: "¡Como en Madrid! ¿Verdad? ¡Como en Madrid!" ¡Y me han dado bocadillos de escarola con salsa de tomate!... ¡Y té con media tostada de las grandes! ¡Y vuelta con que como en Madrid! ¿Quién les habrá dicho eso?

ISAB. (*Que no ha cesado de reir*). Yo.

SANT. ¿Tú?

ISAB. Sí, Película. En algo he de entretenerme... Claro que no sospechaba que tú fueses la víctima del bromazo. Antes de que vinieras, ellas me preguntaban, y yo, por diversión...

SANT. ¡Pues estoy sufriendo bien tus burlas!

ISAB. (*Riendo de nuevo.*) Te advierto que te has librado de un ponche de miel, soda, corteza de limón, esencia de clavo y aguardiente de Rute, que hubiera sido un cáustico. ¡Ya tenía preparada la receta!

SANT. ¿Y por qué haces eso?

ISAB. ¿No te digo? ¡Por divertirme! ¿Crees tú que si no se recurriera a estas bromas se podría vivir en Alcolea?... Aparte de que mis bromas son inofensivas. Y, en cambio, las de los demás...

SANT. No simpatizas con las niñas de aquí.

ISAB. ¡Bah! Son buenas y sencillas; pero... ¡tan cursis, Dios mío de mi alma!...

SANT. Y en vista de eso, querías que yo cargase con una de ellas. ¡Gracias, Isabel!

ISAB. (*Rápidamente.*) ¡No, que hay excepciones!

SANT. ¿Cuáles? Maruja, la de don Rafael, no será...

ISAB. ¡La pobre! ¡Es una infeliz!

SANT. ¡Es insoportable! Llevo treinta días de martirio. ¡Yo no puedo más! ¡Me voy!

ISAB. (*Extrañada.*) ¿Que te marchas?

SANT. ¡Lo antes posible!

ISAB. Pero, oye, ¿cuándo te dió la ventolera? ¿Vas a irte así, de repente... y sin novia rica?

SANT. (*Riendo.*) Sin novia rica, y sin estómago, que es lo peor. ¡Son muchos bocadillos con escarola!

ISAB. ¡Esa pobre Maruja!... Ella se había hecho ilusiones...

SANT. Por eso quiero irme. Sería una estupidez y acaso una crueldad, mantener este equívoco.

ISAB. (*Bromeando para disimular su emoción.*) ¡Película, me dejas de un aire!

SANT. Si contigo se pudiera hablar en serio, te diría seriamente que hay cosas imposibles, y que una de ellas es la de poner miras egoístas en estas aventuras que requieren impulsos románticos. ¡Bien claro lo veo ahora! ¡Nada de niñas ricas de Alcolea! Mejor dicho, ni ricas, ni pobres... Lo conveniente es marcharse. Tú, que sabes tantas coplas, quizás conozcas ésta:

"Aquí no hay nada que ver,
porque un barquito que había
tendió la vela... y se fué."

ISAB. (*Con melancolía.*) ¿Nada más que un barco?

SANT. Sólo uno. Y ya lo oyes: "Tendió la vela... y se fué".

ISAB. Esa copla podrá cantarla Maruja Fernández cuando te marches... si te marchas.

SANT. ¡Ya lo creo! ¡Mañana mismo!

ISAB. ¡Hombre, no, que te debo yo una merienda!

SANT. ¡Horror! ¿Una merienda tuya? ¿Y con ponche? ¡Me voy ahora a la estación!

ISAB. Descuida, que es merienda de pobres. No habrá té, ni bocadillos. Naranjas de mi huerto, mantecados de Antequera, alfajores granadinos, bizcochos marroquíes y, si estoy de humor, hasta puede que unos pestiños hechos por mí.

SAN. ¡Me quedo a esa merienda! Y, luego, al tren.

ISAB. ¿Lo sabe ya Maruja?

SANT. No lo sabe nadie. (*Con cierta tristeza.*) Ha sido un repente... Quizás ni yo mismo lo supiera cuando vine aquí.

ISAB. Que aún no me has dicho a qué venías.

SANT. Tienes razón. Me insinuó Maruja que pasaría la velada contigo y me hizo ofrecerle que vendría a saludarla. No llegó aún, ¿verdad?

ISAB. Pero vendrá; sé que vendrá. ¿La esperas?

SANT. No, que he de ir al Círculo. Volveré luego. Ahora me marcho. Ya te interrumpí antes un diálogo... y puede que me estén echando maldiciones.

ISAB. (*En un impulso irreprimible.*) Te advierto... (*Conteniéndose y fingiendo risa.*) Te advierto que mis diálogos los puede oír todo el mundo. No son un secreto.

SANT. Yo quiero que lo sean para mí. Hasta luego, Isabel.

ISAB. Hasta luego, Santiago. (*Se va Santiago por la derecha. Isabel queda un momento pensativa, y dice después.*) ¡Se marcha! ¡Hace bien! ¡No quiere novia rica!... ¡Resulta que tiene corazón! (*Se va rápidamente por la izquierda. Hay una pausa y llega por la derecha Maruja y Santiago, al que aquélla viene recriminando.*)

MARU. ¡Muy bonito! De modo que si me retraso un minuto, se escapa usted sin decir ni pío. ¡Vaya, qué galante!

SANT. No sea usted mal pensada. Iba, mejor dicho, voy al Círculo. Ya quedé con Isabel en que volvería.

MARU. ¡Qué fastidio! Tenían que suprimir el Círculo. ¿Por qué ha de haber Círculos en el mundo, Señor?

SANT. (*Sonriente.*) Si no los hubiera no habría que hacer el edificio nuevo, y no estaría yo aquí.

MARU. ¡Qué malo es usted! ¡Tiene contestación para todo! Pero, sin embargo, no me gusta el Círculo.

SANT. Pues lo siento, pero la casa hay que terminarla. (*Bromeando.*) ¡Ya no tiene remedio! Van muy adelantados los trabajos, hay muchos jornaleros en faena, y hasta ha venido de Madrid un maestro de obras. Concluída mi labor, aunque me vaya, como me voy, el Círculo tendrá su palacio.

MARU. (*Sorprendida y emocionada.*) ¿Cómo? ¿Se va usted?...
SANT. ¿Qué voy yo a hacer aquí, criatura?
MARU. (*Ingenuamente.*) Pues, eso... ¡Ir al Círculo!
SANT. ¡Vamos! Ya cambió usted de opinión.
MARU. Yo no me explico. ¡Parecía usted tan a gusto en Alcolea!... ¿Le hemos hecho a usted algo?
SANT. ¿Quiere usted callar? Porque estoy muy a gusto es por lo que deseo marcharme a prisa, a prisa... ¡Antes de acostumbrarme a esta vida de forastero, con tanta diversión y tanto obsequio!
MARU. ¡Pues quédese aquí siempre!
SANT. Entonces ya no sería forastero.
MARU. ¡Quédese de forastero!... Ay, no sé lo que me digo! Y es la sorpresa... ¿Cómo iba yo a esperar?... ¡Algo le ocurre a usted!
SANT. No, Maruja, no. Tengo que irme a Madrid, a mis asuntos...
MARU. ¡Dichoso Madrid!... No saben hablar más que de él... Como Isabelita... Y, al final, ya ve usted. ¡Isabelita es feliz en Alcolea! Aquí tuvo tranquilidad, y aquí le salió un novio, y aquí va a casarse. ¡No lo esperaba ella! Salvador no tendrá finura, ni señorío; pero es un buen hombre, y no le faltan sus miles de duros.
SANT. (*Molesto por el sesgo del diálogo.*) ¡Calle usted! ¿A qué viene hablar de eso?
MARU. Para que vea que no es tan malo este villorrio. Hasta Isabel, que es pobre, encontró novio... ¡Ya se lo habrá dicho!
SANT. Los vi yo antes, en la reja. Isabel nada me dijo... ni tenía por qué decirme lo que no me interesa. A mí lo lo que me interesa es irme a Madrid.
MARU. Y cuando esté usted allá, ¡se reirá poco de nosotras, las pobrecitas de pueblo!
SANT. ¡Por Dios!... ¡Vaya, no ponga esa cara, que me dan ganas de afincarme en Alcolea!
MARU. ¡Afínquese usted, pamplinoso!
SANT. No puede ser... En fin, voy al Círculo, a hablar con su papá, a decirle que ya no hago aquí falta...
MARU. ¡Qué rabia! ¡Podía usted no haber venido, que era mejor! (*Dice esto casi llorando.*)
SANT. ¡Criatura! ¿Va usted a llorar? (*En este momento llega Salvador por la derecha, y, al ver la escena, se detiene en la misma puerta, sin que Maruja ni Santiago adviertan su presencia.*)
MARU. No... yo, no... ¡Qué tontería!... ¿Vuelve, verdad?... Voy con Isabel y doña Consuelo... Victoria se quedó en casa,

sabe usted? Y yo vine... claro... (*Todo esto lo dice esforzándose por sonreir.*) Con su permiso... Voy adentro... (*No pudiendo disimular más, porque la ahogan los sollozos, se va, corriendo, por la izquierda.*)

SANT. (*Viendo marchar a Maruja, y con tono compasivo.*) ¡Pobre muchacha! (*Inicia el mutis hacia la derecha, y ve a Salvador, que ha entrado ya en escena.*) ¡Ah! ¿Es usted? De vuelta ya, ¿no?

SALV. Sí señor, ya de vuelta.

SANT. (*Con cierta malicia.*) Perdóneme si antes le hice mal tercio.

SALV. (*Sin comprender.*) ¿Mal tersio?

SANT. ¡Vamos, si llegué en mala hora!

SALV. No sé de qué habla usté. Quien llega en mala hora soy yo. ¡Tengo la negra, hombre! En cuantito usté habla con una mujer y la hase yorar, en cuantito que yo aparesco. ¿No es pata?

SANT. Ahora soy yo quien no comprendo. ¿Dice usted que hago llorar a las mujeres?

SALV. Digo que las mujeres yoran cuando hablan con usté. ¿Es eso lo que yaman por ahí "castigar"?

SANT. (*Con aspereza.*) Señor Centeno, ni me explico ese tono, ni sé a qué viene lo que dice.

SALV. (*Tranquilo.*) No viene a ná, señor Vergara. ¿Es que esa muchacha, la hija del procurador, no se iba de aquí yorando?

SANT. Pudiera ser.

SALV. Pues yo la he visto... y eso es tó, amigo. Me parese que el asunto está claro.

SANT. La intención habría que aclarar. Pero no es cosa de discutir aquí, en casa ajena... Por lo menos, ajena para mí, ¿verdad?

SALV. Yo estoy como en mi propia casa. Ahora, que ni aquí, ni fuera de aquí me gustan las discusiones. Dise uno lo que quiere, y en pás.

SANT. ¡En paz! Sólo le ruego que, cuando necesite decirme algo más, procure hacerlo en otro sitio. También me parece que está claro, ¿no?

SALV. Por lo menos, yo lo he entendío. Vaya usté descuidao, señor Vergara.

SANT. (*Con sequedad.*) Buenas noches. (*Se va por la derecha.*)

SALV. (*Luego que se fué Santiago.*) El forastero éste tié un mal angel, que me río yo. ¡Tenía ya ganas de soltarle el mandao! (*Llegan, por la izquierda, Isabel, Doña Consuelo y Maruja. Esta viene afligida y llorosa.*)

ISAB. (*A Maruja.*) Pero, ¿serás chiquilla? ¿Te pones así por una pequeñez?

MARU. ¡Pequeñez! ¡Eso te crees tú! ¿No me decías que el forastero me hace el amor, y que estaba tan entusiasmado?

CONS. ¡Vaya, Maruja, déjate de niñerías! Pues, ¿qué habrías hecho de ser una cosa formal? (*A Salvador.*) Hola, Salvador. Me alegro de que vengas, porque hay novedades.

SALV. Ya me las dijo Isabel. (*A Maruja.*) ¿Qué le ocurre a usté, criatura?

MARU. (*Enjurruñándose.*) ¡Nada me ocurre! ¡Que encima van todos a reírse de mí!

SALV. (*Asombrado.*) ¿Yo?

ISAB. ¡Algo espantoso, Salvador! ¡Que se va el forastero!

SALV. ¿Se va? No me ha dicho ná, y acabo de verle... Pues, la verdá, no siento que se marche.

MARU. ¡Naturalmente! ¿A usted qué le importa? Hasta debe alegrarse, porque si el arquitecto se va, se va por algo... Y ahora comprendo que, aunque parecía estar por mí, no estaba por mí. ¡Bien le ha molestado saber lo tuyo con Salvador, Isabelita!

ISAB. (*Asombrada.*) ¿Lo mío con...? Di, Maruja, ¿qué novela es esa? ¿Qué le has dicho al arquitecto? ¿Tú oyes, Salvador?

CONS. ¿A qué viene este enredo?

SALV. (*También estupefacto.*) ¡Que me maten si entiendo ná!

ISAB. (*A Maruja, con algún enojo.*) ¿Por qué me traes ni me llevas en conversaciones? ¿Por qué inventas lo que no existe?

MARU. ¿Qué es lo que no existe? ¿Negarás lo que sabe todo el mundo?...

ISAB. Habrá que echarlo a risa. (*A Salvador.*) Ya lo oyes, Salvador. ¡Me espantas los galanes!... ¡Ay qué pueblecito, Virgen Santísima!

SALV. (*Comprendiendo el disgusto de Isabel.*) ¿Te has enfadao? ¿También a ti te duele que se vaya ese hombre?

ISAB. (*Reaccionando.*) Me duele andar en lenguas de la gente. (*Siguen hablando.*)

MARU. (*A doña Consuelo.*) ¡Tan contenta que yo venía! Pensaba que esta noche me pediría la conversación. ¡Ya ve, hasta Victorita se quedó en casa, para no estorbarnos! Y, luego, ¡que todo marchaba tan a punto!... Papá se oponía ya a las relaciones, y me vino diciendo que el arquitecto era un desvergonzado. Y yo, gozándola. "¡Pues le diré que sí!" "¡Pues le diré que sí!" ¡Y me veía ya en un convento, como en los dramas!

CONS. ¡Vaya por Dios!

MARU. Y no es que a mí me entusiasmase el forastero. Que no se ponga tonto, porque no... ¡Es que era forastero!...

CONS. ¿No digo que estás chiflada? (*Sigue hablando con Maruja.*)

SALV. (*A Isabel.*) Siento tu disgusto. Porque ahora veo que te disgusta que Vergara se marche.

ISAB. Te equivocas, Salvador. ¿No te he dicho que nunca simpatizamos? En Madrid vivíamos en constante pelea.

SALV. En Madrí, quisá.

ISAB. Y en Alco ea lo mismo. Me dió rabia que me viese metida aquí, olvidada de todos y entre el desprecio, (*A un gesto de Salvador.*) ¡sí, sí, el desprecio de estas niñas! Noté que gozaba mortificándome, y yo procuré mortificarle a él también. ¡Como siempre! ¡Como en Madrid, Salvador! ¿Que ahora se va? ¡Bendito de Dios vaya!... Pero me apena que le hayan contado esas fábulas...

MANO. (*Llegando por la derecha.*) ¡Buenas noches! ¡Ya conseguí escaparme! Cuando papá se pone pesado, es un tren carreta. (*Reparando en la aflicción de Maruja.*) ¿Qué te pasa a ti?

MARU. (*Con enojo.*) ¡Otro! ¡Nada!

CONS. ¡Alegra esa cara, criatura!

MANO. Algo ocurre. ¿Bronca familiar? ¿El procurador que ha cogido el Código? ¿O se acabó a farolazos la juerga de esta tarde?

ISAB. Casi a farolazos.

MANO. Ya me lo olí yo. ¡Por eso salí de estampía!

MARU. ¡Tú no oliste nada, Manolo! ¡Tú te fuiste como un mal educado!

MANO. Oye, no será por eso por lo que te pongas así. ¡Que allí se te quedó el arquitecto!

ISAB. Por poco rato.

MANO. ¿Eh?

ISAB. ¡Que se va, hijo! ¡Que se vuelve a Madrid!

MANO. (*Satisfechísimo.*) ¡Gracias a Dios!

MARU. ¡Mira qué gracioso!

CONS. Deja a la muchacha, Manolo.

MANO. ¡Es que era ya mucho arquitecto! ¡Que no parecía sino que todos teníamos algo que edificar! ¡Hasta en la sopa salía el dichoso forastero!

ISAB. (*A Maruja.*) ¡Di que son celos!

MARU. ¿Celos? ¿De qué va a tener celos este niño? (*Por Manolo.*)

MANO. ¡También se traen ustedes una guasa!... (*A Maruja.*) No hagas caso tú y entiéndete con el forastero. Que lo que es yo, ¡ni ésto! (*Mordiéndose una uña.*)

MARU. (*Imitando el juego.*) Pues el arquitecto, para mí, ¡ni ésto tampoco!

SALV. (*A Maruja.*) No tome en serio a Manolito, mujer, que el pobre no sabe lo que dise. ¡Demasiao ha sufrío! ¡Hay que perdonarle!

MARU. ¡Qué ha de sufrir este zangolotino!

MANO. ¿Que no he sufrido? ¡Porque uno se calla! Cuando te veía atolondrada con el arquitecto, sin pensar más que en presumir con él y en hacernos rabiar con él, ¡me daban unas ganas de empezar a golpes! (*Ante el sesgo de la conversación, Isabel, doña Consuelo y Salvador dejan a los muchachos y forman grupo aparte, sentándose junto a una de las ventanas.*) ¡Y todo porque era arquitecto! Mira tú qué arquitecto, que dice mi padre que hizo en Madrid una casa y se le olvidó... ¿Qué fué lo que se le olvidó?... ¡Esto que va para arriba!

MARU. ¿La chimenea?

MANO. ¡No, mujer! ¡Todavía peor! ¡La escalera! ¡Tuvieron que poner en la fachada una garrucha y una cuerda para subir a los vecinos como el cubo de un pozo!

MARU. ¡Anda, infundioso!

MANO. ¡Y otras cosas! ¡Te digo que ibas a hacer un negocio!

MARU. (*Intrigada.*) ¡Cuenta, cuenta!

MANO. Ven aquí y escucha. (*Se sientan ambos ante la otra ventana, y siguen allí en animadísima charla.*)

ISAB. (*Por Maruja.*) ¡Menos mal que se va consolando!

CONS. ¡Si es una niña!

SALV. (*A Isabel.*) Lo que es tú tiés mala mano pa los noviazgos. ¡Querías arreglarla con el de Madrí!

ISAB. ¿Quién iba a sospechar lo de Manolito? Y es que al pobre, como se le olvida todo, se le olvidó hasta declararse. (*Siguen hablando.*)

MARU. (*A Manolo.*) ¡Como que voy yo a creerlo!

MANO. Pues no lo creas. Pero que conste que te llevo y que te aburres a los dos días. ¿Qué apostamos?

MARU. No quiero más chascos, Manolo. Y, luego, ¡que si papá se entera!...

MANO. ¿Quieres que le hable el mío?

MARU. (*Deslumbrada.*) ¿De verdad le hablaría? (*Y cuando en los dos grupos va más animada la conversación, entran en escena, por la derecha, don Rafael y Santiago, que vienen del Casino.*)

RAFA. (*Al entrar, a Santiago, como continuando una polémica.*) Y si usted no se fuera, acabaría dándole una torre y un caballo. (*Saludando.*) Buenas noches. Al fresco, ¿eh?

CONS. Buenas noches, don Rafael. Respirando un poco, porque este mes de abril viene hecho un ascua.

MARU. (*A Manolito, a media voz.*) ¡Ahí están! ¡Sígueme hablando!

RAFA. (*Señalando ambos grupos a Santiago.*) ¿Eh? ¡Mire qué cuadros! ¡Todos tan tranquilos y tan ensimismados! ¡Mi pueblo, hombre, mi pueblo! Esto no es Madrid, amigo. Aquí no hay pitillos dorados, ni aspirina, ni un lío en cada barrio. (*Con intención.*) ¡Esto es más pacífico! ¡La Alcarria feliz! ¿Que le parece a usted?

SANT. Me parece... que insisto en mi propósito. ¡Que me vuelvo a Madrid mañana mismo!

RAFA. Comprendo que usted, que es un aventurista, se aburra aquí mucho. (*A los demás.*) Ya lo saben ustedes. ¡Se nos va el arquitecto!

ISAB. (*A don Rafael.*) Eso me dijo. Y es una lástima, porque aún podíamos organizarle unas cuantas fiestas.

MARU. (*Intencionada, a Isabel.*) ¡Si nuestras fiestas no le gustan a Vergara, mujer! ¡Fiestas de pueblo! ¡Figúrate!

SANT. Fiestas inolvidables, Maruja.

MARU. ¿Qué va usted a decir? Pero no vale disimular. Lo de Alcolea, para los de Alcolea. ¡A los de Madrid no les satisface! Estos bailes y estos ratos de charla y este tontear en las rejas con las mocitas de aquí, se quedan para los nuestros, para los de casa: Manolito Salvador y otros así. (*A Manolo y Salvador, con malicia.*) Y conste que no es hacerles a ustedes de menos.

MANO. (*Entusiasmado.*) ¡Bueno! ¡Está genial!

RAFA. (*A Santiago.*) ¿Eh? ¡Me ha salido la niña un verdadero cicerone! ¡Qué elocuencia! (*Abraza a Maruja.*)

SANT. Muy elocuente y muy sincera. ¡Da gusto oírla! Es pena tener que marcharse, aunque ella no lo crea. Pero no hay más remedio. Quizás por eso que Maruja dice es por lo que yo me voy mañana.

SALV. (*Que se ha levantado, acercándose a Santiago.*) ¿Mañana, amigo?

SANT. Sí, señor; en el último tren.

SALV. Pero aún habrá tiempo de que usted y yo hablemos dos palabras.

SANT. (*Receloso.*) ¿Usted y yo?

ISAB. (*A don Rafael, con cierta inquietud.*) ¿Qué ocurre?

RAFA. (*A Isabel*). ¡Algún encargo para Madrid!

SALV. (*Procurando llevar aparte a Santiago.*) Dos palabras ná más, y usté y yo solos, y en otro sitio que no sea aquí. Porque aquí usté y yo estamos en casa ajena. (*Y cae el*

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración.

(Es media tarde cuando comienza el acto. Están en escena ISABEL, DOÑA CONSUELO y PASCUALA, entregadas las tres al trajín de ultimar los detalles de una limpieza general, hecha en la estancia, Pascuala, que lleva un mandil remendado y un pañolete atado a la cabeza, saca brillo con un trapo al tablero de la mesa del centro. Isabel, encaramada sobre una silla de madera, termina de colocar en las ventanas unas limpias cortinas de encaje, y doña Consuelo pone en los respaldos de las sillas velillos, de encaje también. Madre e hija visten "de trapillo", como suele decirse.

ISAB. (*A doña Consuelo.*) Fíjate, mamá; ¿quedan bien de altura?

CONS. (*Mirando las cortinas.*) Me parece que la de ese lado está un poco más alto. Bájala un poco... ¡Ajajá! ¡Eso es!

ISAB. (*Descendiendo de la silla.*) ¡Me han dado trabajo las dichosas cortinas! (*Contemplando su obra.*) Pero hacen bonitas, ¿verdad? ¿Y tú, Pascuala, no concluyes?

PASC. Niña Isabé, yo creo que a esto no se le pué sacá más briyo... ¡Talmente un espejo parese!

ISAB. Sí, mujer; déjalo ya.

PASC. (*Obedeciendo.*) Me duelen las coyunturas como si tuviá un esguinse. ¡Eso sí, está el estrao que reluse!

ISAB. Entornaremos para que no entre el resol. (*Cierra las celosías de las ventanas.*) Ahora ya no hay más que disponer la mesa. (*A doña Consuelo.*) ¿Y el mantel y las servilletas?

CONS. Aquí los tengo. (*Se los da y ella e Isabel extienden sobre la mesa el mantel, que, como las servilletas, es de lienzo grueso, con franjas y bordados de colores vivos.*)

ISAB. ¿Y el cristal?

CONS. Pascuala lo fregará ahora.

ISAB. Es que Pascuala tiene que bañar los pestiños.

PASC. También los bañaré.

ISAB. ¿Y las flores?

CONS. (*Impaciente.*) ¡Todo está, hija! ¡Pues anda, que no te has metido en trajín!

ISAB. ¡Mamá, que no digan!... Ya que ofrezcamos poco, ofrecerlo bien.

PASC. ¿Poco, y esta casa parese una confitería? ¡Mi niña, ni que er forastero fuese un canónigo!... (*Llegan por la derecha Salvador y Pamplina. Este trae una cesta con seis botellas envueltas en papel de seda, y otro capacho con naranjas y dos o tres envoltorios de dulces.*)

PAMP. (*Al entrar.*) ¡Ea, ya está tó!... Echa acá una mano Pas-

cualiya, que vengo reventaíto. (*Pascuala le ayuda a desembarazarse de la carga.*)

ISAB. No será por haber corrido, que ha tardado usted un rato.

PAMP. Sarvaó tié la culpa, señita Isabé.

CONS. (*Extrañada.*) ¿Salvador?

SALV. Yo no le he entretenío mucho. Total que me acompañó a en cá Peralta, pa coger unas boteyas.

ISAB. ¿Cómo unas botellas?

PAMP. (*Por las que hay en la cesta.*) ¡Estas! ¡Casi ná! "¡Er toro cárdeno!" ¡La mejón mansaniya er mundo! ¡Jasta el oló dá gloria!...

PASC. ¡Argo más que olé has jecho tú, charrán! ¡Que apestas á vino!

ISAB. (*A Salvador.*) ¿Y esto a qué viene, Salvador?

SALV. No viene a ná, mujer. Que hoy obsequias tú y como yo entiendo una mijita de bebía, pues pensé que estaría mejor que yo la trajera.

CONS. ¡Si hay vino en casa!...

PAMP. ¡Este es superió!

PASC. (*Por Pamplina.*) ¡Ya está relamiéndose er condenao!

ISAB. (*A Salvador.*) ¡Siempre has de ser lo mismo! Tenía yo hoy gusto en que el convite fuera cosa nuestra. ¿Con vino malo? ¡Pues con vino malo! Pero nuestro...

SALV. Y vuestro es Isabel. Y, sobre tó, no te encorajines, que ya me marcho.

CONS. ¿Adónde vas ahora con este calor?

SALV. A unos asuntiyos; pero vendré a tomarme una copa.

ISAB. ¡Anda, que de lo tuyo beberás! (*A Pamplina.*) ¿Trajo usted las otras cosas?

PAMP. Yo creo que sí. (*Señalando lo que enumera.*) Las naranjas... Los mantecaos... Los arfajores... Los biscochos de las monjas, que m'han tenío las monjas una hora aguardando. ¡Por eso he tardao!

ISAB. Está bien, hombre. (*A Pascuala.*) Anda, Pascuala, llévate las botellas y ponlas a enfriar. (*Haciendo un gesto de enojo.*) ¡Digo, enfriar!... ¡Ya decía yo que se olvidaba algo!

SALV. ¡Adiós! ¿Qué?

ISAB. ¡El hielo!

CONS. Sí que es verdad...

ISAB. ¡Vamos! (*A Pamplina.*) Haga el favor, Pamplina. Coja un cubo del patinillo, y vaya en un salto a la nevería. Le sobró dinero, ¿no?

PAMP. (*Aterrado.*) ¡Mi mare! ¿A la nevería y en un sarto? ¡Señita Isabé, que la nevería está oriya er puente!...

SALV. ¡Aunque esté en Utrera, permaso!... ¿Tiés más que ir?

CONS. Vamos, Pamplina, vaya.

PASC. ¿Pos no ha de dir? (*A Pamplina.*) ¡Si serás haragán!... ¡Date priesa y echa a correr!... Yo mesma voy a darte er cubo. (*Se va por la izquierda, llevándose los trapos de la limpieza y el cesto de las botellas.*)

ISAB. (*A Pamplina, que se va también.*) Tome Pamplina, lleve dentro esta silla. (*Por la de madera.*)

PAMP. (*Yéndose con la silla por la izquierda.*) ¡Me varga Dió!... ¡En viajes se van a cobrá los atrasos! (*Sale.*)

CONS. (*A Isabel y Salvador.*) Yo voy también a arreglarme un poco, que esa gente no ha de tardar. Y no te descuides tú. (*A Isabel.*) Mira que tus trazas no son para que te vea nadie.

ISAB. Ahora voy.

CONS. (*A Salvador.*) Que te esperamos, Salvador; que vuelvas.

SALV. Descuide uste. (*Se va por la izquierda doña Consuelo.*)

ISAB. (*Que se ha puesto a examinar las naranjas del capacho.*) Muy hermosas son las naranjas. ¡Para esto sí que no hay como tu tierra, Centeno!

SALV. Algo bueno había de tener.

ISAB. Otras cosas buenas tiene, hombre.

SALV. Trabajiyo te cuesta a ti reconoserlo. Pa ti, lo de Madrí, y na más que lo de Madrí.

ISAB. Madrid es mi pueblo.

SALV. (*Malicioso.*) ¡Ya! ¡Y el del arquitecto!

ISAB. (*Con risueño enojo.*) ¡Vuelta!... Y, a propósito, ¿no se puede saber qué recado era el de anoche?

SALV. ¿Cuál?

ISAB. El de anoche... El que tenías que darle a Película.

SALV. ¡Ná, mujer! ¡Una simplesa! Cosas mias... y cosas de Película, como tú llamas al forastero.

ISAB. Te advierto que me asustaste, porque tú... ¿te lo digo, Salvador Centeno?

SALV. Dí lo que sea.

ISAB. Tú eres muy terco y muy cabezón.

SALV. Sí. ¡Y muy bruto!.

ISAB. (*Riendo, afectuosa.*) ¡No tanto!

SALV. ¿Lo sabré yo?... ¡Pues te queas sin saber el recao! Que te lo cuente tu paisano, si quiere. Y me voy, que se me hase tarde, y cuando vuelva no va a haber pestiños.

ISAB. Ya te guardaré yo.

SALV. (*Otra vez malicioso.*) ¡Ten cuidao no se los coma otro!... Hasta ahora. (*Se va por la derecha, a tiempo que entran por el mismo sitio don Sérvulo y Carmela. Esta trae*

unos paquetes de telas. Salvador los saluda.) Buenas tardes.

SÉRV. ¡Caramba, Centenito!... ¿Adónde se va tan de prisa?

SALV. Ahí, a unos recaos... Con permiso. (*Se va.*)

CARM. (*A Isabel.*) Quizá venga antes de tiempo, hija; pero pensé que si podía ayudaros en algo....

ISAB. Tú siempre llegas a buena hora, tiíta Carmela; aunque ya está casi todo hecho. (*Reparando en los paquetes que Carmela trae.*) ¿De compras, eh?

CARM. Que aproveché el pasar por los Cartujanos, y he elegido unas telas para éste. (*Por Sérvulo.*) Y para mí. (*Desenvolviendo los paquetes.*) A ver si te gustan. (*Le enseña una tela de lana obscura y otra de seda, a rayas, de varios colores fuertes.*) ¿Verdad que son bonitas?

SÉRV. Ruinosas, Carmela, ruinosas. (*A Isabel.*) ¡Vamos yo ya ni entro en las tiendas, porque me pongo de mal humor! ¡Me quedo en la puerta!

CARM. Ya conoces a tu tío. Tuve que salir a pedirle el dinero.

SÉRV. ¡Veinticinco duros como veinticinco cardenales!

CARM. (*A Isabel, por las telas.*) ¿Qué te parecen?

ISAB. ¡Preciosas! Este género (*Por el de lana.*) del tío Sérvulo es muy serio y muy sufrido.

SÉRV. Como yo.

ISAB. Y de este otro, (*Por el de seda.*) te saldrá a ti un traje de mañana muy lindo.

CARM. ¡No, niña, si es al revés!

ISAB. ¿Cómo al revés?

CARM. Sí, Isabelita. Con esta lana voy yo a hacerme un traje sastre, que no tengo ninguno. Y con esta seda le harán a Sérvulo un pyjama.

SÉRV. (*Espantado.*) ¿Eh?

CARM. ¡Digo! ¡Y que vas a estar elegantísimo para andar por casa! (*Haciéndole una carantoña.*) ¡Es la última!

SÉRV. ¡Es la última vez que me pones en ridículo! ¡Yo que voy a usar eso! ¿Me has tomado por un... imitador de cupletistas?

ISAB. (*Riendo.*) Después de todo, tiíto, si es la moda...

SÉRV. ¡Déjame tú!

CARM. ¡Uff, qué gruñón! ¿Ibas a seguir poniéndote el batín cenizo, como dicen las criadas?

SÉRV. ¡Si las criadas me ven a mí en pyjama, me sacan coplas!

CARM. ¡Anda mal genio! (*Acariciándole.*) ¡Qué poco agradeces lo que hace una!...

ISAB. Lo que le pasa al tío Sérvulo es que está muy mimado. (*Llega de la calle Don Rafael, muy puesto de punta en blanco... y sudando a chorros*).

RAFA. Buenas tardes a todos. ¡Y ya pueden agradecerme que venga yo a estas horas! ¡¡Qué calor!!... Están las calles como un horno de alimentación.

ISAB. (*Azorada.*) (¡Huy, el procurador! ¡Y yo de trapillo!) (*A don Rafael.*) ¡Hola, don Rafael!... Perdone usted que le reciba así, con estas trazas. (*Por la ropa que lleva.*) Hemos estado de limpieza...

RAFA. ¿Qué me va usted a decir, criatura? ¡Si sabré yo lo que es la higiene!...

CARM. ¿Y las niñas?

RAFA. Ahora vendrán. Se quedaron en casa, arreglándose. Llegó Manolito, y él se ofreció a acompañarlas...

ISAB. (*Risueña.*) ¡Vamos!

SÉRV. (*También sonriente.*) ¡Vamos!

RAFA. (*Haciéndose "de nuevas".*) ¿Qué?

ISAB. ¡Nada, hombre, nada!

SÉRV. (*Aparte a Carmela.*) Lía esas telas, mujer, que si Regadera ve el pyjamita, se deshace el negocio. (*Carmela obedece.*)

ISAB. ¡En fin, yo también tengo que ponerme presentable! (*A don Rafael.*) Con su permiso... Tardo muy poco... En lo que vienen las niñas.

CARM. (*A Isabel.*) ¿Me necesitas?

ISAB. No. Si acaso, luego, al preparar la mesa. Ya vuelvo. (*Se va por la izquierda.*)

SÉRV. (*A don Rafael, después de una pausa.*) Con que mi niño fué a buscar a las muchachas, ¿eh?

RAFA. Allí se quedaba aguardando.

CARM. (*Tras otra ligera pausa.*) ¡Qué cosas!

RAFA. Eso es. ¡Qué cosas! (*Como decidiéndose.*) No, yo, después de todo, he tenido una satisfacción.

SÉRV. (*Haciéndose él ahora "de nuevas".*) ¿Por qué?

RAFA. ¡Hombre, habiendo hablado usted y yo lo que hablamos ayer!... Ya me entiende... De eso del forastero... Yo tenía que prohibirle a mi Maruja que hiciese tonterías.

SÉRV. ¡Es natural!

CARM. Esa es la obligación de los padres.

RAFA. Pero tenía miedo. ¡Estas niñas son tan romanceras!... Pues Maruja me dió un alegrón hoy, al decirme que yo estaba en lo cierto, y que le había parado los pies a ese pollo.

SÉRV. (*Aparte a Carmela.*) No es tonta la niña, no es tonta.

RAFA. (*Insinuante.*) De otras cosas que me dijo, ¡vamos!, de eso comprenderán que no iba yo a ocuparme... Se trata de ustedes, que son amigos, y de confianza... ¡y como no es puñalada de pícaro!...

SÉRV. ¡Claro! ¡Estas cosas de las criaturas!...

RAFA. (*Franqueándose más.*) Manolito me gusta, me gusta, esa es la verdad... ¡Y si el tiempo dice lo que debe decir!... ¡Después de todo!... Si mi niña lleva al tabernáculo lo que ha de llevar, porque para eso trabajó su padre, tampoco ustedes están desnudos...

SÉRV. (*Sin poder contenerse.*) ¡Qué hemos de estarlo! ¡Hasta pyjamas, hombre!

RAFA. Y a mí me consta que Manolito es un mozo sensato.

SÉRV. No es porque sea mi hijo; pero se le puede recomendar. ¡Muy instruído! Ha hecho no sé cuántas oposiciones!... ¡Y ha empezado no sé cuántas carreras! Médico, militar, abogado... ¡Incluso quiso ser torero!

RAFA. ¡Hombre, torero!...

SÉRV. Sí, señor; pero se convenció de que no servía para matar toros, porque iba a dejarlos vivos.

RAFA. ¿Y por qué no fué médico?

SÉRV. ¡Por todo lo contrario! Porque si se ponía a asistir enfermos, los iba a dejar muertos.

RAFA. ¡Vaya, que tiene conciencia (*Se ríe.*)

SÉRV. Es muy sencillo, el pobre. ¡Ese no gasta cocaína ni para el dolor de muelas!

CARM. ¡Pasó Manolo unos ratos con el forastero!...

RAFA. Eso, concluído. He mandado yo que se concluya. Maruja sabe que tengo experiencia, porque he sudado mucho sobre los libros, y sobre los pleitos, y sobre el escritorio...

SÉRV. ¡Qué ha regado usted su trabajo, don Rafael!

RAFA. Conque... a dejar que los muchachos se distraigan, y, si las cosas vienen a derechas, pues... "¡Apretavis, quivis covis!" (como dijo el clásico.)

CARM. ¿Que se va a hacer sino mirar por el bien de los hijos?

SÉRV. ¡En fin, amigo don Rafael, que mire usted por dónde!...

RAFA. ¡El mundo, compadre, el mundo, que es un pañuelo de bolsillo!... (*Impaciente.*) Y las niñas no vienen... y a mí se me seca la boca pensando en las gaseosas del Círculo. ¿Hace una de ellas, don Sérvulo?

SÉRV. ¡Hombre, si a ésta (*Por Carmela.*) no le importa quedarse sola!...

CARM. Marcháos cuando queráis. Pero no os hagáis esperar luego...

RAFA. No. Volveremos pronto. Es que hay que brindar por que todo salga bien.

SÉRV. (*Zumbón.*) ¡Toma! Brindaremos... ¡y con gaseosa! ¡La cuestión es que salga espuma! Hasta ahora, Carmelita.

CARM. ¡Divertirse! (*Se van por la derecha, muy animados, don Rafael y don Sérvulo.*) ¡Decididamente, emparentamos!

¡Si este Manolito tiene una suerte!... Y que, por lo que se ve, la cosa irá de prisa. ¡A hacer otro equipo! ¡Para que luego diga Sérvulo que una es gastosa!...

SANT. (*Entrando por la derecha.*) Llego muy pronto, ¿no? (*Saludando a Carmela.*) ¿Cómo está usted, Carmela?

CARM. ¡Hola, señor Vergara! Hace calor, ¿verdad?

SANT. ¡Horrible! No se puede parar en ninguna parte. Por eso anticipé la visita, buscando este refugio. Aquí, a lo menos, se está fresco.

CARM. Voy a llamar a Isabel, que anda por ahí arriba.

SANT. No; por mí, déjela. No se moleste.

CARM. ¡No faltaba más! (*Acercándose a la puerta de la izquierda y alzando la voz.*) ¡Isabel! ¡Ven, chiquilla, que hay visita!

SANT. ¡Vaya, veo que he venido a importunar!

CARM. ¡No diga usted eso! ¡Si es usted el festejado!...

SANT. Por eso. He traído una perturbación a esta familia.

CARM. ¡Bah! Algo hay que hacer en obsequio de los amigos... (*Tras una pausa.*) ¿Se vuelve usted, por fin, a Madrid?

SANT. Eso parece.

CARM. ¿Parece, nada más? Ay, entonces no está decidido!

SANT. Digo parece, porque lo pasé aquí tan bien, que hasta el último minuto quiero hacerme la ilusión de que me quedo.

CARM. (*Aparte, disgustada.*) (¿A que no se va?) (*Alto.*) Hijo, de usted depende... Yo creo que nadie le echa de Alcolea.

SANT. Cierto que no. Pero, si me he de ir, cuanto antes, mejor.

CARM. ¡Nada, que si lo piensa usted, se queda!

SANT. (*Riéndose*). ¡Por eso no lo pienso! (*Isabel entra por la izquierda. Ha cambiado de traje. Viene con varias fuentes y platos de loza, y alguna salvilla o frutero de cristal. Una de las fuentes es honda, de esas de cerámica trianera, tan bellas dentro de su primitiva sencillez, con sus colorines detonantes.*)

ISAB. ¿Cuál es la visita? ¿Ah, tú, Santiago? Hijo perdona que aún estemos así; pero la numerosa servidumbre no da abasto.

CARM. ¿La servidumbre, eh?...

ISAB. Sí, tiita Carmela. Una criada greñuda a la que no presento en sociedad, porque todavía no sabe dar las buenas tardes. (*A Santiago.*) Siéntate, Película. ¿Traes mucho apetito?

SANT. ¡No, mujer! ¡Si casi acabo de almorzar!...

ISAB. Entonces, puedes esperar un poco.

SANT. O marcharme y volver, para que estés más libre en los preparativos.

ISAB. ¡No, hombre! ¡Si aquí se hace todo a la vista del público! Te puedes quedar...

CARM. Eso le decía yo. Siendo, como es, de confianza...

ISAB. (*A Santiago.*) Ya comprenderás que contigo no vamos a darnos tono. De manera que, con tu permiso, voy a ir arreglando esto. (*Ha puesto sobre la mesa auxiliar las fuentes, los platos y la salvilla, y ha comenzado a desliar los paquetes que trajo Pamplina.*)

CARM. (*A Isabel.*) ¿En qué te ayudo?

ISAB. Déjame a mí... O, si no, hazme un favor. Ve a mamá, a ver si acaba de mandarme las flores... Y que me envíe también las copas... Y a Pascuala, que se dé prisita con los pestiños.

CARM. Ya mismo. Hasta ahora, Vergara. (*Se va por la izquierda.*)

ISAB. (*A Santiago.*) ¡Hay que estar en todo!

SANT. (*Riendo.*) ¡Como que para "maitre d'hotel" no tenías precio!

ISAB. (*Con guasa.*) ¿Con que "maitre d'hotel"?... ¡Chasco te llevas si te crees que esto es el Ritz! (*Enseñándole la fuente de cerámica sevillana.*) ¡Mira qué muestra de la vajilla!

SANT. ¡Magnífica!

ISAB. ¡De Sevres! En este cacharro hacemos el gazpacho todos los días... Pero de algo sirve el arte... ¡Verás qué combinación armo aquí! (*Ha sacado las naranjas del capacho en que las trajo Pamplina, y las va apilando sobre la fuente, poniéndolas sobre un lecho de hojas de las que había también en el cesto, de modo que formen un conjunto gracioso.*) ¡Hasta resulta artístico! Los colorines estos casan muy bien con el rojo de las naranjas. (*Al terminar su trabajo, con risueño entusiasmo.*) ¿Eh, qué tal?

SANT. Que eres una joya, Isabel.

ISAB. Quita hierro... Una pobre chica trabajadora, que tiene que saber de todo un poco, por si acaso... (*Mientras habla, va colocando en las otras fuentes, y en la salvilla de cristal, los alfajores, mantecados y bizcochos que estaban en diversos paquetes. Todo ello con mucha disposición y maña.*) No te creas que no es útil, Película. Tal se ponen las cosas, que... ¡quién sabe lo que puede una hacer el día de mañana!

SANT. ¿Qué? ¿Preparar una mesa?

ISAB. ¡A lo mejor!... Ahora, cualquier doncellita gana doce duros. Puede ser una solución.

SANT. ¡Quiá! ¡No te dejaría tu novio!

ISAB. No hagas caso. Suponte que me sale por novio un mozo de comedor.

SANT. (*Burlón.*) Con tal de que sea bueno....

ISAB. ¡Sí, sí! ¡Con lo difícil que es hoy atrapar a un buen mozo! (*Se echa a reir.*)

SANT. (*Riendo también.*) ¡Qué humor tienes, criatura!

ISAB. Lo heredé de mi padre, y es lo único que no me pudieron quitar los usureros. (*Terminando su trabajo.*) ¡Ea! No hay otra cosa, hijo. Esto es lo que te vamos a ofrecer. ¡Ah, y los pestiños! (*Viene de la calle Pamplina, cargado con un cubo en el que trae el hielo.*)

PAMP. (*Al entrar.*) ¡La nieve! (*A Santiago.*) ¡Salú, señorito (*A Isabel.*) ¡La nieve... que me ha jecho suar! (*Deja el cubo en el suelo.*)

ISAB. (*Reprendiéndole.*) ¡Pero, hombre, no deje ahí el cubo, que pone perdido el piso! ¿No ve que viene chorreando?

PAMP. ¡Señita Isabé, es que estoy molío!... ¡Que esto pesa una arroba, y vengo ende er puente acá sin tomá resueyo!... ¡Ya podían poné la frábica en la caye Condesa, que está ahí oriya! (*Levanta de nuevo el cubo.*)

ISAB. Ande, lléveselo a la galería, y que metan dentro las botellas, para que se refresquen. (*Al ver que Pamplina se queda contemplando las fuentes.*) ¡Vamos, vivo! ¿Qué mira usted?

PAMP. (*Relamiéndose.*) ¡Caramba, que está la mesa que parese cá Gayango! ¡Mu requetebién prepará!

ISAB. (*A Santiago, por Pamplina.*) ¿Has visto qué pelmazo?

PAMP. (*A Isabel.*) Le partisipo a osté que yo chanelo un poco de esto. Porque yo he sío camarero...

SANT. (*Asombrado.*) ¿Camarero usted? ¿Dónde?

PAMP. En Seviya. ¡Cuando dejé de serví al Rey! ¡Y en er café París, ná menos!

ISAB. ¿Mucho tiempo?

PAMP. ¡Poco! ¡Era yo demasiao flamenco pa ser camarero!...

SANT. ¡Que se cansó usted!...

PAMP. Se cansó el amo. Me puso pa la caye, y yo, con la costumbre de yevá er cordobés vensío pa un lao... ¡de flamenco!, figúrese... Cogía un servisio, me lo ponía en la cabesa, jasía asín (*Señal de inclinarse el sombrero hacia la oreja.*) ¡y cataplúm! ¡Tiestos!

ISAB. (*Riendo.*) ¡Ande, ande, Pamplina, váyase! Y llévese ésto. (*Le da el capacho que contenía las naranjas, y los papeles en que venían envueltos los dulces.*)

PAMP. ¡Cuando iba con sorbetes salían tóos los chicos e la Campana pa lamé las bardosas! Totá, que me echaron... ¡Flamenco que es uno! (*Y se va por la izquierda, con el cubo y el capacho contoneándose.*)

SANT. (*Por Pamplina.*) ¡Qué hombre más gracioso!

ISAB. Tiene un liviano, como dicen aquí, que comerían cien gatos. (*Impaciente.*) ¡Bueno, y mamá no me trae lo que falta! ¡Es desesperante!

SANT. No te apures, Isabel, que no hay prisa. ¡Si yo estoy aquí encantado!...

ISAB. Pero van a venir los demás. (*Acercándose a la puerta de la izquierda, y llamando.*) ¡Mamá, por Dios, esas flores! ¡Que las estoy esperando! (*Se vuelve, y sorprende a Santiago, que contempla con mucho interés la estancia.*) ¿Qué miras tú?

SANT. Lo bonita que está la sala. Tan limpia, tan sencilla, tan alegre, tan de casa de uno... ¡Vamos, de casa para vivir, para estar a gusto en ella!

ISAB. ¡Ay, hijo, pero si esto es una prendería!... ¡Todo es viejísimo! Cualquier mueble de estos tiene mis años...

SANT. Eso no prueba que sean viejos.

ISAB. ¡Nada, que te han cambiado, Película! ¡Dices hasta madrigales! ¡Jesús!

CONS. (*Llegando por la izquierda, también con ropa distinta a la que sacó al comenzar el acto. Trae dos jarrones rebosantes de flores.*) Toma, Isabel, aquí tienes esto. Y no grites, mujer. (*Saludando a Santiago.*) ¿Qué tal, Vergara?

SANT. Esperando esa merienda, doña Consuelo, que, por lo que veo, va a ser cosa grande.

CONS. ¡Quite, por Dios!

ISAB. (*A su madre.*) ¿Y las copas? ¿Y los pestiños? ¡Daos prisa, mamá!

CONS. ¡Hija, eres un torbellino! Ya te lo traerán todo. Ahí dentro tampoco paran; pero, en fin, iré yo a meter bulla. Con su permiso, Santiago. (*Vuelve a irse por la izquierda.*)

SANT. (*A Isabel.*) ¡En buen jaleo os metísteis por mí!

ISAB. ¡Ni lo pienses! Esto es lo de todos los días. (*En el curso del diálogo, va colocando los platos, las fuentes de dulces, las servilletas dobladas a capricho, cubiertos que habrá en la mesa auxiliar, las flores, y las copas que ha de traer Carmela cuando se indique. Los detalles quedan a gusto de la actriz.*)

SANT. ¿De todos los días?

ISAB. O poco menos. Yo siempre estoy buscándome un trabajo. Para no aburrirme... Por lo menos, estos trajines distraen, y no se piensa en otras cosas.

SANT. ¿Quién sospechara de ti, en Madrid, que tuvieras estas disposiciones?...

ISAB. ¡Ay, Película! ¡No pretenderías que yo hiciese esto en Molinero, que era donde nos veíamos!

SANT. De todos modos, parecías tan distinta...

ISAB. ¡Pues, anda, que tú!...
SANT. ¡Te cogí! Si entonces era insoportable, ahora, que soy distinto...
ISAB. Ahora no tengo que soportarte yo. Pero... te hablo sinceramente, Santiago; en Madrid, los más íntimos, los más íntimos, resulta que no acaban de conocerse.
SANT. ¡Qué gran verdad has dicho!... Si yo, hace unos años... (*Cuando la conversación va entrar por sus cauces más interesantes, llega por la izquierda Carmela, ya sin sombrero y portadora de una gran bandeja de copas.*)
CARM. Mira, Isabelita, no te impacientes, que es que en la cocina estaba todo muy revuelto.
SANT. (*Aparte, sin poder disimular su mal humor.*) ¡Vaya!
ISAB. (*También con cierto disgusto.*) No, mujer, si no me impaciento.
CARM. Aquí están las copas. (*Las coloca sobre la mesa.*)
ISAB. ¿Y Pascuala, qué hace?
CARM. De fregoteo anduvo. Y ahora va a arreglar el dulce. (*Se sienta, con gran desconsuelo de Isabel y Santiago.*)
ISAB. Oye, no vaya a estropearlo...
CARM. ¡Mujer, no creo!...
ISAB. Por si acaso, está tú a la mira.
CARM. Como quieras. Voy allá. (*Se va, llevándose la bandeja en que trajo las copas, y diciendo a media voz.*) ¡Les estorbo! Me parece a mí que el forastero... (*Sale por la izquierda.*)
ISAB. (*A Santiago, mientras ordena las copas a su gusto.*) ¿Qué estabas diciendo, Película?
SANT. ¿Yo? ¡Nada!
ISAB. Sí, hombre, cuando entró Carmela.
SANT. ¡Ah, ya! Hablábamos de lo difícil que es conocerse, ¿no? En Madrid, ni tú ni yo nos habíamos conocido.
ISAB. Yo, a ti, a medias. Por lo menos, me dí cuenta de tus proyectos. ¡Bien lo sabes tú!
SANT. A medias también. ¿Quieres que vuelva a repetirte que uno, de muchacho, no sabe ni lo que piensa? ¿Vamos a discutir siempre lo mismo?
ISAB. No te enfurruñes, hombre. Y, sobre todo, nada de discutir. Ya que te marchas, pasa en paz las últimas horas que estés en Alcolea. Porque supongo que te vas esta noche.
SANT. Sí, es posible... Aún no lo decidí.
ISAB. (*Risueña.*) ¡Santiago, qué mal andas tú! ¡Te veo tonteando otra vez con la niña del procurador!
SANT. ¡Dios me libre!
ISAB. Bueno, te anticipo que yo no podría ayudarte. Resulta

que mi primo Manolo, ahí donde lo tienes, que parece pavo, estaba negro por Maruja. El hombre se ha arrancado ya, y... ¿cómo le hago yo un perjuicio a un pariente?

SANT. Algo me imaginé, y quizás por eso no me urge marcharme...

ISAB. (*Zumbona.*) ¡Oye, no! Peleas con mi primo, de ningún modo. ¡Al primo le defiendo yo!

SANT. No te preocupes, Isabel. Si Maruja se comprometió con Manolo, y ya no hay peligro, ¿a qué me he de marchar?

ISAB. (*Con gracioso gesto de incredulidad.*) ¡A saber lo que tramas!... ¿Qué otra señorita has conocido hoy? ¡A lo mejor es la de Valpuesta! Pero te advierto que ahí todo es fachada, chico. En el fondo... ¡ni gorda!, que dicen en Cabestreros.

SANT. (*Con enojo.*) ¡No hables así, Isabel!

ISAB. Dispensa. ¿Te he ofendido?

SANT. (*Vehemente.*) Pues, sí, me ofendes. ¿No te haces cargo, mujer? ¿Hasta cuándo va a durar este afán de mortificarme y de reirte de mí? Oyeme, Isabel. Nos hemos odiado... cordialísimamente, claro está. Yo te era muy antipático, no lo niegues.

ISAB. ¿Negarlo? ¡Ca! Y tú me pagabas con igual moneda.

SANT. Por lo menos... ¡te tenía una rabia!... Pero aquello pasó, como pasaron tus triunfos de Madrid y mis ambiciones de muchacho. Ahora estamos aquí, en Alcolea, muy lejos de los tiempos antiguos, en esta casa tan apacible, viéndote yo a ti llevar su gobierno con tanto garbo y con tanta alegría, feliz en la humildad de tu vida, serena ante los malos trances... (*Interrumpiéndose al ver que Isabel le oye con una gran melancolía.*) ¿Te duele que hable así?

ISAB. ¡Qué sé yo! Sigue Vergara...

SANT. ¡Si no sé qué decirte!... En un mes que llevo en este pueblo... ¡si vieras cómo he cambiado, Isabelita! Porque quizás acertaste cuando me dijiste: "Vienes por novia rica..."

ISAB. (*Saltando, impetuosa.*) ¿Lo ves?

SANT. Pero estas novias ricas de Alcolea, como todas las novias ricas a que pueden aspirar los hombres sin dinero, ¡son francamente inaguantables! (*Se ha ido acercando a Isabel, y su voz se hace más efusiva.*) Yo he visto esas casas, llenas de adornos de bazar, y esas fiestas ridículas, y ese constante presumir, y ese estúpido coqueteo de niñas cursis... Y vengo luego aquí, y veo esta sencillez,

este agrado tuyo, oigo tu risa, soporto tus bromas, adivino tu fortaleza...

PASC. (*Entrando de improviso por la izquierda, con una fuente de pestiños.*) ¡Los pestiños!

ISAB. (*Como despertando de un sueño.*) ¡Los demonios!

SANT. (*Con rabia.*) ¡Qué oportunidad!

ISAB. (*A Pascuala.*) ¡Tanto retrasarte, para venir cuando haces menos falta!

PASC. (*Asombrada.*) Niña Isabé, yo...

ISAB. (*Cogiendo la fuente.*) ¡Trae, trae, y márchate a la cocina! ¡Qué pejiguera!

PASC. Ahí va. (*Yéndose por la izquierda.*) ¿Qué habré yo jecho? ¡Er forastero éste, que nos trae a tós de coroniya!... (*Cuando se ha ido Pascuala, hay un silencio que ni Isabel ni Santiago se atreven a romper. Los dos se miran con desconsuelo, y, por fin, Isabel se echa a reir, con su risa clara y regocijada.*)

ISAB. ¡Va como un cohete! ¡La hemos asustado! Dispensa, chico, pero a mí me dan estos arranques.

SANT. ¡Mujer, si es que tú, para ofrecerme una merienda, haces desfilar por aquí a todo el pueblo!...

ISAB. Las ganas de obsequiarte.

SANT. Pues, mira; esta vez hubiese preferido menos obsequios.

ISAB. Y más conversación. Porque, amigo, conversación no te falta. ¡Si te digo que no salgo de mi asombro!

SANT. (*Decepcionado.*) Ríete de mí, Isabel. Después de todo, ¿qué importa?

ISAB. ¡Ay, Película! ¡Ya se ve que eres de celuloide!

SANT. ¿Por lo quebradizo?

ISAB. Y por lo transparente. Créeme que te transparentas mucho.

SANT. ¡Ojalá fuese verdad! ¡Ojalá pudieras verme hasta lo más hondo del corazón!

ISAB. (*Riendo con risa forzada.*) ¡Mira, Santiago, no te pongas cursi!

SANT. ¡Qué le voy a hacer! (*Llegan por la derecha, Maruja, Victoria y Manolito. Los tres se detienen en la puerta, sorprendidos ante el coloquio de Isabel y Santiago.*)

ISAB. (*Al ver a los que vienen.*) (¡Adiós! ¡Sólo éstos faltaban!)

MANO. (*A Maruja y Victoria.*) ¡Vamos, pasad y no se seais tontas! (*Avanzando.*) ¡Hola, prima! ¡Buenas tardes, amigo!

ISAB. (*Acudiendo a Maruja y Victoria.*) ¡Chicas, cuánto habéis tardado! Claro que no me extraña, porque, ¡hay que ver qué guapas venís!

MARU. Ha sido tu primo, que nos trajo dando un rodeo por todo el pueblo.

VICT. Ya ves ¡con la fresca! (*A Santiago.*) ¡Adiós, señor Vergara! Ya me han dicho que se marcha usted...

SANT. Pensando en el viaje estoy.

VICT. Yo creí que, por lo menos, se quedaría usted a la feria.

MARU. (*Con intención.*) ¡La feria de aquí es muy aburrida! ¡Si fuese como en Madrid!...

MANO. ¡Pues sí que la de Madrid!... La ponen junto a la estación, para que llegue uno, la vea y salga huyendo hacia el tren. ¡Vaya sosería!

ISAB. (*Con alguna impaciencia.*) Ahí dentro tenéis a mamá y a la tía Carmela.

MARU. (*A Isabel.*) Pues vamos a saludarlas... y a dejarte libre el campo. Hemos visto a Salvador, y ha dicho que viene ahora.

VICT. Al pobre se le hacen siglos los minutos que no está aquí.

MANO. ¡Ea, adentro! Hasta ahora, señor Vergara...

MARU. Sí, vamos... ¿Usted no viene, Santiago? A ti no te digo, Isabel, porque... ¡como está al llegar Salvador! (*Recalca mucho la frase, y se va por la izquierda, por donde ya se habían ido Victoria y Manolito.*)

SANT. (*A Isabel, cuando ya se han ido los otros personajes, y con cierta zumba.*) Ya lo has oído; que va a venir.

ISAB. Sí; Salvador. ¡Qué niña!

SANT. Salvador es el que estaba anoche en la reja, ¿no?

ISAB. De sobra lo sabes.

SANT. ¿Se enfadará si nos encuentra juntos?

ISAB. Salvador Centeno no se enfada nunca. Se trata de un hombre excepcional, Santiago. Bueno, generoso, leal, modesto... ¡No se encuentran muchos como él!

SANT. ¡Cuánto te entusiasmas!

ISAB. Porque él lo merece.

SANT. Luego... ¿le quieres?

ISAB. (*Tras una breve vacilación.*) Le quiero.

SANT. ¿Cuándo os casáis?

ISAB. ¿Cómo?

SANT. (*Siempre zumbón.*) ¡Eso! Si tú le quieres, y él, según ha dicho esa niña, no puede estar lejos de ti, supongo que la boda...

ISAB. (*Con amargura.*) ¡Ah, vamos! ¡Comprendido!

SANT. A no ser que yo me equivoque...

ISAB. Ni siquiera sé si te equivocas o no. Te digo que Salvador es excepcional. Nunca, entiéndelo bien, nunca me habló de amores. Y, sin embargo, al verle siempre a mi alrededor, colmándome de atenciones, velando por mí, supliendo, ¡tú no sabes con cuánta delicadeza!, las faltas que pueda ha-

ber en este pobre hogar, yo adivino que él no tiene más ilusión: la de hacerme feliz.

SANT. ¿Lo serías tú con él?

ISAB. (*Encogiéndose de hombros, y con un tono de sencilla resignación.*) ¿Por qué no había de serlo?

SANT. (*Resuelto.*) ¡No, no lo serías! Lo dicen tu voz, tu gesto, tus ojos. (*Respirando a pleno pulmón.*) ¡Ay, qué alegría más grande, Isabel! ¡Qué miedo tenía de que le quisieras!

ISAB. (*Con asombro y agrado.*) ¿Te has vuelto loco? ¿Qué estás hablando, Santiago?

SANT. Lo que tenía ansias de decirte. Oyeme, Isabel. Yo veía a Salvador junto a ti, rodeándote, cercándote, y pensaba: "Son novios". Y algo gritaba dentro de mí: "¡Pero ella no puede querer a ese hombre, bueno y noble, sí, pero zafio, ordinario!..." Y venían las muchachas a repetirme: "Son novios". ¡Qué rabia!... Y llegué anoche, te vi con él en la reja, pensé entonces que todo era cierto, y resolví marcharme, porque yo seguía en Alcolea por ti, nada más que por ti...

ISAB. ¿Tú? ¿Tú, Santiago?... ¿Y a esto viniste a Alcolea?

SANT. No. Te he sido sincero, Isabel. Me has conquistado poco a poco. Cada noche, al separarme de ti pensaba más en la posibilidad de que me quisieras. ¡Y, mientras, tú, con burlas y con risas, me alentabas a cortejar a tus amigas ricas... segura de que me hacías sufrir!

ISAB. De que te hacía rabiar... ¿No sabes que me gusta hacerte rabiar?

SANT. (*A media voz.*) Isabel, ¿me voy esta noche? (*Isabel entre risueña y preocupada, guarda silencio.*) ¿Me voy?

ISAB. (*Recordando su gracia de madrileña garbosa.*) ¡Ay hijo! ¿Es que te vence el kilométrico?

SANT. (*Jubiloso.*) ¡Gracias! ¡Me quedo!

ISAB. (*Riendo.*) ¡Jesús, qué trabajo me costó que arrancaras!... Quédate, Santiago, quédate... pero no por mucho tiempo. ¡Este pueblo se me cae encima! ¡Ay, mi Madrid! ¿Será posible que yo vuelva a mi tierra?... Mira, conste que si te hago caso no es por ti, sino porque me trajiste a Alcolea la gracia y el aire de Madrid. Si llegas a vivir en Villanueva de la Serena... ¡te doy unas calabazas!...

SANT. (*Apasionado.*) ¡Chiquilla!

ISAB. ¡Granuja! Pero... ¡qué suerte tienen los madrileños! (*Salvador llega por la derecha, y se detiene un momento en la puerta. Isabel, que le ve llegar, apenas si se atreve a decir, repentinamente entristecida.*) Salvador...

SALV. (*Sereno y hasta sonriente.*) ¿Estorbo?

ISAB. ¿Qué dices? ¿Tú estorbar?

SALV. (*Avanzando.*) Parese que te asustas al verme.

ISAB. ¿Yo? ¡No! ¡Qué cosas! Sino que, claro...

SANT. ¡Ea! ¿Vas a tener secretos para él? Me quedo en Alcolea, amigo Centeno. Isabel quiere que me quede.

SALV. (*Con mucha lealtad.*) Enhorabuena.

ISAB. (*Tímidamente.*) Salvador, yo no sé... ¿Tú no te enfadas?...

SALV. ¿Enfadarme? (*Volviéndose a Santiago.*) ¿Es que no le ha dicho usté?...

SANT. No. Quise que ella resolviera por su voluntad, sin violencias.

ISAB. (*Mirándolos con asombro.*) ¿Qué decís?

SANT. Perdóname, Isabel.

SALV. (*A Isabel.*) Ya puedes hacerlo... y ya puedes saber lo que anoche hablé con este amigo. Paresía que nos íbamos a pelear, ¿verdad? Y nos hubiéramos peleao, porque tú, Isabel, francamente, fingías muy bien que te era antipático.

ISAB. ¡No, y me lo era!

SALV. ¡Al verte yorar por culpa suya, me entraron unas malas ideas!... Pero ayer, cuando supe que se daba por hecho que tú y yo..., (*Isabel hace un gesto de comprensión.*) y que por eso se iba Vergara a Madrí, y adiviné tu enfado..., ¡ayer resolví yo ponerlo tó en claro!

ISAB. Entonces, ¿tú no pensaste nunca?...

SALV. Yo pensé siempre en que fueras felís. No iba a presumir que tú, con tu juventú y tu grasia, me quisieras a mí. Yo estaba a tu vera, temblándole a la hora en que te queases sola en el mundo, y mirases alreó, y no encontrases más amparo que er mío. Este amparo no había de faltarte, mañana o dentro de diez años. Y con honradés, con dignidá, como tú te mereses. Con mi nombre, con mi casa, con mi corasón, que no tié más que gratitú pa vosotros.

ISAB. (*Muy emocionada.*) ¡Salvador!

SALV. Pero Dios ha sío bueno. ¡Ya vas a tener amparo, y vas a tener un hombre que te dé alegría! Conosí anoche tu dolor porque se te escapaba, y busqué a Santiago... y me las compuse de modo que él supiera que no teníamos compromiso. ¡Si vieses qué tranquilo dormí! "Ahora, ya, si él la quiere—pensaba—no tié pa qué irse. Y si se va, es que no la quiere... ¡y aquí queo yo siempre!"

SANT. (*Estrechando la mano a Salvador.*) ¡Es usted un hombre cabal! (*A Isabel.*) ¿Comprendes ahora? Yo sabía, cuando vine aquí hoy, que Salvador y tú no érais más que

amigos... Pero tenías tú que decirme que no íbais a ser novios.

ISAB. ¡Buen hipócrita estás! Yo te castigaré. Por lo pronto, rabia un poco de celos, porque voy a darle a Salvador el abrazo más grande de mi vida. (*Le abraza, en efecto, a tiempo que llegan, por la derecha, en franca camaradería, don Rafael y don Sérvulo.*)

SÉRV. (*Al contemplar la escena.*) ¡Ande la confianza! Por lo visto, va a haber bodas a pares.

ISAB. (*Azorada, y yéndose al lado de Santiago.*) ¡Huy, mi tío!

SALV. (*Volviéndose a don Sérvulo.*) Sí, señor, que habrá boda.

RAFA. Y esto (*Señal de abrazar.*) es el anticipo... (*A Santiago.*) Amigo Vergara, ¡vaya papel! No miran que hay un forastero.

SALV. Dos, señor procurador, dos.

SÉRV. ¿Cómo dos?

SALV. Que yo no me he explicado bien... Que en Alcolea están ya de forasteros el señor Vergara... e Isabelita, que se volverá a Madrí con su marido.

RAFA. ¿Con usted?

SALV. ¿Conmigo? ¡Quite ayá! Con su marido... Con el otro forastero. (*Por Santiago.*)

SÉRV. ¡Zambomba! Entonces, ese abrazo, ¿qué era? ¿La despedida?...

SALV. (*Riendo, pero con cierta tristeza.*) Algo así.

RAFA. (*A don Sérvulo, reservadamente.*) ¿Y usted va a permitir que entre en su familia ese... ese cocainómano?

SÉRV. (*Encogiéndose de hombros.*) ¿En mi familia? ¡En mi familia entra su niña, don Rafael! ¡Ese (*Por Santiago.*) entrará en la familia de mi sobrina!

RAFA. ¡Ya! ¡Lo del refrán! "Lo que Dios no da a los hijos, lo da el diablo a los sobrinos." (*Se ríe de su propia gracia.*)

SÉRV. (*Dándole un golpe en el abdómen.*) ¡Qué tío más refranero es usted!

SALV. (*A Isabel, que charla animadamente con Santiago.*) Tú dirás si se merienda o no...

ISAB. ¡Digo! ¡A obsequiar a este madrileño, (*Por Santiago.*) que quería escaparse!

SANT. ¡Y que se escapará contigo, bien lo sabe Dios! ¡Contigo! ¡También tú tienes ganas de huir de Alcolea, donde no hay más que...!

ISAB. (*Tapándole la boca e indicándole a Salvador.*) ¡Cuidado Película! ¡No hables mal de Alcolea!... ¡Porque en Alcolea hay cosas muy grandes! (*Y cae el telón.*)

FIN DE LA COMEDIA

NUMEROS PUBLICADOS DE "COMEDIAS"

Núm. I.—**Jacinto Benavente:** Nadie sabe lo que quiere, o el bailarín y el trabajador.—**Enrique García Alvarez y Joaquín Abati:** Clara Luna.—Núm. II.—**G. Martínez Sierra y Honorio Maura:** Susana tiene un secreto.—**Carlos Arniches y Antonio Paso:** ¡Qué encanto de mujer!—Núm. III.—**Alejandro Pérez Lugín y Manuel Linares Rivas:** Currito de la Cruz.—**Eduardo Marquina:** El pavo real.—Núm. IV.—**Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández:** Los campanilleros.—**Luis Gabaldón y E. Gutiérrez Roig:** Poderoso caballero...—Núm. V.—**Carlos Arniches:** La cruz de Pepita.—**Augusto Martínez Olmedilla:** La mano de Alicia.—Núm. VI.—**S. y J. Alvarez Quintero:** La consulesa.—**F. Romero y G. Fernández Shaw:** La sombra del Pilar.—Núm. VII.—**G. Martínez Sierra:** Mujer.—**E. García Alvarez y Fernando Luque:** Calixta la prestamista.—Núm. VIII.—**Eduardo Marquina:** Una noche en Venecia .—**Jacinto Benavente:** De cerca.—Núm. IX.—**Manuel Linares Rivas:** La jaula de la leona.—**Francisco Serrano Anguita:** La simpatía.—Núm. X.—**Pedro Muñoz Seca:** La señorita Angeles.—**Antonio Paso y Ricardo González del Toro:** Soltero y solo en la vida.—Núm. XI.—**Angel Torres del Alamo y Antonio Asenjo:** Lorenza, la seria.—**Gregorio Martínez Sierra y Honorio Maura:** Mary, la insoportable.—Núm. XII.—**Jacinto Benavente:** La fuerza bruta.—**Luis Chiarelli:** La máscara y el rostro.—Número XIII.—**S. y J. Alvarez Quintero:** Mundo, mundillo... **Pedro Mata:** En la boca del lobo.—Núm. XIV.—**Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández:** La tela.—Los chatos.—Núm. XV.—**Emilio G. del Castillo y Luis M. Román:** La Calesera.—**Jacinto Benavente:** El amor asusta. Núm. XVI.—**G. Martínez Sierra:** Sueño de una noche de Agosto.—**Oscar Wilde:** Salomé.—Núm. XVII.—**Sutton Vane:** El viaje infinito.—**A. Torres del Alamo y A. Asenjo:** Rocío, la canastera.—Núm. XVIII.—**Alberto Insúa:** La madrileña.—**S. y J. Alvarez Quintero:** Fortunato. Núm. XIX.—**José María Granada:** Soleá.—**Antonio Paso (hijo) y Francisco Loygorri:** Las mujeres de Lacuesta. Núm. XX.—**Miguel de Unamuno:** Todo un hombre.—**Jacinto Benavente:** Modas.—Núm. XXI.—**Stear Gipsy:** El perfume del pecado.—**Francisco Serrano Anguita:** El aire de Madrid.



EDITORIAL
SIGLO XX
MADRID